



DESEO

HARLEQUIN™

ADRIANA HERRERA

EN EL CORAZÓN
DE LA TORMENTA

Estaba aislada por la nieve con un hombre al que debía resistirse...

La directora de reparto Perla Sambrano sabía que Gael Montez era el actor perfecto para su nuevo proyecto. Todo saldría bien si era capaz de olvidar la atracción que había entre ellos y dejaba a un lado su corazón.

Los hombres Montez hacían daño a las mujeres a las que amaban. O al menos eso era lo que Gael creía. La única manera de proteger a Perla era mantener su relación estrictamente dentro del ámbito profesional. Sin embargo, una tormenta de nieve los aisló en la casa de él y provocó un milagro de Navidad que ninguno de los dos había planeado...

Capítulo Uno

—**M**e aburre hacer siempre el mismo personaje —musitó Gael Montez mientras hojeaba el guion que Manolo, su mánager y tío, le había pedido que revisara—. ¿No puedo hacer otro tipo de personaje que no sea el tío de una etnia ambigua en una producción de superhéroes?

—El papel del tío de etnia ambigua en franquicias multimillonarias sirve muy bien para ganarse la vida —le sermoneó Manolo, con un tono de voz que provocó que Gael rechinara los dientes—. El dinero del Escuadrón del Espacio no es algo que se deba rechazar, mijo. Y este papel te mantiene entre los personajes más destacados. Estás de mal humor por la época del año que es.

Manolo levantó su copa de champán para indicarle lo quería a la azafata del vuelo privado en el que se encontraban. Gael apartó la mirada. Le enojaba que su tío tuviera razón en todos los sentidos. Su participación en el reparto de una de las franquicias cinematográficas más populares era un trabajo de ensueño para cualquiera. Y, efectivamente, él odiaba la Navidad.

Bueno, en realidad no la odiaba exactamente. Simplemente le evocaba recuerdos que prefería olvidar. Cuando aterrizaran, tendría que mostrar su rostro más amable porque no quería amargarle a su madre su festividad favorita, sobre todo después del año que ella había tenido.

—No estoy de humor.

El comentario le reportó las burlas de su hermana Gabi.

—Siempre estás de mal humor en diciembre, señor Grinch.

Gael le mostró los dientes a su hermana.

—Estoy cansado —suspiró él. Y así era. Cansado, agotado de una manera que había empezado a preocuparle. Llevaba prácticamente un año sin sentir nada. Hacía su trabajo y lo hacía bien, pero, desde hacía un tiempo, le resultaba imposible emocionarse con nada. Tal vez estaba

quemado. Desde el papel que marcó el inicio de su éxito en una aclamada serie de televisión hacía ya cinco años, llevaba trabajando sin interrupción. Las ofertas llegaban una detrás de otra sin parar y Gael, como había crecido junto a una madre soltera a la que en ocasiones le había costado poner comida sobre la mesa, no podía rechazar ninguna de ellas. Ni siquiera recordaba la última vez que se había tomado unos días de vacaciones en los que básicamente no hiciera nada. Tal vez, efectivamente, necesitaba un descanso.

El calendario de la producción del último episodio del Escuadrón del Espacio, en el que Gael hacía del tipo marrón con superpoderes, le permitía unos días de descanso durante las Navidades. Por eso Gael, Gabi y su tío iban desde Los Ángeles a la casa que tenía en los Hamptons en la que iban a pasar las Navidades con su madre y el resto de la familia. Estaba deseando no tener que estar frente a las cámaras.

No era un hombre desagradecido. Sabía la suerte que tenía por haber llegado hasta donde se encontraba en aquellos momentos. No hacía falta estar mucho tiempo en Hollywood para darse cuenta de que no había muchos otros actores latinos, y mucho menos que formaran parte de una de las franquicias cinematográficas de la industria. En teoría, estaba viviendo su sueño. Su perfil crecía con cada una de las películas en las que participaba y lo más importante era que podía cuidar de toda su familia.

Sin embargo, tras cinco años de una película tras otra en las que su cultura no tenía peso alguno y en las que sus raíces eran como una especie de nota al pie de página sin ningún tipo de relevancia, anhelaba poder aceptar un proyecto que mostrara un lado diferente de él.

—No me interesa, Manolo.

—¿Has visto qué es lo que te ofrecen para empezar? Es más de lo que estás ganando con las películas del Escuadrón del Espacio y, además, tendrías el papel protagonista y participarías en la producción ejecutiva. Es una oportunidad excelente.

—Nunca he oído hablar de esta productora, de los guionistas o del director. A mí me parece que no son más que un puñado de caraduras tratando de ganar dinerito por la popularidad de las franquicias de Marvel.

El comentario vino de Gabi, su hermana, que llevaba tres años trabajando como publicista de Gael. Era una excelente profesional y tenía un estupendo ojo para decidir en que merecía la pena que Gael gastara su tiempo y en qué no.

—Gabi, te agradezco mucho tu opinión, pero llevo haciendo esto algo más tiempo que tú. Llevo trabajando para tu hermano desde que nadie le concedía ni siquiera una audición.

Gael frunció el ceño al escuchar el duro tono de la voz de Manolo. Adoraba a su tío y le estaba muy agradecido por el apoyo que le había dado a lo largo de los años. Había estado a su lado sin fisuras. Sin embargo, en ocasiones, Manolo se comportaba como si la habilidad y el talento de Gael fueran algo inconsecuente. Como si no hubiera sido Gael el que se había partido la espalda trabajando en dos sitios mientras asistía la escuela de arte dramático o como si no hubiera sido él quien hubiera ido de audición en audición desde que tenía dieciocho años hasta que por fin el éxito llamó a su puerta el último año de clases. Y eso no se lo debía a Manolo. Eso había sido por... En realidad, no era algo que Gael no quería revivir, sobre todo si quería presentarse ante su madre de mejor humor.

Gael ignoró las miradas que Manolo y su hermana estaban intercambiando y, mientras señalaba el montón de guiones que debía revisar, le preguntó a Gabi:

—¿Qué proyecto crees que debería hacer a continuación?

—Ninguno de ese montón —replicó Gabi—. Gael, en estos momentos te encuentras en un buen momento de tu carrera. Te puedes permitir un proyecto que verdaderamente te apasione, hermano.

Aquellas palabras tuvieron como respuesta un gruñido de desaprobación por parte de Manolo que Gabi decidió ignorar por completo.

Aquel día, ella estaba vestida de un modo más informal. Sus habituales trajes de diseño se habían visto reemplazados por unas deportivas de Gucci y un chándal de Prada, lo que, sin ninguna duda, significaba para ella vestirse mucho más informalmente. Gael y ella eran gemelos, pero sin duda Gabi se parecía mucho más a su madre. Era de baja estatura y con una silueta rotunda, mientras que Gael era alto y fibroso. Él había heredado la piel bronceada y los ojos verdes de su padre, como también su altura. Gael medía bastante más de un metro ochenta y se aseguraba de mantener la forma física que lo había encumbrado como galán de Hollywood. Después de todo, formaba parte de su trabajo. Como su madre decía siempre, si no hubiera logrado hacerse un hueco en el mundo de la actuación, podría haberlo hecho en la línea defensiva de cualquier equipo de la NFL.

Lo que a Gabi le faltaba en estatura, lo compensaba con su personalidad. Además, casi nunca se equivocaba en lo que Gael debería

hacer para empujar su carrera en la dirección adecuada. Tanto si a Manolo le gustaba como si no, Gabi tenía instinto.

En la familia, siempre habían bromeado con que Gabi había nacido con una agenda en una mano y un iPhone en la otra. Gabi trabajaba duro y estaba siempre al tanto de lo que ocurría en la industria. Manolo se centraba más en el lado financiero, en lo que mantenía a la familia segura económicamente. Los dos adoraban sus trabajos y, francamente, estos dependían mucho de que Gael siguiera recibiendo llamadas.

Eso significaba que, en último lugar, era él quien tomaba las decisiones que le garantizaban la estabilidad y la seguridad a los suyos. Gael pensaba que era feliz así, pero, en el último año, había empezado a perder empuje. Aceptar todas las ofertas que recibía estaba matando la pasión que sentía por su trabajo. Necesitaba algo que le ayudara a encender de nuevo la llama que siempre había sentido por la interpretación.

—¿Me has oído, Gael?

La voz de Gabi lo sacó de sus pensamientos.

—Perdona, ¿qué me decías?

Ella lo miró con reprobación.

—Se dice que Violeta Torrijos acaba de firmar una serie de época sobre Francisco Ríos y su esposa. Va sobre la época que pasaron en Harvard.

Gael prestó atención inmediatamente al escuchar el nombre del libertador portorriqueño, que era uno de sus héroes.

—Aún están buscando al actor que represente el papel principal —añadió Gabi con una sonrisa al ver que su hermano se incorporaba en el asiento. Aquel detalle acababa de sacarlo del estado de ensimismamiento en el que hacía estado hasta hacía unos segundos.

—No, eso no. Ya les he dicho que ese papel no es adecuado para ti y... —protestó Manolo, pero se interrumpió al ver que Gael levantaba la mano.

—Espera, tío —le espetó él, enojado de que Manolo no le hubiera informado de un proyecto así—. Cuéntamelo todo, Gabi.

Gabi sonrió gélidamente a su tío y luego inclinó la cabeza para buscar en su teléfono móvil.

—Se llama El amor del Libertador. El creador es Pedro Galvañes.

Buena señal. El nombre de Galvañes en un proyecto significaba normalmente que este levantaría mucha expectación.

—Han elegido a Jasmine Lin Rodríguez para el papel de Claudia Mieses.

Gabi le estaba informando sin levantar los ojos de la pantalla del móvil. Aquella selección era buena señal también. Gael sintió una profunda excitación. Conocía a Jasmine y sabía que ella siempre elegía bien sus proyectos.

Se reclinó sobre el asiento para considerar la información que acababa de darle su hermana. Era muy interesante. Una serie sobre Francisco Ríos, el líder de la independencia de Puerto Rico. Un proyecto de ensueño. Ríos había llevado una vida extraordinaria. Se había graduado en Derecho por la universidad de Harvard en 1921 y fue el primer portorriqueño en conseguirlo. Mientras estudiaba allí, conoció a Claudia Mieses, una bioquímica peruana. Ella fue la primera latina en ser aceptada en el Radcliffe College, por lo que era una mujer importante por derecho propio. Gael siempre había pensado que su historia de amor era legendaria. Y que la vida de Ríos merecía ser contada. Formar parte de un proyecto tan importante para la pantalla grande era un sueño, la oportunidad que lo había empujado a querer ser actor en un principio.

—Quiero hacerlo —afirmó por fin. Sentía una emoción que no había experimentado hacía meses—. ¿Con quién hay que hablar?

Su hermana frunció el ceño. Cuando miró a Manolo, Gael vio que su tío tenía en el rostro una expresión de satisfacción.

—El estudio que va a producir la serie es Sambrano —se apresuró a decir Gabi, como si quisiera acallar a su tío antes de que él pudiera decir palabra. No era de extrañar que Manolo estuviera sonriendo. Gael sintió como si una bola de plomo lo atravesara por completo. Tenía la piel acalorada. El apellido Sambrano ejercía aún ese efecto en él después de tantos años.

—Cuéntale quién está a cargo del reparto, Gabriela —le ordenó Manolo. Parecía encantado consigo mismo, por lo que Gael dedujo que tenía que ser la persona que él sospechaba.

Gabi parecía incómoda. Miraba a todas partes menos a Gael.

—Perla Sambrano está haciendo las audiciones.

Como era de esperar, Gael sintió que la sangre se le helaba en la venas al oír el nombre de su exnovia. Perla Sambrano era alguien en quien él se esforzaba mucho en no pensar.

—Ahora está trabajando para los estudios —añadió Gabi sacándolo de sus pensamientos—. Es la nueva encargada de los cástines y de las nuevas adquisiciones para la empresa.

El tono de voz de Gabi estaba impregnado de recriminación. Perla Sambrano había sido la causa de la única vez que había dejado de hablar a Gael.

—No sé si es el proyecto adecuado —dijo él tratando de aplacar la incomodidad que había empezado a sentir en el pecho. Miró a su hermana, esperando que ella retomara los argumentos de antaño. Sin embargo, ella se limitó a devolverle la mirada con la desilusión escrita en el rostro—. Esto es imposible, Gabi —le dijo a su hermana antes de apartar la mirada. Observó a su tío y sintió una profunda irritación al ver la sonrisa de satisfacción que había en su rostro—. Y estos tampoco van a funcionar —añadió indicándole a su tío el montón de guiones—. Hay que seguir buscando.

La sonrisa de Manolo se desvaneció. Gael decidió que él no estaba allí para complacer a nadie.

Gabi asintió. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero pareció arrepentirse. Gael se centró en el libro que había estado leyendo y trató de no pensar ni en Perla ni en el proyecto. No tenía por costumbre dejarse llevar por historias ya pasadas.

—¿De verdad no te importa hacer esto? —le preguntó a Perla su hermana mayor. La cálida sonrisa de Esmeralda siempre lograba calmarla, incluso si la veía a través de la pantalla de su ordenador.

—Por supuesto que no me importa —respondió Perla. En realidad, no podía culpar a Esmeralda por tener ciertas dudas. Un año antes, nadie, ni siquiera Perla, habría creído que estaría lista para realizar una conferencia a las siete de la mañana del sábado antes de Navidad. Sin embargo, allí estaba.

Habían ocurrido muchas cosas en los últimos doce meses. En primer lugar, Esmeralda, su medio hermana, se había puesto al mando de Sambrano Studios, el imperio televisivo que Patricio, el padre de ambas, había creado. Todo el mundo había esperado que dicho imperio pasara a

manos de Perla y de su hermano, que eran los hijos legítimos de Patricio. Sin embargo, el patriarca de los Sambrano había sorprendido a todo el mundo con su último deseo antes de morir. Quería que Esmeralda, la hija que había tenido fuera del matrimonio, se hiciera cargo de su empresa. Como resultado, Perla había ganado una relación consolidada con su hermana después de años de distanciamiento.

Al contrario que su madre y su hermano, Perla no renegaba de su hermana por el puesto que esta había conseguido. Ella nunca había deseado tener tanta responsabilidad. En realidad, hasta hacía diez meses, cuando Esmeralda se puso en contacto con ella con la esperanza de retomar su relación, Perla había creído que jamás volvería a poner un pie en la empresa. Incluso había vendido sus acciones para asegurarse de que no tendría que volver a sentarse en una reunión de la junta directiva en lo que le quedara de vida. Sin embargo, la calidez y la pasión de Esmeralda por mantener el legado de la familia vivo había encendido la llama en Perla. Y, como resultado, era la directora de reparto y de búsqueda de nuevos talentos para Sambrano Studios.

—Perlita... —le dijo la suave voz de su hermana sacándola de sus pensamientos. Cuando miró a la pantalla, vio a Rodrigo Almanzar, el prometido de Esmeralda, el director gerente de Sambrano Studios. Estaban sentados el uno junto al otro. Se habían convertido en una pareja muy poderosa dentro de la industria, pero la química entre ambos no se reservaba solo para el ambiente de trabajo. Esmeralda y Rodrigo eran la personificación perfecta de los compañeros de alma. Bastaba con verlos juntos para saber que estaban hechos el uno para el otro. Perla experimentaba un cierto anhelo por poder alcanzar con alguien aquel tipo de conexión.

—Estoy lista —le aseguró Perla a su hermana.

—Y después de esto, no se trabaja más —afirmó Esmeralda haciendo que Perla sonriera

Perla no lo admitiría nunca ante nadie, pero le gustaba tener por fin una familia que se preocupaba por ella sin hacerle sentir como a una niña.

Carmelina, su madre, siempre se había mostrado excesivamente protectora, constantemente, hacía que Perla se sintiera inútil. Esmeralda, por el contrario, la trataba como si fuera una adulta, como una mujer competente que era capaz de aceptar responsabilidades. Y mucho más que eso, Esmeralda le hacía sentir que su presencia importaba y que valoraba su opinión.

—En ese caso, sigamos con esta reunión —afirmó Perla.

Iban a hacer una reunión online con el productor y el director de una serie nueva que tenían en proyecto. Las conversaciones empezaron bien, y en poco tiempo, llegó el turno de Perla para hacer preguntas sobre el reparto.

—Pedro, sé que tienes grandes vínculos con un importante actor latino —afirmó Perla. Pedro Galvañes era una leyenda y también muy presumido, lo que el mismo Pedro confirmó con una sonrisa al escuchar el cumplido.

—Sabemos lo que queremos —afirmó Galvañes—. Violeta prácticamente tiene confirmada a Jasmine Lin Rodríguez para el papel de Carla Mieses.

—Eso es maravilloso. Es perfecta para el papel —respondió Perla, incapaz de contener su emoción.

—Sí que lo es —comentó Violeta—. Por eso, necesitamos a alguien que tenga la misma presencia escénica que ella. Francisco Ríos fue una figura importantísima, por lo que necesitamos un actor que emane ese mismo carisma y poder, pero que también pueda transmitir un halo romántico. Después de todo, se trata del romance entre ambos —concluyó guiñando el ojo, lo que provocó en todos los asistentes a la reunión una sonrisa.

—Sí. Necesitamos un actor de peso para interpretar a Francisco Ríos —observó Perla.

—¿A quién tienes en mente? —le preguntó Rodrigo.

—Queremos a Gael Montez —anunció Violeta. Perla sintió que el corazón le aleteaba como si fuera un pájaro enjaulado, como si la simple mención del nombre turbara el órgano que él tanto había maltratado.

—Montez —dijo Esmeralda. Perla notó el esfuerzo que hacía su hermana por parecer neutral. Una noche, después de demasiadas copas de champán, Perla le había confesado la sórdida historia sobre su novio de la universidad, su primer, y en realidad único, amor.

Una historia en la que se había esforzado mucho para no volver a pensar.

—Es perfecto para el personaje. Es arrebatador como Ríos y tiene mucha fuerza en la pantalla —dijo Pedro antes de que Esme pudiera terminar lo que había estado a punto de decir—. Sin embargo, su gente ni

siquiera nos ha devuelto la llamada. El mánager de Montez es duro de pelar. Se ha negado en redondo a pasarle a Montez el guion.

A pesar de los fuertes latidos de su corazón y el zumbido de la sangre en los oídos, Perla escuchó el nombre de Manolo Montez, mánager y tío de Gael. Manolo nunca le había despertado muchas simpatías y ella siempre había sospechado que Manolo había tenido algo que ver en el modo en el que las cosas habían terminado entre Gael y ella hacía seis años. Manolo nunca había escondido la visión que tenía sobre la trayectoria profesional que debía seguir su sobrino, un plan que básicamente era mantener el estatus de Gael como gallina de los huevos de oro para la familia animándole a aceptar los papeles por los que le pagaban más dinero.

Pero cuanto más lo pensaba, más de acuerdo estaba con Pedro y Violeta de que él era el hombre adecuado para el papel. Además, sabía que aquella era la clase de proyecto que le interesaba a Gael. En el pasado, aquel papel habría sido un sueño para él. Como era portorriqueño, ansiaba los papeles que le permitían representar sus raíces.

—Gael es un amigo. Estoy segura de que podré convencerle para que acepte el papel. Le llamaré.

El atónito silencio de Rodrigo y Esmeralda resonó con más fuerza que los vítores de Pedro y Violeta.

Cuando terminaron la videollamada, el pulso de Perla se desbocó al comprender lo que había hecho. Prácticamente les había asegurado que podría conseguir a Gael. Hacía seis años que ni lo veía ni hablaba con él. Seis años desde que él acudió a su apartamento el día de Nochebuena y le dijo que terminaría el último semestre del curso online dado que había conseguido un papel en una película. Entonces, la dejó con la excusa de que tenía que centrarse en su carrera.

El dolor de su traición aún nublabá sus recuerdos de aquella horrible noche. En ocasiones, deseaba que aquella misma niebla borrara también los dos años anteriores a ese momento para olvidar lo feliz que había sido con él. Sin embargo, los recuerdos seguían intactos e igual de insidiosos que el dolor de haber perdido a Gael.

—No tienes por qué hacerlo, hermana —dijo Esmeralda sacándola de sus pensamientos—. Llamaré a Violeta y a Pedro y les diré que hay que buscar a otra persona.

Perla se sentía turbada, furiosa consigo misma por haber permitido que el recuerdo de Gael se adueñara de ella de aquella manera. Dios, aún

no podía creer que se hubiera puesto a sí misma en aquella situación. Sin embargo, era propio de ella tratar de agradar a la gente, aunque fuera ella la que terminara sufriendo.

Perla sonrió a su hermana tratando de transmitirle su agradecimiento.

—Está bien, Esme —le dijo—. Puedo hacerlo. No debería haber dicho que podría convencer a Gael para que aceptara el papel —admitió—, pero puedo llamarle.

Tal vez sería mejor que llamara a alguna de las personas que lo rodeaban. No sabía si podría soportar escuchar su voz.

—Si estás segura... —comentó Esme, aunque la preocupación seguía notándosele en la voz.

—Sí, lo estoy —afirmó ella, tratando de infundir seguridad en la voz para tratar de tranquilizar a su hermana y a sí misma—. De verdad, no es tan difícil. Gael y yo ya no estamos unidos, pero tampoco se puede decir que seamos enemigos.

Los amigos no se pasaban exactamente seis años sin hablarse, pero Perla esperaba que su hermana no la conociera lo suficientemente bien como para darse cuenta de que estaba mintiéndola descaradamente.

—Está bien —cedió Esme, aunque resultaba evidente que seguía preocupada—, pero si cambias de opinión, no tienes más que llamarme. O, mejor aún, me lo puedes decir en persona cuando estés aquí.

Perla tensó los labios. Las Navidades del año anterior habían sido las peores de su vida. Bueno, las segundas peores. Su madre y su hermano habían decidido apartarla de su vida después de que ella decidiera enfrentarse a ellos y vender las acciones del estudio. Perla había terminado pasando las fiestas totalmente sola. Sin embargo, aquellas Navidades iba a ir a Punta Cana con Rodrigo y Esmeralda. La madre y las tías de Esme estarían también. Perla llevaba meses deseando que llegaran aquellos días. La idea de estar con personas que realmente deseaban su compañía, con personas que disfrutaban estando juntos le producía una cálida sensación en el pecho.

—Cuando te despiertes mañana, ya estaré yo allí. Voy a tomar el avión privado en Westchester. Nos marchamos a las once en punto de la mañana.

Se despidió y se quedó sentada allí un poco más, considerando sus opciones. No sabía qué era peor, si llamar y permitir que Manolo la mandara a paseo o hablar con el propio Gael. Solo pensar en la posibilidad

de escuchar su voz le producía náuseas. Respiró profundamente y decidió que lo mejor era no retrasarlo. Agarró el teléfono y lo miró durante un largo instante mientras pensaba qué iba a decir en caso de que tuviera la remota posibilidad de que fuera el propio Gael quien contestara el teléfono. Tal vez no sería tan malo... Después de todo, iban a hablar de negocios. Gael no podría culparla por intentar que él se interesara en el proyecto. Era su trabajo. Todo saldría bien. Llamaría, realizaría la oferta y esperaría que aceptara.

Tal vez si se decía aquello varias veces, empezaría a creerse su propia mentira.

Tocó la pantalla del teléfono y esta cobró vida con una imagen de Perla con su hermana, abrazadas, durante una fiesta del estudio hacía poco más de una semana. Tenía que hacerlo. Por su hermana y por sí misma. Era su trabajo e iba a cumplir con su deber. Gael lo comprendería mejor que nadie. ¿Cómo iba él a juzgarla por anteponer su trabajo a sentimientos personales después del modo en el que la había tratado? Sin embargo, no pudo evitar entonar una oración para pedir un milagro de Navidad.

Estaba a punto de buscar el nombre de Gael entre sus contactos cuando la pantalla del teléfono se iluminó con un número que no había creído que volvería a ver nunca más.

Capítulo Dos

—¿Gabi? —dijo Perla. No se podía creer que la hermana de Gael la estuviera llamando. —Hola, Perla. ¿Tienes un minuto?

Gabi parecía nerviosa. Saber que su vieja amiga también se sentía afectada por ponerse en contacto con ella después de tanto tiempo sirvió para aliviar los nervios de Perla. Las dos habían hablado en contadas ocasiones desde que Gael y Perla terminaron su relación. La última vez fue cuando Perla se enteró de que la madre de Gael estaba enferma. Perla adoraba a la madre de Gael. Verónica siempre se había portado muy bien con ella. Por eso, cuando se enteró de que la mujer había caído enferma, Perla había llamado a Gabi para preguntarle si podía ir al hospital para ver a Verónica. Gabi se había mostrado muy agradecida y le había respondido a Perla que se acercara a ver a su madre cuando quisiera.

—Sí. ¿Cómo está tu madre?

—Está bien, mucho mejor. Gracias por preguntar.

Perla notó que Gabi sonreía. Tanto ella como Gael vivían totalmente dedicados a su madre, sintió un pequeño anhelo en el corazón al recordar el amor y el afecto que había experimentado siempre con la familia Montez, pero lo ignoró. Ya no había nada entre los Montez y ella. Gael se lo había dejado muy claro hacía seis años.

—¿En qué te puedo ayudar, Gabi? —le preguntó.

—He oído que tú estás a cargo del reparto de la serie sobre Francisco Ríos —respondió Gabi sin andarse por las ramas.

—Así es —respondió Perla.

—Entre tú y yo, creo que a Gael podría interesarle ese papel.

Perla sintió que el pulso se le aceleraba. No sabía si estaba contenta o aterrorizada sobre lo que aquello podría terminar significando. No tenía tiempo para pensarlo.

—El problema es Manolo. Está decidido a dejarlo pasar porque dice que no es bueno para la imagen de Gael, sea lo que sea lo que eso significa. Y, como siempre, mi hermano lo ha escuchado a él.

Manolo se había hecho cargo de su familia cuando el padre de Gael los abandonó, dejando a su esposa a cargo dos niños gemelos de diez años. Verónica, que hasta entonces había sido ama de casa, se había visto obligada a ponerse a trabajar. En un gesto de solidaridad, su cuñado Manolo había abandonado su hogar en Puerto Rico para ayudarle a criar a los niños. Gael se sentía en deuda con su tío.

Sin embargo, Gabi también le había confirmado lo que había sospechado. Gael quería el papel. A menos que fuera un hombre totalmente diferente al que había sido hacía seis años, Perla estaba segura de que lo aceptaría.

Gael escuchaba a Manolo porque mientras que su tío se ocupaba del lado financiero de su carrera, él podía centrarse en lo único que realmente le importaba: en su oficio. El éxito para él no tenía que ver solo con el dinero, sino en mejorar cada vez más en lo que hacía.

La posibilidad de competir por la nominación a mejor actor por un papel en el que representaba a una leyenda portorriqueña era demasiado tentadora para él, aunque fuera en contra de los consejos de su tío.

—¿Qué podemos hacer para convencerlo? —le preguntó a Gabi.

—¡Estoy segura de que podremos conseguirlo! —respondió Gabi muy emocionada—. Para serte sincera, no creo que haya que esforzarse mucho. Le encanta el papel. Ríos es uno de sus ídolos —añadió. Perla lo recordaba, igual que parecía recordar todos los detalles referentes a Gael Montez como si los tuviera grabados a fuego en el cerebro—. La clave es encontrar el momento. Tiene la semana que viene libre antes de que se vaya a Asia a promocionar el Escuadrón del Espacio. Llegamos anoche con el tío Manolo, pero él se marchó a la ciudad a primera hora de esta mañana. No regresará hasta Nochebuena.

Perla dejó escapar un murmullo de aceptación mientras golpeaba suavemente las uñas de gel rojo sangre sobre la mesa. Había visto un artículo sobre la enorme mansión de diez millones de dólares que Gael le había comprado a su madre en los Hamptons. No era de extrañar que todos fueran a pasar allí las fiestas.

—¿Y si lo llamas tú? —le sugirió Gabi—. Sé que es mucho pedir, pero siempre ha confiado en tus consejos en lo que se refiere a su carrera.

Perla sintió un regusto amargo en la boca. Efectivamente, Gael siempre había confiado en sus consejos... hasta que dejó de hacerlo. A pesar de lo que se había dicho a sí misma hacía menos de un minuto, no creía que pudiera tolerar que un subordinado de Gael la mandara a paseo. No. Gael se lo debía. Y, si iba a decirle que no, tendría que decírselo a la cara.

—¿Qué te parece si le llevo el guion? Así puedo decirle más detalladamente cómo esperamos que sea la serie. Incluso podríamos hacer una lectura.

—Está bien... si no te importa —replicó Gabi. No parecía muy convencida.

—Creo que le resultará más difícil rechazar el papel si voy en persona —le dijo Perla. Sonaba más segura de sí misma, más comprometida con el plan.

—Me gusta —respondió Gabi por fin—. Tenerte aquí le obligará a considerar el papel más seriamente.

Perla sintió que el pulso se le aceleraba y que la sangre le corría a toda velocidad por las venas. Ver a Gael en persona no era buena idea, pero sabía que era lo que tenía que hacer. Cuando leyera el guion, querría hacer el papel.

—Además, ¿no ha escrito Caballero-Méndez el guion? —le preguntó Gabi. Perla se lo confirmó rápidamente—. Gael lleva años queriendo trabajar en algo escrito por él.

—Él se ofreció a escribirnos el guion —aclaró Perla.

—Excelente. Espera a decírselo hasta que tenga el guion en sus manos —le sugirió Gabi—. Vienes con una oferta que no va a poder rechazar.

—¿Crees que hoy a la hora de comer sería demasiado pronto? —le preguntó Perla, que ya estaba pensando todo lo que tenía que hacer antes de ponerse en camino—. Estoy pensando en volar a Punta Cana desde Westchester a última hora de esta noche. Puedo ir en coche hasta donde estáis vosotros antes y volver aquí con tiempo de sobra para tomar mi vuelo, que es a las once de la noche.

—¡Sí, por mí perfecto! —exclamó Gabi, prácticamente gritando de alegría—. Ya sabes que es adicto al trabajo y que se aburre como una ostra cuando no tiene nada que hacer. Envíame ahora mismo el guion para que yo lo pueda imprimir y dárselo. Así, tendrá toda la mañana. Tengo buenas

vibraciones con respecto a esto —añadió, en un tono mucho más sosegado—. Y mi madre estará encantada de verte. Todos te hemos echado mucho de menos.

Perla, al contrario de la emoción que mostraba Gabi, sentía náuseas. Tal vez aquello serviría para demostrarse que había superado el pasado, que el sufrimiento de años atrás ya era solo historia.

—Yo también tengo muchas ganas de verla —dijo Perla con sinceridad antes de colgar.

En ese momento, trató de controlar todos los sentimientos que parecían haberse apoderado de ella de repente. Se sentía nerviosa... Se preguntó si aún le parecería que el sol, la luna y las estrellas se reflejaban en sus ojos verdes. Si aún le parecería que él era la única persona del mundo que podía llenarla de luz.

Se recordó que ya no era la niña perdida que había encontrado en Gael a alguien para quien por fin existía. En su vida había personas que la querían y, lo más importante, había aprendido a quererse a sí misma. A lo largo de aquel año, se sentía más segura que nunca.

Pero verlo era un riesgo. No servía de nada negarlo.

Se estaba metiendo en un terreno peligroso, pero saldría adelante. Si la Perla de antaño se habría acobardado ante la posibilidad de ver al hombre que le había roto el corazón, la Perla del presente dejaría de lado el inútil sentimentalismo para realizar su trabajo.

Iba a matar a su hermana o, al menos, a tener una fuerte discusión con ella. La muy fresca había entrado en su dormitorio a las nueve de la mañana con un montón de papeles en la mano para decirle que nada menos que Perla Sambrano iba a ir a hablar con él sobre el papel protagonista en la serie de Ríos. Su hermana se había puesto en contacto con su exnovia para invitarla a su casa.

Y, en aquel momento, allí estaba, de pie en el acceso de entrada a la casa, esperando a la mujer a quien le había roto el corazón. Gael no se disculpaba por sus actos. Era implacable en su dedicación y ambición y no se arrepentía de ello. El único modo en el que una chica de Bridgeport, Connecticut, había podido lograr lo que él había alcanzado en tan poco tiempo era porque nunca dejaba que sus sentimientos rigieran sus decisiones. Aunque eso significara romperle el corazón a la persona que amaba.

Perla había sido la compañera de habitación de su hermana en Yale y Gael y ella empezaron a salir. Ella fue la primera mujer de la que se enamoró perdidamente. Habían disfrutado de dos años casi perfectos. Ella había sido mucho más que una novia. Era su mejor amiga, su confidente. La persona a la que acudía para todo. Cuando su carrera empezó a despegar, Gael se sintió abrumado, intimidado, pero ella lo ayudó a manejarse en el nuevo mundo en el que había empezado a habitar. Aquel era el mundo de Perla. Ella había crecido rodeada de lujos. «La pobre niña rica», como sus amigos la llamaban a veces. Tenía mucho dinero. Provenía de una de las familias latinas más acaudaladas del país y siempre parecía triste, callada. Sin embargo, para él era una persona maravillosa, hermosa. Muy hermosa. Perla activaba en él todos sus instintos de protección como nunca lo había hecho nadie aparte de su hermana y su madre. Se había sentido atraído por ella desde el primer momento.

La gente solía subestimar a Perla. No veía nunca el fuego que ella ocultaba bajo ropa poco llamativa y gafas de empollona. Ella siempre guardaba la compostura. Tenía un aspecto delicado y era menuda. Se vestía para pasar desapercibida. Faldas sencillas y conjuntos de jersey y rebecca con zapatos planos. Todo era de diseño, sí, pero poco llamativo, casi anticuado.

Por aquel entonces, él había sido un hombre importante en el campus, al menos en la parte del campus que se interesaba por el teatro y la interpretación. Sus inicios habían sido humildes y, sin previo aviso, se había visto rodeado de un mundo de riqueza y de fama en el que se había sentido perdido. Era muy trabajador y también muy inteligente, pero había necesitado la ayuda de Perla para moverse en aquel ambiente. Ella le había enseñado dónde comprarse los trajes y dónde cortarse el cabello. El lugar adecuado para alquilar un apartamento en Nueva York e incluso el coche que debía conducir. Ella había sido su guía en un mundo desconocido para él. Justo cuando había empezado a tomar impulso, la había dejado atrás.

Aún recordaba aquella noche. Recordaba que llevaba una sudadera de Yale y el olor de las palomitas de microondas que Perla había preparado antes de que él entrara en el apartamento. Después de días, semanas, ignorando las advertencias de su tío de que su relación con Perla estaba dañando su imagen, todo cobró sentido cuando un periódico sensacionalista publicó una foto de Gael y Perla paseando por Manhattan. El titular fue el arma que Manolo había necesitado. Una Perla del montón.

Su tío no había tardado en decirle que era mejor para todos que la relación terminara. Si seguían juntos, sería malo para la carrera de Gael y

también malo para la salud mental de Perla. Según le dijo, los medios de comunicación eran crueles y, por mucho que se esforzara por protegerla, su relación terminaría por hacerle daño. Y Gael le había obedecido.

Seis meses después de la ruptura, ella había empezado a salir en las revistas, viajando por todo el mundo. Los jerséis y las rebecas se vieron reemplazados por una versión más audaz, más propia de Instagram, que sustituyó a la tímida muchacha que él había conocido. Cuando su padre murió, Perla pareció desaparecer de la faz de la tierra, pero, en aquellos momentos, estaba de camino a su casa. Y Gael no estaba muy seguro de cómo se sentía al respecto.

El sonido de la grava en el enorme acceso circular a la casa le hizo volver de nuevo al presente. Vio que un coche se dirigía hacia él. Frunció el ceño al ver que un Maserati SUV negro, muy elegante, se detenía a pocos metros de él y trató de mirar hacia el lugar que ocupaba el conductor del vehículo.

La puerta se había abierto muy lentamente para mostrarle poco a poco a la nueva Perla. Ya no llevaba su habitual coleta ni su cabello rubio. En su lugar, llevaba un corte al estilo pixie y su cabello era negro como la noche. Sus ojos grises relucían aún más que antes. El marcado eyeliner también fue una sorpresa. Cuando le miró la boca, vio que llevaba los labios pintados de rojo. A Perla nunca le había gustado hacer ostentación de su riqueza, pero, si se sabía lo que se estaba viendo, se podía notar por todas partes. Un reloj Piaget en la muñeca. El Bottega Veneta verde que había visto en un desfile al que le habían hecho asistir durante la semana de la moda.

Llevaba grandes aros dorados en las orejas. Las sutiles elecciones de prendas en el pasado se habían visto reemplazadas por un jersey de punto negro y leggings de cuero sintético del mismo color. Frunció el ceño al ver que llevaba zapatillas deportivas. Perla Sambrano con deportivas rojas. Balenciaga, por supuesto, pero aun así...

Mientras se dirigía hacia él, Gael vio que el atuendo y el coche no eran lo único diferente. Echó la cabeza hacia atrás para ponerse unas enormes gafas y, cuando lo vio, la sonrisa no era la tímida expresión de antaño, sino la de una mujer que sabía muy bien lo que quería.

—Gael —le dijo se inclinaba hacia él. Los dos eran latinos, por lo que, cuando ella levantó el rostro, Gael le dio un beso en la mejilla. La piel se le tensó al notar la tersura de la de ella y sintió cómo una corriente eléctrica le recorría el cuerpo. Se dijo que debía de ser por las bajas

temperaturas, que su sorpresa era la reacción natural al ver a alguien después de tanto tiempo. Perla tenía un aspecto tan diferente que le había sorprendido. Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero terminó diciendo lo que casi con toda seguridad iba a enojarla.

—¿Cuándo has empezado a usar lápiz de labios?

Ella se apartó como si no supiera cómo interpretar aquellas palabras y luego sonrió. La Perla de antaño se habría acobardado, pero la que tenía frente a él se limitó a encogerse de hombros y a sonreír.

—Pensé en probar algo nuevo. Me cansé un poco de lo neutro. Gracias por acceder a verme —comentó ella, sonriendo dulcemente. Aquel gesto pareció despertar algo primitivo en el pecho de Gael. Fuera lo que fuera, lo apartó inmediatamente.

—No me des las gracias a mí, sino a Gabi por su insistencia —gruñó Gael. Su voz sonó más dura de lo que había pensado, pero Perla profundizó aún más la sonrisa.

—Conociendo a Gabi, me imagino que te dio la noticia con la sutileza de un tren de mercancías —bromeó.

Gael soltó una carcajada, pero, después, los dos parecieron caer presa de un tenso silencio. No podían fingir que la situación no era incómoda. ¿Cómo se enfrenta una persona a la que tanto ha significado para él en el pasado?

Después de romper con Perla, se había negado a pensar en lo ocurrido. Había preferido ignorar lo que aquella ruptura suponía para él y había conseguido apartar a Perla y todo lo que había perdido de su pensamiento durante seis años. Tal vez Manolo tenía razón y considerar aquel proyecto era un error. Solo llevaba dos minutos junto a Perla y ya le resultaba imposible dejar de pensar en el pasado que los unía.

—Por aquí —dijo indicándole la escalera que conducía a la casa—. Vayamos dentro para que podamos hablar.

Perla asintió y le siguió. Gael se dio cuenta de que ella mantenía las distancias con él. Resultaba evidente que ella estaba allí con un único propósito. Un propósito que no tenía nada que ver con el pasado.

Capítulo Tres

Perla se había estado preparando para la frialdad de Gael, para que él se comportara como si se hubiera olvidado de quién era ella. Desgraciadamente, no se había preparado para el efecto que Gael Montez ejercería sobre ella. Había esperado que el tiempo y la distancia hubieran conseguido diluir tanta vulnerabilidad, pero no había sido así.

Si era posible, Gael era mucho más guapo que antes. Real de un modo que la... distraía. Siempre había tenido un físico de película, carisma a raudales y la apostura que hacía que las mujeres se volvieran para mirarlo. La gente se sentía atraída por él y sabía muy bien cómo mantener su atención. A lo largo de aquellos seis años, su belleza adolescente se había convertido en una masculinidad ruda, casi peligrosa. Desde la última vez que lo vio Perla, se había vuelto más corpulento, más fuerte. La suavidad de antaño había desaparecido. Llevaba barba y el cabello le llegaba por debajo de la barbilla, enmarcando su rostro. A Perla no solía atraerle la imagen del Soldado de Invierno, pero a Gael le sentaba de maravilla. Vaya que si le sentaba bien. Dios. Menos mal que solo iba a estar allí un par de horas...

Mientras subían los escalones de la impresionante mansión, Perla se percató de que él también la miraba. A pesar de lo mucho que se esforzó por permanecer impassible, sintió un pequeño cosquilleo en el estómago y no pudo evitar que una sonrisa le frunciera los labios. Sabía a qué se debían esas miradas. Estaba intrigado.

Durante los últimos doce meses, Perla se había decantado por un estilo totalmente diferente, que reflejaba un poco más su personalidad. A lo largo de su vida, se había dejado llevar por las indicaciones de su madre en todo, desde el color del cabello hasta el tipo de zapatos que llevaba. Sin embargo, por fin se había liberado. A Perla le gustaba aquella nueva

versión de sí misma y, por el modo en el que Gael la estaba observando, le parecía que a él también.

—Ya hemos llegado —anunció él mientras abría la puerta que conducía al vestíbulo de la casa. Era una mansión magnífica, construida al estilo de Cape Cod. El exterior estaba pintado del azul claro tradicional, con contraventanas blancas, pero el interior era moderno, de planta abierta y mucho cristal por todas partes, la opción más idónea para admirar las hermosas vistas del Long Island Sound.

—Es una casa preciosa —le dijo ella con sinceridad mientras Gael le tomaba el abrigo.

Miró a su alrededor, admirando los hermosos suelos de madera y las pintura gris clara del vestíbulo. Por lo que le parecía ver, había una chimenea de piedra en el salón, que estaba decorada con guirnaldas y pequeñas luces blancas que parpadeaban suavemente. En realidad, había guirnaldas por todas partes y, seguramente, habría un enorme árbol de Navidad en alguna parte. A la madre de Gael siempre le había gustado la Navidad. Incluso cuando vivían en la pequeña casita de Bridgeport, había conseguido que el ambiente fuera acogedor y festivo. Perla estaba a punto de preguntarle a Gael por ella cuando oyó una voz familiar que decía su nombre.

—¡Perlita querida!

Gael sacudió la cabeza al escuchar la exclamación de su madre. Perla no pudo contener una sonrisa cuando vio a Verónica dirigirse a ella con los brazos abiertos. A pesar de que iba vestida con vaqueros y sudadera, su cabello era ya totalmente blanco. Tenía un aspecto cálido, amable. Totalmente lo opuesto a la madre de Perla.

—Doña Verónica —dijo Perla mientras la mujer la estrechaba en un fuerte abrazo. Verónica siempre olía a vainilla y a pan caliente. Perla cerró los ojos mientras la mujer la achuchaba contra su cuerpo.

—Ha pasado demasiado tiempo, cariño. Más de un año ya. ¿Y qué es esto de doña? Llámame Verónica, ¿de acuerdo?

Perla sonrió, pero antes de que pudiera responder, escuchó que Gael se le adelantaba.

—¿Un año?

Verónica asintió sin apartar los ojos de Perla.

—Sí, Perlita vino a verme después de la operación. Tú estabas en Italia grabando la segunda película de Escuadrón del Espacio.

—Ah.

El rostro de Perla se sonrojó al notar la sorpresa de la voz de Gael, pero prefirió no mirarlo. Dejar que él viera que se había sonrojado no era aconsejable. Por suerte, Verónica no había terminado de hablar.

—Me hace tan feliz que estés aquí con nosotros. Me encanta tu nuevo estilo. Te sienta muy bien —comentó Verónica mientras daba un paso atrás para verla mejor. Entonces, sonrió.

Perla se alegraba mucho de verla, pero, al mirar bien a Verónica, se percató de las profundas líneas de expresión que cruzaban su rostro. Verónica aún tenía energía y chispa, pero tenía el aspecto de alguien que terminaba de librar una dura batalla que había ganado en el último segundo.

—Tienes que almorzar con nosotros. Quiero que me cuentes qué es lo que has estado haciendo. Gabi me ha dicho que trabajas en Sambrano —comentó la mujer mientras agarraba la mano de Perla—. He oído los cambios que ha habido en el estudio —añadió, apretándole suavemente la mano.

—Gracias —respondió Perla. No quería hablar de su familia, ni de la muerte de su padre ni del lío que él había dejado tras su fallecimiento. Él había sido un hombre orgulloso, trabajador y brillante, pero jamás había sido afectuoso. Les había puesto a todos sus hijos nombres de gemas, pero nunca los había tratado como si fueran valiosos para él. Perla, al ser la más joven, se había sentido prácticamente invisible para su padre. Tras su muerte, ella se dio cuenta de que no lo había conocido lo suficiente como para echarlo de menos, lo que le resultaba increíblemente doloroso.

—Gael, tienes que asegurarte de que has terminado a la hora de almorzar, para que yo pueda estar un buen rato con Perla

—Claro, mami.

Perla se volvió hacia Gael. Notó que la tensión en los hombros y en el rostro de él indicaba que estaba buscando cualquier señal que le revelara que su madre tenía dolor. Siempre se había mostrado muy protector con ella. En realidad, era así con todo el mundo. Esa había sido una de las razones por las que Perla se había enamorado perdidamente de él. Sin embargo, su madre siempre había sido su prioridad. Perla nunca había disfrutado del amor incondicional que Gael había recibido siempre de su

madre, pero sabía muy bien la responsabilidad que él sentía por el cuidado de su progenitora. Era un hombre que jamás evitaba sus responsabilidades. Hacía lo que tuviera que hacer para cuidar de los suyos.

—Deberíamos empezar. Tengo un vuelo a última hora de la tarde y tengo que regresar dentro de un par de horas —dijo secamente.

—Claro —asintió Gael, aunque la miró con curiosidad. Sin embargo, fuera lo que fuera lo que se estaba preguntando, no le dio voz. Después de despedirse de su madre, condujo a Perla hasta el salón, que tenía un enorme árbol de Navidad en una lateral. Las espectaculares vistas del océano y las paredes cubiertas de fotografías familiares y obras de arte completaban la decoración.

Aquella mansión era un lugar para que se reuniera la familia. En el pasado, Perla había anhelado ser uno de ellos, pertenecer al círculo de personas que se amaban tan profundamente. Sin embargo, Gael no la había querido como pareja.

—Es muy bonito —comentó.

Sabía que, para Gael, comprarle a su madre una casa en los Hamptons era un sueño hecho realidad. Gael le había confesado a Perla que una noche, después de ver a su madre completamente agotada, se había prometido que un día sería rico y le compraría una de esas enormes casas... y así había sido.

—Tu madre debe de estar muy contenta —dijo por fin.

—Sí —respondió él. Los dos estaban junto a la chimenea, en la que había un enorme fuego encendido—. Ya sabes cómo es. Tardamos seis meses en convencerla de que necesitaba un decorador para que la ayudara.

—Ya me lo imagino —comentó ella, sonriendo.

—Ven. Podemos leer el guion en el estudio —dijo él mientras había la puerta de una increíble estancia—. No estoy seguro de cómo llamarlo si no.

—¡Vaya, es maravilloso!

Perla entró en la sala y miró las estanterías cubiertas de libros que llenaban las paredes. Como el salón, la chimenea también estaba encendida y había unas vistas espectaculares, pero lo que más le llamó a Perla la atención fue la enorme pantalla que había en una de las paredes, la más alejada de la puerta. Había cuatro sillones de cuero colocados en semicírculo delante de la pantalla. Al otro lado, había un cómodo sofá y un

sillón, seguramente para leer. Aquella estancia estaba dedicada a dos cosas: los libros y las películas. Las dos aficiones favoritas de Gael... y de Perla.

Comentar libros y películas había sido una de las cosas de las que les había encantado a los dos hablar cuando se hicieron amigos. Más tarde, cuando eran mucho más que eso, aquella pasión le había convencido a Perla de que eran perfectos el uno para el otro, que, a pesar de sus diferentes orígenes, eran almas gemelas. Tuvo que dejar de recordar. Se sentía a punto de quedar atrapada por una espiral muy peligrosa.

—Ven aquí.

Perla se volvió a mirar a Gael. Lo vio de pie junto a las estanterías. Estaba señalando una. Iba vestido con unos pantalones de chándal y una sudadera negra, pero tenía un aspecto imponente. Sus poderosos muslos estiraban la tela de los pantalones hasta el punto de que ella casi podía distinguir el contorno de los músculos. Era tan masculino... Resultaba difícil no mirar fijamente el poderoso y viril cuerpo.

Cuando Perla llegó junto a él, vio que, en la estantería que él le había estado señalando, estaban los títulos de todas las obras de Gabriel García Márquez.

—¿Son primeras ediciones? —le preguntó. Ella también tenía algunas, pero le había resultado casi imposible encontrar algunos de los títulos.

—Así es. Tal vez también te guste mirar lo que tengo en esta estantería.

Perla se giró y gritó de gozo al ver que, en la estantería que él le señalaba, había muchas novelas románticas. También sus favoritas, algo a lo que había enganchado a Gael mientras estuvieron juntos con el pretexto de que podrían ayudarle a mejorar en su profesión.

De repente, Perla se sintió abrumada.

—Tienes una colección estupenda —dijo fríamente. Necesitaba mantener las distancias—. Ahora, vamos a hablar de negocios —añadió con una sonrisa mientras sacaba el guion del bolso—. Sé que estás interesado en este papel. Es un proyecto muy especial. Caballero-Méndez acudió a nosotros para escribir este guion.

Gael arqueó una ceja, tratando de ocultar su interés con fingida indiferencia.

—Todas las personas implicadas en este proyecto son lo mejor de lo mejor. Este trabajo podría cimentar tu versatilidad como actor.

Durante unos segundos, Gael la miró fijamente, como si estuviera tratando de leer algo en el rostro de Perla. Ella se ruborizó ligeramente por la intensidad de aquella mirada. Justo cuando estaba a punto de volver a hablar, Gael tomó por fin la palabra.

—Me sorprende que trabajes para Sambrano.

—Bueno, mi familia es la dueña del estudio. Ahora, mi hermana es la presidenta y...

—Tú nunca sentiste interés alguno por trabajar para tu padre o para su empresa —le interrumpió Gael.

—Bueno, de eso hace mucho tiempo. Mi hermana es una líder muy diferente a mi madre y ella me quiere a su lado. Me considera una persona valiosa. Además, yo creo en la visión que ella tiene para el estudio.

—Has cambiado mucho —dijo él. Perla estuvo a punto de sacar las uñas, pero él no parecía estar juzgándola en modo alguno. Era casi como si estuviera pensando en voz alta.

—Así es.

Gael siguió mirándola, observándola del mismo modo en el que lo había estado haciendo desde que entraron en la sala. Tras un instante, agarró por fin el guion.

—Está bien. Vamos a ver la magia que Caballero-Méndez ha hecho con este guion —comentó mientras lo abría—. Léelo conmigo.

Capítulo Cuatro

Eso era lo que sacaba por tratar de ser caballeroso.

—No creo que esta escena sea buena idea —comentó Gael apretando los dientes mientras Perla lo observaba con ojos angelicales.

Le había sorprendido la tranquilidad con la que ella hablaba de su trabajo y de su familia. Aquella versión de Perla era muy diferente a la muchacha de la que él se había enamorado. Se sentía inquieto por su presencia y, siempre que Gael se sentía así, se comportaba de un modo impulsivo. Y, en aquellos momentos, sentía el impulso de realizar la escena de un beso con Perla. Y ella, no solo no parecía preocupada al respecto sino también divertida por su negativa.

—Venga ya, Gael. Es solo un beso. Eres un profesional. No creía que se te hubiera olvidado que yo también me muevo en este mundo. Puedo soportar un beso de mentira. Créeme. Sé que no es de verdad.

Perla lo estaba provocando. Gael la miró y vio que ella tenía en el rostro una expresión de absoluta tranquilidad. Solo la traicionaba el ligero temblor que tenía en el labio superior. Ella también estaba nerviosa.

—Entonces, ¿no te importa que nos besemos? ¿No significa nada para ti?

La adrenalina rugía por las venas de Gael. Perla quería fingir, comportarse como si no la estuviera afectando. Gael iba a demostrar que se trataba de un farol.

—Eso es —respondió ella.

—Está bien —afirmó Gael. La voz se le había vuelto ronca por la inesperada tensión que estaba experimentando en la entrepierna. No era un comportamiento nada profesional. ¿Qué demonios le ocurría? Él era un actor experimentado. Sabía cómo controlarse en situaciones íntimas. Lo había hecho cientos de veces. Sin embargo, la perspectiva de besar a Perla le provocaba que el sudor le corriera por la espalda. Era una idea

descabellada. Debería darla por finalizada y decirle a Perla que sabía que estaba fingiendo. Que el juego de venganza que estaba llevando a cabo por el modo en el que habían terminado las cosas entre ellos no iba a ir a ninguna parte.

La Perla que él había conocido nunca hubiera hecho algo así. Si tuviera algo de sentido común, debería decirle que no iba a aceptar el papel. Que Gabi había malinterpretado su interés. Eso sería lo adecuado, pero no iba a hacerlo. En vez de ello, dio un paso al frente y apretó con fuerza el guion con la mano mientras observaba fijamente los rojos labios de Perla.

—¿Preparada?

Ella asintió y se acercó. La escena trataba del momento en el que Francisco Ríos y Claudia Miseses se besan por primera vez. Se suponía que estaban dando un paseo por Cambridge a última horas de la tarde. Era otoño y hacía algo de frío. Claudia estaba temblando y Francisco se había detenido para abrazarla. Luego le daba un beso.

—Tienes frío —le dijo, siguiendo las líneas del guion, mientras la tomaba entre sus brazos.

Perla pareció sorprendida de que él comenzara sin previo aviso, pero enseguida se dejó llevar. Lo miró. Gael vio en sus ojos algo que no podía interpretar, algo que nunca había visto antes. Una mirada fiera, desafiante.

—Francisco, bésame.

En la voz de Perla había un ligero temblor, como si casi no pudiera controlar la urgencia, la necesidad de las caricias de Gael. Aquellas palabras prendieron algo en él, algo salvaje y cálido, a pesar de que sabía que ella solo estaba leyendo el guion. Que el temblor de su voz era fingido.

Trató de no olvidarlo mientras la estrechaba entre sus brazos. Se esforzó por centrarse, por canalizar lo que tenía que comunicar. El corazón le latía con fuerza cuando inclinó la cabeza hacia los labios de Perla. Aquellos labios rojos parecían llamarlo con tanta insistencia que no le sirvió de nada decirse que aquel era como cualquier otro beso en una película. Perla suponía un asalto en toda regla a sus sentidos. Sus curvas, sus firmes pechos, la calidez y la suavidad de su cuerpo lo encendían sin que pudiera evitarlo.

«Céntrate, Gael. Céntrate. Eres Francisco y esta es Claudia. No hay nada entre vosotros. Solo sois dos actores tratando de representar sus papeles».

Deslizó el dedo sobre el cabello de Perla. Se suponía que debía recogerle un mechón suelto que le caía sobre la frente, pero el cabello corto de Perla no lo permitía. Ella suspiró cuando él la tocó. Gael se inclinó hacia ella mirándola fijamente. Era tan hermosa. Siempre lo había sabido, pero, en aquellos momentos, era un hecho palpable e innegable. Por lo que había leído, sabía que aquella escena tenía lugar después de que Francisco y Claudia estuvieran durante meses jugando al gato y al ratón. Los dos personajes habían estado resistiéndose a la innegable atracción que había entre ellos hasta aquel momento. El preludeo a aquel beso era el instante en el que los dos llevaban su amistad a un nuevo nivel, un nivel que los transportaría a un amor épico, legendario. Al matrimonio, a los hijos. Era un beso que cambiaría el curso de sus vidas. Cuando por fin tocó los labios de Perla y ella pareció fundirse contra su cuerpo, rodeándole el cuello y apretándose con fuerza contra él, Gael dejó de tratar de intentar que aquello solo fuera fingimiento.

Perla se había obligado durante seis años a no pensar en los besos de Gael. Se había hecho creer que los besos de él no eran perfectos y que sus brazos no eran el único lugar en el mundo en el que se sentía segura.

Se había estado engañando.

Bastó un instante entre aquellos brazos para darse cuenta de que, si no se apartaba, se perdería para siempre. El gruñido de placer de Gael fue profundo, posesivo. Perla no pudo contenerse. Le mordió el labio inferior y comenzó a explorarle con la lengua, lo que provocó otro gruñido de placer. No tardaron mucho en comenzar a devorarse. Perla no pudo evitar pensar que, aunque fueran muy diferente, había algo que seguía siendo verdad después de tanto tiempo: Gael era el único hombre al que se había entregado por completo.

Había buscado cientos de excusas sobre por qué seguía siendo así, pero todas eran tonterías. La verdadera razón era que se había enamorado del hombre equivocado y que nunca había logrado olvidarlo. En aquellos momentos, ese hombre le estaba devorando la boca como si quisiera consumirla.

Se repitió una y otra vez que él estaba actuando. No era Gael quien la besaba. No. Solo era un actor haciendo su trabajo, fingiendo que ardía deseo por la mujer que tenía entre sus brazos. Era Francisco Ríos quien besaba a Claudia Mises. En menos de un minuto, los dos se separarían y

ella, cortésmente, le daría las gracias por considerar el papel. Entonces, se metería en su coche y se marcharía de allí.

Sí. Eso era exactamente lo que iba a ocurrir. Perla no era tan necia como para pensar que aquello era algo más que un trabajo para Gael. Sin embargo, resultaba difícil ser sensata cuando la lengua de él se estaba entrelazando tan sensualmente con la suya y sus fuertes manos la sujetaban con fuerza, como si nunca más fuera a dejarla escapar. Estaba envuelta en Gael, tal y como había soñado mil veces.

En ese momento, le pareció escuchar que se abría una puerta y que sentía pasos sobre una de las alfombras que cubrían el suelo de la sala.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó la voz de Verónica, encantada. Rompió rápidamente el hechizo e hizo que Perla saliera prácticamente escopetada de los brazos de Gael—. Le dije a Gabi que los dos habíais visto por fin la luz. Llevo años rezando para esto...

Perla no sabía dónde mirar. Nunca había tenido mucha suerte en lo que se refería a la humillación en público. La madre de Gael se había acercado a ellos con lo que parecía que eran lágrimas en los ojos. Entonces, le dio a ella un fuerte abrazo, que ella correspondió sin poder negarse. Estaba segura de que Gael reaccionaría en cualquier momento y le diría a su madre la verdad de lo que estaba ocurriendo. Por el momento, Verónica estaba eufórica.

—Los dos sois perfectos el uno para el otro —añadió Verónica—. Llevo seis años diciéndole que cometió el mayor error de su vida el día en el que te dejó marchar. Nunca lo he visto tan feliz como cuando los dos...

—¡Mamá, por favor!

—Es que estoy muy contenta por vosotros, hijo —replicó Verónica, mirando a su hijo, que había salido huyendo hacia el lado opuesto del estudio—. Hace tanto tiempo que no te veo feliz, Gael. Los dos juntos... Sois mi milagro de Navidad...

Verónica soltó a Perla, pero le agarró la mano, como si quisiera aferrarse a aquel momento.

—Mamá —dijo Gael con voz firme—, esto no es lo que piensas. Perla y yo...

Se detuvo un instante. Gael parecía estar luchando por recuperar el control. Verónica seguramente lo había visto también, pero esperó pacientemente a que su hijo prosiguiera. Como si estuviera dándole tiempo para que se diera cuenta de que ella tenía razón en lo que había visto.

Por fin, después de lo que parecieron horas, Gael miró a Perla y luego a su madre. La expresión de su rostro era inescrutable. Se acercó a ellas, centrando la mirada en su madre. Perla se preparó para el momento en el que él pusiera todo en su lugar, cuando comunicara a su madre que había malinterpretado la situación.

En vez de eso, tomó a Perla entre sus brazos y sonrió. Entonces, abrió su hermosa boca y mintió como un bellaco.

Capítulo Cinco

Perla estaba tan rígida como una tabla entre los brazos de Gael. Él no podía culparla. Acababa de decirle a su madre que volvían a estar juntos. No se atrevió a mirarla, porque seguramente ella estaba lista para asesinarle. En realidad, había tenido intención de decirle la verdad a su madre, pero, cuando vio las lágrimas de felicidad en sus ojos, no pudo hacerlo. No la había visto tan feliz desde que enfermó gravemente el año anterior. Se había puesto muy contenta al encontrarlos juntos en el estudio y no pensaba arrebatarse aquel momento de felicidad después de todo por lo que había pasado.

—Bueno, no queríamos decírtelo hasta que yo regresara a casa. Ya sabes que es mejor dar las noticias en persona —le mintió a la mujer que le había traído al mundo mientras abrazaba a la que seguramente estaría pensando cómo sacarlo de él, a juzgar por la incomodidad que notaba en Perla.

—¡Claro, lo comprendo! ¡Este tipo de noticias es mejor darlas en persona! —exclamó Verónica guiñando el ojo. Entonces, se inclinó para besar a Gael en la mejilla y luego para darle otro abrazo a Perla—. Querías tener a Perlita aquí cuando nos lo dijeras. Querida... —añadió, dirigiéndose a la supuesta novia de su hijo, que hasta el momento no había articulado ni una sola palabra—. Me alegro de que hayas venido a hacernos una visita, pero ¿te podrías quedar más tiempo?

Aquella pregunta pareció sacar por fin a Perla de su estupor.

—Tengo que tomar un vuelo, Verónica. No me puedo quedar mucho tiempo.

Verónica frunció el ceño, gesto que solía preceder al chantaje emocional al estilo de la madre latina que era.

—¡Ay, pero solo un poquito! Nosotros también queremos verte y este muchacho te ha tenido escondida aquí dentro desde que has llegado.

Sabía que no habías venido por trabajo. ¡Es Navidad! Y, dado que no puedes estar con nosotros en Nochebuena, podemos disfrutarte ahora. Esta misma mañana he hecho alcapurrias —añadió, abriendo los ojos como si se le hubiera ocurrido una gran idea—. ¡Puedo freírte unas poquitas! Antes te encantaban.

—Y me siguen gustando, sí —admitió Perla, derrotada.

—¡Genial! Puedes dame diez minutos, ¿de acuerdo?

Sin esperar a que Perla respondiera, Verónica salió corriendo del estudio, completamente ajena al fiasco en el que estaba envuelta.

—¡Eres increíble! —exclamó Perla separándose inmediatamente de él.

—¿Por qué es tan increíble que no quiera romperle el corazón a mi madre durante las Navidades?

Gael sabía que se estaba comportando de un modo poco razonable y cruel, pero, en los últimos minutos, mantener aquella mentira se había convertido en la única misión de su vida.

—Sé que no es tu problema, pero estuvo a punto de morir. Conseguí que no apareciera en la prensa sensacionalista, pero aquella operación terminó siendo al menos cinco más. Después de la última, no creíamos que volvería a caminar. Esta es la primera vez que la veo sonreír en casi seis meses. Sé que no tengo derecho alguno a pedirte nada, pero vas a tener que fingir una hora, tal vez dos. Nada más.

—No me gustan las mentiras —protestó débilmente.

—Lo sé. Sé que te estoy pidiendo mucho, pero no tardarás mucho en marcharte de aquí después de comer. Después de las vacaciones, cuando las cosas se hayan calmado un poco, le diré que no podíamos conseguir que lo nuestro funcionara a distancia.

—No sé, Gael —replicó Perla muy nerviosa.

Gael era consciente de que no era un favor pequeño. También sabía que Perla había viajado hasta allí por un motivo. Había algo que quería, algo que había estado dispuesta a hacer a pesar de la historia que había habido entre ambos.

—Aceptaré el papel —dijo, casi sin pensarlo. Contuvo una sonrisa al ver el modo en el que ella se animó.

—¿Y te vas a comprometer casi sin saber nada sobre los términos del proyecto a cambio de que, durante la duración de un almuerzo, yo finja que estamos saliendo?

Perla parecía estar muy irritada, lo que hacía que el miembro de Gael vibrara de impaciencia. Perla estaba tan sexy así, con la ira reflejada en los ojos...

—Ya me has informado antes de todo lo que tenía que saber era que sería un tonto si no quisiera formar parte de este proyecto.

—Es cierto...

Ella sonrió. Gael estuvo a punto de tomarla de nuevo entre sus brazos y besarla hasta que ella perdiera el sentido. Sin embargo, la prioridad era su madre.

—Ya sabes que haría lo que fuera por mi madre, Perla. Sé que no tienes una gran opinión de mí. De hecho, tienes razones de sobra para odiarme —añadió colocando las manos en gesto de conciliación cuando ella entornó los ojos—, pero espero que lo tengas en cuenta...

—Yo no te...

Perla empezó a expresar su protesta, pero vio algo en la expresión del rostro de Gael que la obligó a cerrar la boca. Levantó la cabeza hacia él.

—Si yo finjo que estamos saliendo, almuerzo con tu familia y luego me marcho, ¿tú harás el papel de Francisco Ríos en la serie? —le preguntó.

Gael asintió. Se había cruzado de brazos para reprimir la alocada necesidad de tomarla entre sus brazos.

—Y tú le dirás la verdad después. Yo no tendré que seguir fingiendo ni me harás parecer responsable de todo esto.

—Correcto —confirmó él.

Perla frunció el ceño mientras trataba de decidir en dónde estaba la trampa, pero, tras unos segundos, respiró profundamente y se rindió.

—Está bien. Dos alcapurrias y me largo de aquí.

Con eso, Perla salió del estudio rápidamente mientras Gale se quedaba en el sitio, observando cómo ella meneaba el menudo y respingón trasero mientras se dirigía a la cocina para ver a su madre.

—¡Perla!

El coro de bienvenida que resonó en la cocina hizo sonreír a Perla a pesar de lo incómoda que se sentía en aquella situación.

—Ven a darme un abrazo, niña —dijo la abuela de Gael mientras daba la buena a las doradas empanadas en una sartén de aceite hirviendo.

—Doña Juana... —susurró Perla, mientras abrazaba a la menuda mujer.

—Llámame abuela, querida, en especial ahora que mi nieto ha visto la luz y te ha recuperado.

La anciana sacó las últimas empanadas del aceite y apagó el gas. Entonces, se volvió hacia Perla para darle un fuerte abrazo. Le tocó la mejilla con tanto afecto que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estoy muy contenta de que estés aquí. Ahora, coge esas empanadas y ponlas sobre la mesa. Luego podremos hablar de tu nueva imagen. Gaelito no puede quitarte los ojos de encima —bromeó Juana.

Perla se dio la vuelta y vio que Gael estaba apoyado sobre el arco que separaba la cocina del comedor. Efectivamente, la estaba mirando de una manera muy intensa.

—Venga, déjame ayudarte, abuela —dijo él acercándose a las dos mujeres.

Tomó el plato de empanadas de las manos de Perla. Ella lo siguió al comedor, aún sentía en sus labios el beso que habían compartido, por lo que no pudo evitar deslizarse la lengua sobre ellos. Gael debió de haber notado el gesto, porque se quedó totalmente inmóvil durante un segundo. Solo por eso, Perla experimentó una oleada de calor por todo el cuerpo. Tuvo que darse la vuelta y ponerse a colocar las empanadillas sobre la fuente para no hacer una estupidez.

Solo mirar a Gael resultaba extremadamente peligroso. Con cada palabra que intercambiaban, con cada roce, los sentimientos y anhelos que esperaba haber enterrado hacía mucho tiempo surgían como las flores silvestres después de un largo y oscuro invierno. Sin embargo, sabía que era capaz de hacerlo. Solo serían dos horas. Verónica podría disfrutar sin sufrimiento alguno y Perla habría conseguido que Gael Montez trabajara en El amor del Libertador. Lo único que tenía que hacer era cumplir con lo acordado. Si había algo que Perla sabía hacer era reprimir sus sentimientos,

fingir que no pasaba nada, aunque estuviera a punto de perder la compostura. Su madre se había asegurado de que tanto su hermano como ella siempre presentaran un rostro feliz por muy desdichados que se sintieran en realidad. Perla era una profesional del fingimiento y no fallaría. Un almuerzo con Gael y su familia. Después, se marcharía de allí y llamaría a su hermana para darle la buena noticia.

No le gustaba mentirle a Verónica, y estaba segura de que a Gael tampoco, pero él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que su madre fuera feliz.

—¡Mami, ya he vuelto!

La voz de Gabi sacó a Perla de sus pensamientos. Debería haber dado por sentado que la hermana de Gael también estaría presente, pero los últimos veinte minutos habían sido tan caóticos que no había tenido tiempo para pensar. Estaba segura de que Gabi no se creería que estaban saliendo porque ella sabía perfectamente por qué estaba Perla allí. Al contrario de su hermano, Gabi no sabía fingir. Perla se dio la vuelta de la fuente de empanadas que había fingido estar colocando y rodeó el cuello de Gael con los brazos. Tuvo que ponerse de puntillas para hablarle al oído.

Deseó que aquel gesto no le resultara tan agradable, que la realidad de Gael no hiciera palidecer todas y cada una de sus fantasías. Lo bueno de todo aquello era que podía tocar a y acariciar a Gael todo lo que quisiera durante las próximas dos horas.

Sabía que eso le pasaría factura más tarde. Ya volvía a estar medio sumida en el caos emocional que solo Gael podía causar en ella, pero decidió que no le importaba. ¿Cómo podía negarse darse un festín con un hombre que, literalmente, se le había ofrecido en bandeja de plata? ¿Era arriesgado? Sí, pero había sido él quien le había pedido que fingiera durante las próximas dos horas. Debía representar el papel de novia enamorada para convencer a Verónica de que volvían a estar juntos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él secamente, pero sin retirarse.

—¿Se lo has dicho a Gabi?

Gael la estrechó inmediatamente contra su cuerpo y asintió antes de abrir la boca. El roce de la barba contra la piel de Perla la hizo temblar de placer.

—Sí, Gabi lo sabe. Pude decírselo antes de que sacara a los perros.

—Está bien.

Los labios de Perla rozaron el cuello de Gael y ella sonrió al escuchar el sonido ahogado que él dejó escapar de la garganta. Había sido algo entre un gruñido y un gemido. Él la empujó hacia la pared.

—Si estás tratando de jugar conmigo, te recomiendo que no lo hagas —le susurró—. ¿Acaso no fue el beso del estudio suficiente advertencia?

Perla no sabía por qué le estaba provocando, pero parecía que el sentido común siempre le fallaba en lo que se refería a Gael Montez. En realidad, había algo más que ella estaba poniendo a prueba. Estaba tratando de responder la pregunta que llevaba haciéndose seis largos años. ¿Cómo había pasado Gael de la total dedicación hacia ella a la indiferencia total prácticamente de la noche a la mañana?

Echó la cabeza hacia atrás de manera que colocó los labios a pocos centímetros de los de él.

—Y yo que pensaba que era así como besabas en todas tus audiciones....

Gael la miró con desaprobación y se mordió el labio inferior, como si no tuviera ni idea de qué hacer con ella.

—¿Qué es lo que te pasa, Perla? Tú no eres así —le dijo. Parecía confundido y algo más que ella no era capaz de concretar. Sin embargo, fuera como fuera, siguió estrechándola contra su cuerpo.

—Hace mucho tiempo que no sabes cómo soy en realidad —replicó ella, deslizándose para zafarse de su cuerpo—. ¿Y a ti qué es lo que te pasa? Aparte de tener que mentir a toda tu familia.

El almuerzo fue maravilloso. La deliciosa comida estuvo compuesta de todas las delicias portorriqueñas favoritas de Perla, sin embargo, no solo era la comida, sino también la compañía. Perla había crecido en un hogar en el que no había habido mucho cariño. Sus padres habían tenido una relación tóxica, tempestuosa, que arrebatava la alegría a todos y cada uno de los momentos. Por eso, los momentos que había pasado con la familia Montez habían sido como un bálsamo. Eran personas que se sentaban alrededor de la mesa y hablaban, reían, disfrutaban con la compañía de todos los presentes.

Cuando se sentaron, fue como en los viejos tiempos. Como uno de los fines de semana que Perla había ido con Gael a comer cuando aún eran novios. Había echado de menos a todas aquellas personas.

—Ha sido tan agradable tenerte entre nosotros, Perlita —le dijo Verónica, seguramente por décima vez desde que se sentaron a comer—. Cuando regreses de Punta Cana, tienes que venir a vernos. Sabes que puedes hacerlo, aunque este hombretón no esté en casa porque esté trabajando por ahí.

—Lo haré —mintió mientras tomaba el vaso de agua.

—Siento mucho que te tengas que ir tan precipitadamente —le dijo Gabi. Perla creyó que estaba siendo sincera.

—Perla tiene que irse al aeropuerto —les recordó Gael.

Aunque no debería ser así, a Perla le dolió que él pareciera tener tantas ganas de perderlo de vista. Pero, efectivamente, debía marcharse. Tenía muchas ganas de disfrutar de unos días con Esmeralda y Rodrigo. La madre y las tías de Esme habían sido muy cariñosas con ella en las escasas ocasiones en las que había estado con ellas, pero no sería como con las personas con las que estaba en aquellos momentos, con las que siempre había podido ser ella misma. Contuvo un suspiro y miró alrededor de la mesa una vez más, preparándose para la despedida. A pesar de las promesas de un pronto reencuentro, ella sabía que no volvería a verlas.

—Pero su vuelo no es hasta última hora y ni siquiera son las tres —protestó la abuela Juana—. Aún tienes tiempo... Anda, vente a la cocina del sótano con nosotras para ayudarnos a hacer los pasteles de yuca durante un ratito... Luego ya te vas —le sugirió, sabiendo que Perla tenía debilidad por los dulces—. Necesito que me des información sobre La venganza. Cada episodio termina con una situación de suspense y eso me está matando. ¡Sé que tú tienes la exclusiva!

Perla se echó a reír al escuchar que Juana se refería a la popular telenovela que se estaba retransmitiendo en uno de los canales de Sambrano.

—Eso es información confidencial, abuela —le dijo con una sonrisa mientras se ponía de pie y ayudaba a recoger los platos.

—Mamá tiene razón, Gael. Puede venir a ayudarnos un rato. Así, te puedes llevar algunos pastelillos para tu hermana, Perla —comentó Verónica.

Aquel comentario hizo que Perla sintiera aún más deseos de quedarse. Efectivamente, podía quedarse un rato más. Sin mirar a Gael, dado que seguramente él la miraría con desaprobación, Perla contestó:

—Me resulta difícil resistirme a los pasteles de la abuela — admitió—. ¿Nos vas a ayudar tú también, cariño? —le preguntó dulcemente a Gael.

Sabía que estaba provocándole, pero, en realidad, toda aquella charada había sido idea de él.

Gael esbozó una sonrisa tan falsa que Perla sintió la tentación de preguntarle si aquella sonrisa era por la que tanto le pagaban por película. Sin embargo, entonces él abrazó a su madre y le dio un beso en lo alto de la cabeza.

—Lo que te haga feliz, mamá.

Al escuchar aquellas palabras, Perla se deshizo por completo de gusto. Entonces, se dispuso a acompañarlos a la cocina para tomar parte en la tradición navideña de la familia Montez.

Capítulo Seis

—**P**ásame el relleno, querida —le pidió Verónica a Perla.

Gael vio cómo ella tomaba rápidamente el bol de cerdo desmigado y se lo entregaba. Era como si el tiempo no hubiera pasado. Perla se sentía tan acogida en aquella familia como si nunca se hubiera marchado.

Lo más irritante de todo aquello era que a Gael se le olvidaba constantemente que nada de todo aquello era real.

Llevaban una hora haciendo pasteles. Cada año, su familia hacía varias docenas de la versión caribeña de los tamales para regalárselos a familiares y amigos como parte de la cena de Nochebuena. Gael disfrutaba de aquellos momentos cuando se lo permitía su carrera. Ver cómo su abuela y su madre hacían pasteles en una de las dos cocinas de la mansión que él les había comprado. Se sentía muy orgulloso de ello.

—Me alegro mucho de haber visto la casa decorada para la Navidad —dijo Perla sacándolo de sus pensamientos.

Verónica sonrió. Levantó la mirada del pastel que estaba envolviendo en hojas de banana.

—A Gael le encanta mimar a la gente a la que adora, ¿verdad que sí, mijo?

—Te lo mereces, mamá —musitó él con un nudo en la garganta. Parecía que Perla le había leído el pensamiento al hacer aquel comentario. Era algo que ella siempre había hecho, pero no era el momento de pensar en el pasado.

Solo necesitaba aguantar un poco más. Muy pronto las cosas volverían a la normalidad. Estar en la misma habitación que Perla cuando todos pensaban que estaban juntos era flirtear con el desastre. Por suerte, ya quedada poco. Si había sentía una extraña sensación en el pecho ante la idea de que ella se marchara, ya se le pasaría más tarde.

—Háblame de tu nuevo trabajo, Perlita —le preguntó Verónica.

—Yo me ocupo de conseguir a los actores y actrices para los proyectos más importantes del estudio y superviso todos los departamentos relacionados con el reparto —respondió ella—. Mi hermana Esmeralda y Rodrigo, su prometido, llevan ya un año al mando y los dos tienen mucho interés en devolver a los estudios la clase de programación que tenían en un principio. Nuestra misión es mostrar tanto como podamos todo lo referente a los setecientos millones de latinos que hay en el mundo.

Juana hizo un sonido de aprobación al escuchar aquellas palabras.

—Eso está muy bien, hija. Yo ya me había fijado que la programación no era la misma. Recuerdo que Sambrano fue el primer estudio de televisión que puso una pareja de negros portorriqueños como protagonistas de una telenovela. Eso me convirtió en fan suya de por vida, pero en los últimos años ha sido diferente.

—Tienes razón, abuela —dijo ella—. Perdimos el rumbo durante un tiempo, pero estamos decididos a que los estudios retomen el camino que jamás deberían haber abandonado. Estoy orgullosa del esfuerzo.

—Parece que disfrutas mucho de tu trabajo —comentó Gael.

—Sí que lo disfruto —replicó ella mirándole con intención—. E incluso se me da bien —añadió, observándolo fijamente. Gael decidió que se merecía la respuesta.

—No lo dudo —respondió él. Tenía la cabeza hecha un lío. Había demasiados sentimientos que no quería estar experimentando. Cuanto más tiempo estuviera con ella, más empeoraría la situación. Decidió que había llegado el momento de terminar con aquella farsa—. Son casi las cuatro. Dijiste que querías ponerte en camino antes de que oscureciera por completo.

—Así es —afirmó Perla. Parecía herida. Gael decidió que no era parte de su cometido hacer que Perla Sambrano fuera feliz, a pesar de lo mucho que quisiera borrar el ceño de su frente—. Maldita sea, me he debido dejar el teléfono en el bolso, arriba—. Tenía que estar pendiente por si surgía algún problema en el aeropuerto. Ha sido muy agradable pasar este rato con vosotros —añadió, mientras se dirigía a Verónica para despedirse de ella.

—No, no. Subimos todos contigo. Tenemos que despedirte adecuadamente. La abuela te va a preparar unos pasteles para que te los lleves.

A los pocos segundos, estaban todos de nuevo en la planta principal de la casa. Fue entonces cuando Gael se percató del sonido del viento. Al mirar por la ventana, comprobó que las rachas eran muy intensas y que la nieve había empezado a caer con fuerza. No se veía prácticamente nada.

—Oh, no —dijo Gabi—. Perla, no puedes marcharte así.

—Pero tengo mi vuelo —dijo ella mientras miraba por la ventana.

—No te puedes marchar así, Perla.

—Claro que puedo —afirmó ella para disgusto de todos los presentes—. El SUV tiene tracción integral en las cuatro ruedas —añadió mientras empezaba a ponerse el abrigo como si de verdad fuera a marcharse—. Seguro que no es más que un chaparrón. En cuanto me aleje de la costa, seguro que no hay nada. Antes de irme voy a comprobar mis mensajes.

Dejó el bolso al lado de la puerta y sacó el teléfono del bolso. El ansia que Gael sintió de impedirle que se marchara para que no corriera ningún peligro era tan intensa que prácticamente estaba levitando. Sabía que, si se quedaba, lo haría como su novia. Las dos horas ya le habían destrozado bastante los nervios. No le importaba. Lo único que quería era que ella estuviera a salvo.

La tensión que sentía en el cuello y los hombros casi le impidió girarse para mirarla cuando ella empezó a leer los mensajes en voz alta a pesar de que parecía que el pánico le atenazaba la garganta.

—Han cancelado el vuelo al menos hasta mañana a mediodía. La tripulación del avión ha dicho que no tienen permiso para despegar por la situación meteorológica que va a haber durante las próximas dieciocho horas.

Gael aún estaba tratando de averiguar por qué tenía una tensión en el pecho que amenazaba con asfixiarle cuando el grito de alegría de su madre rompió la tensión que reinaba en la casa.

—¡Entonces te puedes quedar aquí! Si el vuelo tampoco puede despegar mañana, podrás pasar la Nochebuena con nosotros. Estoy segura de que tu hermana querrá que estés aquí hasta que sea seguro volar.

Gael tensó los labios un poco al ver lo contenta que se había puesto su madre. El giro que habían dado los acontecimientos era terrible. En ese momento, Perla le dedicó una mirada con la que le decía claramente que todo era culpa suya. Tal vez así era, pero no podía dejar que se marchara

en aquellas condiciones. Tendrían que alargar un poco más su falsa relación. No quedaba más remedio.

—Mami, no grites tanto, que vas a asustar a Perla. Dame las llaves —le dijo a Perla—. Voy a por tu equipaje.

—¿Mi equipaje? —preguntó ella como si no supiera a qué se refería Gael.

—Sí, tu equipaje. Para que puedas tener tus cosas para esta noche.

Perla lo miró con rostro desafiante. Se acercó a él hasta que Gael pudo bajar la cabeza lo suficiente para que ella pudiera susurrarle al oído. Perla le rodeó el cuello con los brazos y le pegó un mordisco en la oreja. Gael tuvo que morderse el interior de la mejilla para no gritar. Estaba seguro de que, desde la distancia, parecía un simple abrazo de enamorados, pero él podía sentir perfectamente la amenaza que emanaba de la mujer que tenía entre sus brazos.

—Todo esto es culpa tuya, Gael Montez —le susurró—. Tienes que decir la verdad. No podemos seguir fingiendo hasta que me marche mañana...

Había pánico en su voz, pero también una cierta ansiedad que a Gael le pareció que tenía más que ver con lo cerca que estaban que con la situación en la que se encontraban.

Maldijo la lujuria que sentía. Sí, lujuria. Ya no podía engañarse y decirse que se trataba de otra cosa. Le agarró las caderas y notó la exclamación de sorpresa que ella dejó escapar.

—Yo no soy la que vino hasta aquí cuando había aviso de temporal de nieve para la tarde, Perla. Ya no se puede cambiar la situación. Y un trato es un trato. Sabes que no le podemos decir a mi madre que estábamos mintiendo.

—¡Pero idos ya al dormitorio! —exclamó Gabi, la instigadora, desde el sofá en el que se encontraba jugando con los perros.

—Las llaves, cielo —le ordenó él. En aquella ocasión, los dientes de Perla hicieron mucho más que morderle levemente la oreja—. Hay que ver cómo te pones —añadió antes de apartarse de ella—. Voy a por tus cosas.

Gael le guiñó un ojo mientras que ella le dedicaba una mirada, que acrecentó aún más la erección que él había empezado a tener. Si pudiera, se la echaría por encima del hombro y se la llevaría al dormitorio más cercado hasta que ella gritara desesperadamente su nombre.

—¿Limpió Brígida la cabaña esta mañana, Gaelito? No quiero que Perla se aloje ahí si no está limpio.

—¿La cabaña? —preguntó Perla. Gael estuvo a punto de esbozar una sonrisa cuando oyó la explicación de su hermana.

—Sí. Así los dos disfrutaréis de vuestro propio nidito de amor.

Aquello era una pesadilla. Lo más extraño de todo era que si aquello no fuera producto de su propia torpeza, parecería más bien una de sus fantasías más salvajes. Aislada por la nieve con el hombre del que había estado siempre enamorada, en una pintoresca cabaña mientras que la familia de él, a la que adoraba, no dejaba de darles su bendición y de decirles lo buena pareja que hacían.

Sí. Habría sido un sueño hecho realidad si, en verdad, no fuera una terrible pesadilla. La nieve caía abundantemente y cubría la finca entera con su manto blanco. Desde la ventana, observaba la «cabaña» en la que se iba a alojar y que estaba a tan solo unos pocos metros de la casa principal. Después de que Perla se recuperara del shock inicial que le produjo tener que quedarse allí con Gael y su familia, Gabi le había explicado que la cabaña era el espacio privado de Gael. Y hablando de Gael, el muy cobarde se había escondido en alguna partes mientras ella se hacía a la idea de que tenía que quedarse allí hasta que pasara la tormenta. Probablemente para pensar en cómo podía torturarla aún más.

La cabaña era preciosa. Desde aquella ventana, Perla podía apreciar dos ventanas a cada lado de la puerta y una pequeña chimenea de piedra.

—Es muy acogedor. ¿Estás segura de que vas a poder?

Perla se sobresaltó al escuchar la voz de Gabi a sus espaldas.

—Te aseguro que es una mala idea, Gabi —susurró Perla mirando a su alrededor como si fuera un animal enjaulado en aquella cocina, esperando que Juana o Verónica aparecieran de repente y descubrieran la mentira.

—Sí. Es una idea malísima —admitió Gabi con su habitual sinceridad—, pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Mi madre ha pasado un par de años muy malos. Realmente malos —añadió Gabi, pronunciando aquellas dos últimas palabras con la voz rota—. Está tan contenta de que estés aquí... El año pasado nos pasamos las Navidades con ella en la UCI.

—Lo siento mucho, pero tienes que hablar con tu hermano. No va a ocurrir nada. Yo voy a dormir sola.

Gabi palideció ligeramente al escuchar la mención de la cama.

—Por favor, dime que hay más de una cama, Gabriela...

—Hay un sofá-cama —respondió Gabi—. En realidad, la cabaña es más una suite que un apartamento.

Perla sintió deseos de gritar, pero, antes de que pudiera expresar sus reservas con aquel plan, Verónica y Gael entraron en la cocina. Al menos, él tuvo la decencia de parecer preocupado.

—Cariño, he ido a echar un vistazo rápido a la cabaña y...

—No tenías por qué hacerlo. Debe de hacer mucho frío y el suelo tiene que estar muy resbaladizo —comentó Perla con preocupación, pero Verónica le quitó importancia a su gesto con una sonrisa.

—No te preocupes. Gaelito construyó un camino techado desde la casa principal a la cabaña. Es tan listo... —dijo mirando a su hijo al tiempo que se ponía de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Tienes toallas y sábanas limpias allí. También te he llevado un poco de leche de almendra, que sé que no puedes tomar leche normal en el café—. Si se me hubiera informado sobre el nuevo estatus de mi hijo, me habría asegurado de que tuvieras disponibles todas las cosas que te gustan, Perlita, pero, como siempre, alguien estaba guardando muy bien sus secretos.

A pesar de la recriminación con la que Verónica había terminado sus palabras, Perla sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Hacía seis años que no tomaba café con ellos y, aun así, recordaban cómo le gustaba. A su propia madre le costaría recordar dos de sus comidas favoritas.

—Es muy amable de tu parte, muchas gracias. Y el cambio de estatus en la relación es muy reciente.

—Vamos, super, superreciente. En realidad, noticia de última hora —comentó Gabi haciendo que Perla se sonrojara.

—Por supuesto, hija. No te avergüence alojarte con Gael. Somos una familia moderna —le aseguró Verónica a Perla con un beso en la mejilla—. La novia de Gabi se alojó con nosotros el día de Acción de Gracias y estuvimos encantados de tenerla con nosotros. Me encanta que mis hijos y sus parejas se alojen con nosotros en casa.

La palabra pareja le sentó a Perla como un puñetazo en el estómago. Miró a Gael y vio que él no se sentía mucho mejor. Aquella mentira

piadosa se estaba convirtiendo en algo muy peligroso y Perla era muy consciente de que la víctima más inmediata sería su propio corazón.

—Vamos, deja que te ayude a instalarte —le dijo Gael mientras le tiraba de la mano.

Perla debería zafarse de él. Debería estar furiosa, pero Gael la miraba con preocupación y con una ternura que Perla anhelaba más de lo que quería admitir. Se dirigieron hacia el zaguán, donde ella se puso su abrigo y unas botas de agua demasiado grandes para ella y salieron. El techado les protegía de las inclemencias del tiempo, pero no del todo. Hacía mucho frío. Realmente, el trayecto hasta el aeropuerto habría sido aterrador con aquellas condiciones meteorológicas. Por suerte, el enorme cuerpo de Gael estaba a sus espaldas mientras subían el camino. A pesar de todo lo ocurrido entre ellos, Perla sabía que, si tropezaba, él impediría que cayera al suelo.

—Bienvenida a mi casita —anunció con una cierta ironía cuando llegaron a la puerta.

Dejaron las botas en el exterior antes de entrar en la cabaña. El fuego rugía en la chimenea y hacía que el ambiente fuera cálido y acogedor. Como la casa, era un diseño de planta abierta. Había una pequeña cocina a un lado. Junto a la chimenea, había un cómodo sillón con una lámpara de lectura y, a sus espaldas, una enorme estantería que llegaba desde el suelo hasta el techo. Sobre la chimenea, había dos cuadros que hicieron que Perla comenzara a sentir mariposas en el estómago.

—Tienes las obras de Jorge Meriño... —comentó sorprendida.

—Sí —respondió él sin darle importancia, como si fuera algo normal tener dos cuadros del famoso pintor, que era el favorito de Perla. Aquella era otra cosa más que los dos tenían en común.

A Perla siempre le había gustado el arte, una de las pocas cosas buenas que había heredado de su madre. La pasión por el arte que Gael y ella compartían era algo en lo que no había pensado desde hacía años. En un principio, Perla había sido la coleccionista y él simplemente el admirador. Sin embargo, desde que ella una estrella de cine, se había convertido en un hombre que podía tener todo lo que quisiera. Y a quien quisiera.

Contuvo el aliento mientras examinaba los cuadros de Meriño. Una de las posesiones más valiosas de Perla era una de sus obras.

—¿Dónde los compraste? —preguntó, tratando de no leer demasiado al respecto.

—En la Galería Luna, en Tribeca. Tenían una exposición de artistas etíopes contemporáneos y compré un cuadro para la casa que tengo en Los Ángeles. En realidad, les he comprado varios cuadros a lo largo de los años.

Perla recordaba haberle llevado a esa galería hacía años, cuando estaban saliendo. Sin embargo, no sabía que él había seguido yendo en solitario. Aquello era... En realidad, no sabía lo que era.

Volvió a mirar los cuadros y los admiró durante un instante antes de ofrecerle la sonrisa más sincera que pudo encontrar. Necesitaba distanciarse de Gael antes de que dijera algo que provocara que las siguientes horas fueran más incómodas de lo necesario.

—Son muy bonitos. Creo que voy a volver a la casa —dijo encogiéndose de hombros—. Le dije a tu madre que regresaría para jugar al dominó con la abuela, con Gabi y con ella. También tengo que llamar a Esmeralda.

Perla había esperado que Gael fingiera indiferencia, pero, en vez de eso, respondió las preguntas que ella no le había hecho en voz alta.

—Los compré porque me recordaban a ti...

En la voz de Gael había una tensión en la que Perla prefería no pensar. Tenía que alejarse de él antes de que dijera algo que no pudiera borrar.

Se detuvo junto a la puerta. Tal vez debería enfrentarse a él, recordarle que la había perdido porque así lo había querido. Decirle el daño que le había hecho. Sin embargo, no quería darle más detalles de su vida. Gael no volvería a hacerle llorar. Antes de salir, lo miró por encima del hombro y dijo:

—Nunca pensé que fueras un sentimental.

En aquella ocasión, no sintió ni un gramo de satisfacción por quedarse con la última palabra.

Capítulo Siete

—**N**o me puedo creer que los aviones no puedan despegar durante tanto tiempo —se lamentó Perla arrojando su móvil después de llamar a la tripulación. Tomó la ficha de dominó que había estado a punto de jugar y la golpeó suavemente contra la mesa. Parecía preocupada, disgustada. Gael deseó que no le doliera tanto saber que era porque no quería estar cerca de él.

—Puedes quedarte con nosotros todo lo que sea necesario, mi amor —le dijo Verónica—. Es una delicia tenerte aquí con nosotros.

—Pero no puedo imponeros mi presencia durante tanto tiempo...

Habían creado un enorme problema. No, mejor dicho, Gael había creado un enorme problema. En contra de lo que le dictaba el sentido común, se acercó y le rodeó los hombros con el brazo. Perla suspiró y se acurrucó contra él. Dejó que el peso de su cuerpo descansara sobre él. Gael la estrechó entre sus brazos. Ella levantó el rostro.

—Iban a ser las primeras Navidades que pasaba con la familia de Esme —explicó. No hacía falta que explicara que significaba mucho para ella.

Gael sabía la mala relación que Perla tenía en aquellos momentos con su madre. Por fin, iba a pasar las fiestas con una familia que la trataba con cariño. En aquel momento, Gael decidió que iba a hacer todo lo posible para que Perla pasara una Navidad inolvidable. Dos días más tarde, se marcharía de su vida para siempre, pero aquellas cuarenta y ocho horas serían perfectas.

—Estás aquí con mi familia, Perla. Nosotros cuidaremos de ti.

Ella no parecía muy convencida, pero sabía muy bien que no podía demostrarlo frente a Juana y Verónica. La muchacha a la que Gael había conocido y amado se había convertido en una mujer que seguía buscando un lugar al que considerar su hogar. Perla tal vez hubiera encontrado

seguridad en sí misma, pero, en cierto modo, aún seguía perdida. Seguía buscando el amor incondicional que nunca había tenido. Gael se aseguraría que, en las próximas horas, ella encontrara el calor familiar que tanto ansiaba.

Como si Juana, Verónica, Gabi e incluso los perros hubieran adivinado sus pensamientos, todos se acercaron a ellos para un abrazo de grupo.

—Mija, sé que estás desilusionada de no poder estar con tu hermana en Punta Cana, pero nosotros nos aseguraremos de que pases una estupenda Nochebuena con nosotros —le aseguró Verónica mientras le daba un beso en lo alto de la cabeza.

—Eso es. Yo ya tengo algunas tareas para ti —comentó la abuela—. Iba a pedirselas a Gaelito, pero sabemos que el muchacho no tiene delicadeza ninguna.

Todos se echaron a reír al escuchar el comentario de Juana. Perla les dedicó una llorosa sonrisa.

—Gracias, siento mucho tener que imponer mi presencia de esta manera...

—¿Imponer tu presencia, dices? —repitió Verónica horrorizada—. Tú eres parte de la familia, cielo. La novia de Gaelito.

Gael sintió que ella se tensaba entre sus brazos, pero Perla siguió fingiendo y asintió.

—Gracias —repitió ella de nuevo. Cuando miró a Gael con los ojos llenos de lágrimas, él sintió que algo se rompía dentro de él.

—Estás donde tienes que estar —le dijo él. Para su sorpresa, Gael sintió la verdad de aquellas palabras en lo más profundo de su alma. Decidió que se aseguraría de cumplir su promesa hasta el último momento.

—¿Qué estás haciendo?

Perla se sobresaltó cuando oyó la voz de Gael. Cuando se dio la vuelta para responderle y se encontró cara a cara con su torso desnudo, musculado y bronceado, estuvo a punto de desmayarse.

—¿No tienes frío? —replicó ella con irritación, en vez de responder a la pregunta que él le había hecho.

¿Cuántos abdominales tenía?

—No —contestó él con una sonrisa mientras se pasaba una mano por el torso con despreocupación—. Te he hecho una pregunta, Perla.

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó frunciendo el ceño—. Ah, sí —añadió al ver lo que tenía en las manos—. Estaba decorando tu árbol —añadió. Había encontrado un pequeño abeto en un rincón, junto a una caja de adornos y luces—. Quería que la cabaña tuviera un aspecto más festivo.

Aparentemente, había dicho algo malo porque, en aquellos momentos, era él el que parecía azorado.

—¿Y tú no tienes frío? —le preguntó Gael señalándole las piernas.

Perla se había puesto algo más cómodo mientras Gael estaba en la ducha y parecía que él se había fijado. Se había puesto un pijama de pantalón corto y eso sí, el pantalón era muy, pero que muy corto. En su defensa, lo único que Perla podía decir era que lo había pensado para el trópico.

—En realidad sí, pero es la única clase de pijama que tengo y, por mucho que me encanten los leggins de piel sintética, no son muy cómodos para dormir.

La mirada de Gael era algo incómoda. Por suerte, no tardó en dirigirse al dormitorio. Regresó a los pocos segundos con unos pantalones de chándal.

—Toma.

—Pero Gael, eres casi treinta centímetros más alto que yo. No me sirven. Además, tengo más curvas que tú en ciertas zonas —comentó. Gael no pudo evitar mirar las zonas a las que ella se refería.

—Bueno, te puedes recoger los bajos.

—No —insistió Perla. De repente, había empezado a sentir que él le estaba dando órdenes—. Si lo que llevo puesto te supone un problema, te sugiero que dejes de mirar.

Con eso, se dio la vuelta y se aseguró de que el trasero quedara bien visible cuando se inclinó para recoger la caja de adornos que había encontrado. Gael podía tratar de aparentar enfado, pero Perla había visto cómo la miraba. Ella había ganado algo de peso en los últimos años, pero, por primera vez en su vida, se sentía cómoda en su propia piel. Su madre le había dicho una y otra vez que no tenía la altura adecuada para tener tantas curvas y eso había hecho que Perla se sintiera siempre obsesionada con el

peso y con las dietas. Sin embargo, como la mayoría de los consejos que su madre le había dado, no había sido bueno para ella.

Por lo tanto, sí, su trasero era mucho más grande y sus curvas más rotundas, pero le encantaba su cuerpo. Y, por lo que parecía, a Gael tampoco le disgustaba.

—No quiero poner un árbol aquí —dijo él por fin.

—¿Qué es lo que te pasa, Gael? —le preguntó Perla—. Hay árboles y decoraciones de Navidad en la casa principal y no los miras como si quisieras asesinarlos.

—En los últimos años, me ha costado un poco meterme en el espíritu de la Navidad —musitó sin mirarla mientras hablaba.

Cuando estaban juntos, Gael le había contado a Perla que su padre los había abandonado durante las Navidades y ella se preguntó si era esa la razón. O si tenía que ver con... No. No quería ni pensarlo.

—¿Por qué estás así, Gael?

—No quiero hablar de ello y estoy seguro de que tú tampoco quieres escucharlo.

—Vaya, ahora me vas a decir cómo me tengo que sentir. Siempre ha sido tu especialidad...

Perla vio que él se tensaba. Debería dejar el tema. Seguir por aquel camino no podía llevar a nada bueno. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Él se movió muy rápidamente y, muy pronto, la tuvo contra una pared o una puerta, Perla no podía estar segura. Ni le importaba. Todo sus pensamientos se centraban en cómo las manos de Gael le agarraban los brazos. En cómo su fuerte cuerpo se apretaba contra el de ella. Perla deseó tener la fuerza de voluntad necesaria para resistirse, pero lo único que pudo hacer fue aferrarse a él con fuerza cuando él le apretó la boca a la oreja.

—Hoy me he repetido mil veces que no debo desearte tanto como te deseo...

Su voz sonaba furiosa. Si Perla no lo hubiera conocido tan bien como lo conocía, habría pasado por alto el arrepentimiento que teñía sus palabras. La estrechó con fuerza contra su cuerpo y el deseo se apoderó de Perla con fuerza, explotándole dentro del pecho como si fueran los fuegos artificiales del Cuatro de Julio.

—¿No sería maravilloso si pudiéramos hacernos desear las cosas que podemos tener? —replicó.

Gael gruñó al escuchar aquellas palabras. Perla no sabía si era porque estaba de acuerdo o porque negaba lo que ella había dicho. Le resultaba imposible centrarse, con las manos de Gael deslizándose por sus brazos. Nunca había sido capaz de resistirse cuando Gael quería algo de ella, pero, por suerte, después de unos segundos, él dio un paso atrás. Tenía una expresión triste en los ojos.

—No quiero hablar de ello.

Perla no sabía a qué se refería. El abandono de su padre. El fin de su relación. Los años perdidos. Todo lo que nunca podrían recuperar. Se podía referir a tantas cosas... Desgraciadamente, ella no pudo articular palabra para preguntarle. El dolor que veía en sus ojos se lo impidió.

Gael se mesó el cabello como si no supiera por dónde empezar. Como si todo fuera demasiado para él. Durante un instante, Perla pensó que se iba a marchar y que la iba a dejar allí sola.

Sin embargo, se inclinó hacia ella y la besó.

Capítulo Ocho

Casi se lo había contado todo. Lo que dijo su padre la noche que se marchó. Casi le había confesado la verdadera razón por la que rompió con ella hacía seis años. Sentía la verdad como una avalancha dentro de él. Sin embargo, era él quien debía cargar con aquel bagaje, no Perla. No podía cambiar lo que era, ni el modo en el que le había herido ni el destino de los hombres de su familia. Sin embargo, sí podría hacer que aquellos dos días fueran inolvidables para ella. Dejaría a un lado sus sentimientos y se centraría en Perla. Podría tomar la iniciativa y darles a los dos lo que deseaban. El tacto de los labios de ella llevaba turbándolo todo el día y, en aquellos momentos, allí la tenía, perfecta y suave entre sus brazos. Besándolo con una pasión que le encendía la sangre. Trató de pensar en algo de los últimos seis años que no le hubiera parecido tan real, pero no pudo encontrar nada.

—No puedo parar de pensar en tu boca —susurró mientras ella le mordisqueaba suavemente el cuello.

—Bueno, si te hace sentir mejor, te puedo decir que es mutuo —respondió ella con un sexy gruñido mientras le rodeaba la cintura con las piernas.

Después de la ruptura, Gael se había dicho muchas veces que ella se merecía a alguien mejor. Alguien que pudiera amarla como necesitaba y que pudiera proteger su corazón. Se había dicho una y otra vez que esa persona no podía ser él. Por mucho que se esforzara, estaba destinado a romperle el corazón.

—¿Puedo? —le preguntó mientras le acariciaba el pezón con el pulgar.

Se sentía ansioso por ver su reacción. Siempre le había encantado lo expresiva que ella era. Perla nunca se había opuesto a ocultar su deseo. Siempre le había mostrado todo lo que él le hacía sentir. Cuando estaban juntos, había sido como una adicción.

—Hmm... —gimió ella mientras él le estimulaba el pezón con el pulgar.

A Gael se le hizo la boca agua por la necesidad de saborear todos los lugares que no había tocado desde hacía tanto tiempo. Años atrás, Perla había sido muy inexperta. Gael había sido el primero en todo. Aunque no lo admitiría nunca, a él le había encantado ser el primero en ver cómo se corría entre sus brazos.

—¿Te gusta cuando te toco así? —le pregunto antes de bajar la cabeza para tomar el pezón a través de la tela del pijama.

—Sabes que sí...

Gael sonrió al notar lo molesta que ella parecía. Los ojos grises de Perla, que tan fríos habían parecido hacía solo un minuto, relucían como el fuego. Gael quería verlos arder por él.

Le gustaba que el sexo fuera picante, sucio. Perla hacía que la cabeza se le llenara de todas las cosas que podría hacerle. Bajo aquella necesidad, había un impulso mucho más poderoso, que él asfixió antes de que pudiera conseguir oxígeno para respirar. Volvió a centrarse en Perla, en el modo perfecto en el que su cuerpo vibraba con sus caricias.

A pesar de todo, ella parecía tímida cuando le tomó la mano y se la guio debajo de la camiseta. En el momento en el que tocó la cálida piel que había debajo de la camiseta, Gael ya no pudo pensar en nada más. Perla guardó silencio mientras que él deslizaba la palma de la mano por las costillas y luego sobre el lateral del pecho. Tenía los senos pequeños, erguidos y estaban... desnudos.

—¿No llevas sujetador? Antes no era así... —susurró mientras le apretaba el pezón entre los dedos y hacía que ella abriera la boca con un gemido silencioso.

—No me gustan. Nunca me han gustado. Ahora solo me los pongo si es necesario —respondió ella, arqueando la espalda para ofrecerse plenamente a la mano de Gael.

—Esa información es peligrosa... ¿Cómo voy a pasar el día de mañana sabiendo que lo único que le impide a mi mano alcanzar estas bellezas es una única capa de ropa?

Se inclinó para besarla. Enredó rápidamente la lengua con la de ella, después de que Perla abriera la boca ávidamente para recibirlo. Tenía los labios calientes, ardientes, cuando Gael comenzó a darle suaves mordiscos en el inferior. Dios, sería capaz de devorarla...

—Voy a besarlas...

—Por favor...

Los gemidos que ella dejaba escapar lo estaban volviendo totalmente loco. Se esforzó en tocarla como a ella le gustaba, deslizando los pulgares por los pezones y trazando con los dedos los lugares que saborearía más tarde.

—Bajo el moreno de tu piel adivino un rubor rosado... Quiero ver las otras partes de tu cuerpo que tienen el mismo color, nena...

Ya no había nada que pudiera detenerlo. Perla se retorció y gimió con sus caricias. Gael inclinó la cabeza y rodeó el erecto pezón con la lengua, lamiéndolo, mientras lo acariciaba con el dedo. Eso le reportó otro delicioso gemido de placer. Con cada caricia, ella se apretaba más contra él y, en aquellos momentos, las piernas de Perla lo sujetaban con tanta fuerza que Gael podía sentir el calor de su sexo a través de aquellos pecaminosos pantalones cortos. De igual manera, estaba seguro de que ella podía notar la base de su potente erección.

—¿La notas, cariño? —le preguntó mientras le mordisqueaba la oreja—. ¿Notas lo duro que estoy por ti?

Realizó un envite contra el cuerpo de Perla, que ella recibió con gusto meneando las caderas. Gael estaba encadenando una serie de muy malas decisiones, pero, a pesar de todo, no podía impedir que las manos recorrieran con pasión la suave piel del vientre de Perla.

—¿Estás lista para mí? —le preguntó mientras bajaba una mano hacia el centro de su feminidad.

—Sí... —susurró ella, gimiendo cuando él tocó por fin los rizos que cubrían los pliegues más íntimos de su cuerpo.

—Lo estás deseando, ¿verdad? ¿Cuándo fue la última vez que alguien te tocó así?

Gael no sabía por qué había realizado aquella pregunta. Si fuera inteligente, debería dejar aquella puerta firmemente cerrada. Sin embargo, había algo en él que necesitaba escuchar que nadie le había hecho sentir como él.

—Seis años para ser exactos —susurró ella mientras le agarraba la firme erección. Lo hizo con tanta fuerza que Gael no pudo pensar, a pesar de que trató de procesar lo que ella acababa de decir.

—¿Seis años? —murmuró, totalmente poseído por el placer. Seis años. ¿Perla no había estado con nadie en seis años? ¿Tanto daño le había hecho que no había podido estar con otro hombre en todo ese tiempo?

Y, en aquellos momentos, estaba así con ella, dándole placer, cuando sabía que no había futuro posible para ellos.

Dios. Necesitaba parar. Inmediatamente.

—¿Qué? —le preguntó Perla al notar que la obligaba a bajar las piernas y que se alejaba de ella como si su piel lo estuviera abrasando.

Perla tenía un aspecto embriagado por sus besos, totalmente adorable. Sin embargo, Gael sabía que lo que acababa de hacer era lo correcto. No iba a ir más allá sin asegurarse de que Perla no lo lamentaría más tarde. Aquel día ya había sido una montaña rusa de muchas emociones, por lo que el sexo solo podría ser una mala idea. Desgraciadamente, parecía que Perla se iba a sentir enojada con él de todas maneras.

—Vas a lamentarlo más tarde —le dijo mientras se secaba la boca con el reverso de la mano.

Perla se tensó y la expresión de su rostro pasó de la ensoñación y la calidez a la frialdad y a la vergüenza.

—No tienes ni la más mínima idea de lo que yo lamento, Gael —le espetó—, pero sí que tienes razón en una cosa. Esto es un error —añadió mientras lo empujaba para que se apartara del todo.

—No es un error, pero yo no quiero complicar las cosas más de lo que ya están.

«Porque estoy seguro de que aún siento algo por ti y hacer esto probablemente hará que me odies aún más que antes».

—No es que no te desee, Perla...

—Dios mío —gritó ella, totalmente horrorizada—, por favor, Gael, líbrame del «no eres tú, sino yo» —añadió ella. Ya ni siquiera lo miraba. Parecía estar a punto de echarse a llorar—. No me he olvidado de lo que me dijiste entonces, cuando me dejaste hace seis años. No hay necesidad alguna de que me lo vuelvas a decir. Solo quiero que finjamos que nada de esto ha ocurrido y que intentemos pasar esta noche y mañana lo mejor que podamos.

Tras pronunciar aquellas palabras, Perla se marchó al dormitorio mientras que él permaneció allí.

Era un imbécil. En menos de doce horas había conseguido que Perla estuviera al borde de las lágrimas. Su padre había tenido razón. Los hombres Montez no podía evitar hacerles daño a las mujeres a las que más querían.

Muchos años atrás, también antes de la Nochebuena en la que su vida se había desmoronado para siempre, su padre se lo había advertido. Después de desaparecer durante más de una semana, Gabriel Montez se había presentado a la hora de la cena del día de Nochebuena oliendo a alcohol y al perfume de otra mujer. Su madre se hartó por fin de soportar durante años los engaños de su esposo y lo echó a patadas. Le exigió firmemente que se marchara.

Gael recordaba que había esperado que su padre hiciera lo de siempre y le suplicara a su madre prometiéndole que no iba a ocurrir nunca más hasta que ella cediera. Para su sorpresa, y sin decir palabra, su padre se marchó, recogió sus cosas y después de despedirse de su hermana y de él con un beso, salió de la casa.

Gael salió corriendo detrás de él. Enojado y confundido, le exigió a su padre que le explicara por qué abandonaba a su familia y por qué seguía haciéndole daño a su madre. Su padre se encogió de hombros y le dijo:

—Los hombres Montez no tratan bien a sus mujeres, mijo. Hagamos lo que hagamos, terminamos destruyendo a las mujeres a las que amamos. Es una maldición.

Sacudió la cabeza como si él mismo no pudiera comprenderlo y, entonces, se inclinó para besar a Gael en la frente. A continuación, se metió en su coche y se marchó para siempre.

A lo largo de los años, Gael había pensado mucho en lo que su padre le había dicho aquella noche. Había pensado que su padre era débil y egoísta para tratar de encontrar excusas a su mal comportamiento. Se había pasado dieciocho años diciéndose que él sería diferente a su padre y, desgraciadamente, allí estaba él, haciéndole daño a Perla... por segunda vez.

Manolo había tenido razón en una cosa: con Perla tenía que ser todo o nada. No podía fingir con ella. No podía ir solo a medias. Por eso, mantenerse alejado de ella había sido lo correcto, lo más seguro. Por mucho que la deseara, por muy profunda que fuera la necesidad que tenía de ella, terminaría haciéndole daño.

No importaba lo que deseara o a quién. Era un Montez y los hombres Montez siempre terminaban solos.

Perla: ¡SOS! ¡SOS!

Perla era consciente de que su mensaje resultaba algo dramático, pero los momentos desesperados requerían medidas desesperadas. Había vuelto a besar a Gael. Había estado a punto de hacer mucho más que eso, pero, por suerte, había terminado apartándose de ella. ¿Cuántas veces iba a permitir que la humillara?

Decidió que se escondería en el dormitorio y fingiría que estaba dormida cuando él entrara en la habitación. Tal vez, Gael decidiría dormir en el sofá. Deseó que aquella idea le hiciera sentirse mejor, pero el hecho de que Gael prefiriera la incomodidad del sofá a evitarla solo consiguió ponerla de peor humor.

Gael debía de pensar que estaba desesperada. Lo peor era que ella se lo habría permitido todo. Lo había estado deseando. Era como si, cuando estaba con Gael, fuera una persona totalmente diferente. Arriesgada e impulsiva, que se dejaba llevar por sus deseos.

Necesitaba apartarse de aquel abismo, por lo que envió otro mensaje a Marquito, el hermano de Rodrigo. Era su mejor amigo. Se suponía que él iba a ir también a la República Dominicana a pasar la Navidad, pero se había echado atrás en el último minuto con la excusa de que tenía demasiado trabajo para la temporada que empezaba en enero con las ceremonias de entrega de premios. Marquito era el estilista de algunas de las estrellas más importantes de Hollywood.

Marcos: Pero niña, no estás todavía tratando de meterte en ese avión, ¿verdad? Pensaba que no podías despegar hasta que pase el temporal.

No había muchas personas que conocieran los detalles de la ruptura de Perla con Gael Montez, pero la relación de Perla con Marquito se remontaba a mucho tiempo atrás. Además, cuando los respectivos hermanos de ambos retomaron su relación el año anterior, los dos se habían hecho aún más íntimos, lo que significaba que él conocía todos los sórdidos detalles de la relación de Perla con el rompecorazones de Hollywood.

Perla: No, sigo todavía en Nueva York. Nadie va a poder volar desde aquí durante algún tiempo. Estoy aislada por la nieve en la casa que Gael Montez tiene en los Hamptons.

Los tres puntos indicaban que Marquito estaba escribiendo un mensaje. Este apareció inmediatamente.

Marcos: ¿Qué? ¡DIOS MÍO, PERLA SAMBRANO! ¿Te puedo llamar?

Perla temió que Gael pudiera escuchar que aún lo deseaba. Él seguía en el salón.

Perla: No, no puedo hablar. Estoy en la cabaña privada de Gael... porque más o menos le hemos dicho a su madre que volvemos a estar juntos.

En la pantalla del teléfono de Perla empezaron a aparecer una serie de gifs con los que suponía que Marquito trataba de expresar su sorpresa ante aquella noticia incomprensible para él.

Marquitos: ¡Por el amor de todo lo que sea sagrado para ti, déjame que te llame!

Mientras Perla consideraba lo que hacer, oyó que una puerta se abría y se cerraba en la cabaña. Un instante más tarde, vio que Gael se avanzaba sobre la tarima que conducía hacia el mar. Parecía estar muy solo y triste. Con cierta ansiedad, tocó la pantalla y llamó a Marquito.

—Quiero que me lo cuentes todo. ¡Todo!

Muy a su pesar, Perla sonrió al escuchar la curiosidad de su amigo.

—Eres un chismoso —le dijo, incapaz de ocultar el afecto que sentía en su voz.

—¡Me encantan los chismes, sí! Pero, amiga mía, ¿qué te ha pasado? ¿Cómo has terminado en los Hamptons?

Perla suspiró antes de relatarle detalladamente todo lo que le había ocurrido aquel día. No podía creer que todo aquello hubiera ocurrido en menos de doce horas.

—Entonces, ¿vas a pasar la Nochebuena con él y con su familia fingiendo ser su novia? —recapituló Marquito con incredulidad.

—Correcto.

—¿Y ya os habéis besado dos veces y os vais a acostar en la misma cama esta noche?

—Qué bien me lo estoy pasando contigo. Me alegro de haberte llamado —gruñó ella ante la frivolidad de Marquito.

—Perlita, niña mía, ¿quieres que se te meta en las bragas solo o también sientes algo por ese hombre?

Aquella era precisamente la cuestión. Una que Perla tendría que responder tarde o temprano. Suspiró.

—Tal vez... bueno, tal vez no. Así es —afirmó mientras se dejaba caer sobre la cama. De repente, se sentía muy mal. Una hora era sospechar la verdad y otra muy distinta reconocerla en voz alta.

—Vaya problemón, amiga... —murmuró Marquito.

—¿Sabes lo que es aún más absurdo? Que me había convencido de que me había olvidado de él. No he estado a su lado prácticamente ni doce horas, Marcos, y casi no puedo ni respirar si él está cerca —comentó ella. Cerró los ojos al pensar en cómo le había tocado Gael hacía unos minutos. El placer que sus grandes manos le había proporcionado—. Le he dejado que me bese en dos ocasiones, pero sé que lo volvería a hacer si él me lo pidiera...

—Madre mía, Perla Marina Sambrano, pues sí que estás en peligro, nena, sí...

—Ya lo sé...

Perla consideró las opciones que tenía. El asunto con Gael podía terminar muy malamente. Por lo que ella sabía, no había tenido novia en serio desde que los dos se separaron. Probablemente no había sido lo más adecuado, pero, a lo largo de los años, se había mantenido al tanto de lo que le ocurría, o, al menos de lo que la prensa decía sobre él. Y sí, sabía que no había tenido una relación seria desde que ellos dos terminaron. Había salido con alguna modelo o compañera de trabajo de vez en cuando, pero no había durado con nadie.

En realidad, ella era la menos indicada para hablar. Ya no recordaba ni siquiera la última vez que había pasado más allá de una primera cita. Sin embargo, en aquellos momentos, estaba muy ocupada. No tenía tiempo

para una relación. Acababa de empezar a trabajar con su hermana y, por fin, estaba sola y libre de las garras de su madre. Se había asegurado de que se centraría en su carrera y que se tomaría el tiempo que necesitara para averiguar lo que quería. En conclusión, no debería desear estar con Gael Montez, pero así era.

—Perlita, ¿sigues ahí?

—Voy a ver cómo acaba todo esto.

Perla pensó que el profundo suspiro de Marquito era el prefacio al sermón que le iba a echar para convencerla de lo contrario, pero, cuando su amigo tomó la palabra, la sorprendió.

—¿Y quién soy yo para decirte lo contrario, cielo? No hago más que caer por alguien que sé que no es bueno para mí, pero lo amo —susurró.

Perla sabía que Marquito tenía el corazón roto por Ónix. Deseó de todo corazón que su hermano no fuera un canalla tan egoísta.

—Lo siento mucho, Marquito. Me gustaría que Ónix viera lo que tiene contigo.

—No. No vayas por ese camino. Esta noche no toca hablar de mí, sino de ti, Perla. Si quieres a ese hombre, lucha por él.

—Creo que voy a hacerlo —le aseguró a su amigo antes de dar por terminada la llamada.

La anticipación abrasaba la piel de Perla como si fueran las llamas de un enorme fuego. Sabía que no era un plan muy inteligente, pero tal vez por eso tenía que conseguir que ocurriera. Los dos llevaban deseándose todo el día. La tensión tendría que liberarse de alguna manera. ¿No era mejor que fuera en aquel momento? Debía de dejar de luchar contra lo inevitable y sacudirse la lujuria que le estaba nublando el juicio. Nadie le había hecho sentir como lo hacía Gael.

Había sabido que él era la razón por la que ni siquiera había besado a otro hombre durante todos aquellos años. Era como tener que vivir con comida basura cuando se había acostumbrado a los manjares de mejor calidad. Quería volver a saborearlo, aunque solo fuera para decirle adiós. Esperaría a que él regresara y le explicaría por qué la única manera de poder fingir aquella relación falsa convincentemente era quemar parte de la tensión sexual que ardía entre ellos. Y Perla tenía algunas sugerencias sobre cómo podrían hacerlo exactamente.

Capítulo Nueve

—**M**aldita sea, hermano. Siento la tensión que emana de ti desde aquí.

—¿Es que no puedo tener ni diez segundos en solitario en esta casa?

Gael dejó escapar un sonido de frustración. Estaba de espaldas a su hermana. Había ido allí después de que Manolo lo llamara por cuarta vez en una hora para hablar del proyecto que insistía que Gael debía aceptar a pesar de que él le había dicho repetidamente en el avión que no le interesaba. Después de lo ocurrido con Perla, Gael no había estado de humor para tolerar las exigencias de su tío y había terminado de muy mal humor después de la última llamada.

Estaba apoyado contra la balastrada del pequeño muelle. Gael había elegido el lugar más oscuro para poder pensar.

—¡Qué mal genio! —exclamó Perla mientras se acercaba a él y se colocaba a su lado.

—Deberíamos haber ido al apartamento de Ponce.

—No —respondió Gabi mientras le rodeaba la cintura con un brazo—. Ya sabes que mami aún no puede ir a Puerto Rico por Navidad. Querría visitar a todo el mundo y tendría visitas en la casa todo el día. No está lo suficientemente fuerte para eso. Además, le encanta estar aquí. Este es su lugar favorito.

Efectivamente, a su madre le encantaba el océano. Cuando Gael era un niño, le había hablado de su infancia en Puerto Rico. Allí, en Ponce, iba a nadar a la playa todos los días y eso era lo que Gael había soñado precisamente con darle. Su madre tenía un apartamento con vistas al mar en Ponce, una casa en las colinas de Los Ángeles con unas espectaculares vistas del océano Pacífico y una mansión en los Hamptons con playa privada. Gael deseaba sentir algo que no fuera agotamiento cuando pensaba en todo ello.

—Lo he estropeado todo con Perla —confesó—. Una vez más.

—No tenéis remedio ninguno de los dos. Pensaba que Perla sería más inteligente que tú, pero parecer que los dos ejercéis efectos adversos en la inteligencia del otro. Vaya par de tontos. La has vuelto a besar, ¿verdad?

—Sí —admitió Gael—. Pensaba que ya lo había superado.

—¿Que habrías dejado de desear a una mujer de la que llevas enamorado desde hace más de seis años?

—No estoy enamorado de Perla —comentó él débilmente—. No puedo estar enamorado de ella. De hecho, no puedo estar enamorado de ella, ya sabes por qué.

—Gael, por favor... Tienes que dejar de pensar que estás maldito. Es una tontería. Nuestro padre era un idiota y no te tendría que haber dicho que... —Pero es cierto...

—Ojalá le hubiera dicho a mami las tonterías que tienes en la cabeza desde que papá se fue. —Te lo prohíbo.

—Te aseguro que no voy a hacerlo. Si no lo he hecho hasta ahora, no voy a hacerlo cuando ella está tan frágil. Saber lo que te has estado haciendo todo este tiempo la remataría.

—No me estoy haciendo nada —replicó Gael—. Debería haber tenido más cuidado, pero, en cuanto la vi... Es como si mi autocontrol se desvaneciera cuando estoy cerca de Perla. Y lo único que hago es hacerle daño.

—Dios, ¡qué idiota eres! Le haces daño porque no haces más que aferrarte a esa estúpida idea y no dejas de escuchar a Manolo. No hay maldición, Gael. Rompiste con ella hace seis años porque dejaste que Manolo te convenciera de que tenerla como novia le iba a pasar factura a tu carrera. Ahora le estás haciendo daño porque prefieres creer las ridículas excusas de papá para justificar sus engaños. Ese hombre no podía aceptar sus responsabilidades en nada.

—Si nada de ello es cierto, ¿cómo es que he dejado a Perla llorando en la cabaña? No llevo ni un día a su lado y ya le he hecho daño.

—¿Por qué está llorando? —le preguntó su hermana, aunque el tono de su voz indicaba que ya conocía la respuesta.

—Porque le dije que se arrepentiría si dejábamos que las cosas fueran más allá.

Gabi dejó escapar un sonido que era una mezcla de compasión y de frustración.

—¿Sabes una cosa? Menos mal que decidiste canalizar todo tu dramatismo en una carrera profesional muy lucrativa. A veces eres demasiado...

—Vaya manera de patearme cuando estoy en el suelo, hermanita.

—No te estoy pateando mientras estás en el suelo. Te estoy diciendo que te levantes. No sé lo que ocurrió entre vosotros en la cabaña, pero por el modo en el que llevabais mirándoos todo el día, supongo que tuvo algo que ver con el deseo que casi no puedes ni ocultar. No —le ordenó a Gael cuando él quiso protestar—. Estoy hablando. No haces más que hacerle daño a Perla porque te niegas a aceptar lo que sientes por ella. Eres demasiado terco. Si no fuera porque te ha surgido este papel, te habrías pasado el resto de tu vida en qué fallaste. ¿Qué tiene de malo que Perla te desee y que tú la desees a ella?

—Porque no puede funcionar.

—Con esa actitud, desde que luego que no —replicó Gabi. El tono de su voz indicaba claramente que estaba a punto de perder la paciencia—. ¿Te has parado a pensar que, si te dejas llevar, tal vez la situación no parezca tan imponente? Los dos sois jóvenes, guapos y con dinero a montones. Si quieres algo o a alguien, lo único que tienes que hacer es ir a por ello... o a por ella.

—No sé, hermanita —dijo Gael mientras se paraba a pensar unos instantes en las palabras de su hermana. Tal vez eso era precisamente lo que tenía que hacer. Si los dos iban con los ojos abiertos, podrían alejarse sin problemas cuando todo hubiera terminado—. ¿Sabes qué, Gabi? Creo que tienes razón. Tengo que dejarme llevar.

—¿En qué estás pensando, Gael Alberto Montez? —le preguntó Gabi mientras volvían hacia la casa.

—Deberías estar contenta porque voy a seguir tu consejo —afirmó. No podía dejar de pensar en cómo se iba a encontrar a Perla. Tal vez ya estuviera en la cama.

—Esto es lo que me preocupa.

—No te preocupes por mí, hermanita —le dijo mientras se inclinaba para besarla en la frente—. Lo tengo todo bajo control.

Lo último que oyó mientras subía el sendero que conducía hacia la cabaña fue la risa de su hermana.

—Eso ya lo veremos...

Perla se despertó sobre lo que parecía una planta de granito. De un granito muy cálido y bronceado.

—Dios mío —susurró al recordar los acontecimientos de la noche anterior, y también del día anterior.

Estaba en la cama con Gael Montez y, a pesar de ser una cama muy grande, de alguna manera había terminado medio tumbada encima de él. Abrió un ojo y sí, bajo su mejilla vio esculpidos músculos y piel dorada, junto a una deliciosa clavícula. Sus labios ansiaban depositar un beso sobre la bronceada piel.

Era incapaz de contar las veces que había ansiado volver a despertarse así. Poder mirarlo a su antojo, poder tocarlo todo lo que quisiera. Se había quedado dormida esperando a que él regresara, por lo que no había tenido oportunidad de proponerle su plan. Sin embargo, lo haría en cuanto él se despertara. Sería una necia si desaprovechara aquella oportunidad. El deseo que sentía por él no iba a desaparecer.

Sintió que algo se rebullía a los pies de la cama y se tensó. Entonces, sintió una cálida vibración. Se sentó en la cama y Gael, con los ojos aún cerrados, se movió un poco hasta que consiguió que algo comenzara a moverse por debajo de las mantas.

—¿Qué es eso?

—Es Chavi —le explicó mientras sacaba un gato sphynx de debajo de las sábanas,

—Vaya —comentó. El gato había empezado a frotar la cabecita sin pelo contra las muñecas de Gael y ronroneaba como un pequeño motor—. Pensaba que no te gustaban los gatos.

—Y no me gustan —le aseguró Gael mientras acariciaba el lomo del animal—, pero a ella le gusto yo y mi madre insiste en que necesito algo de compañía. Me regaló a Chavienda para mi cumpleaños este año.

—¿Pero como le has podido poner un nombre que significa «molestia»? —comentó ella riendo.

Gael sonrió también y luego le guiñó un ojo. Era tan guapo... Se había sentado en la cama y Perla podía ver perfectamente los músculos que le marcaban las caderas y el rastro de vello oscuro que se dirigía hacia...

—Tengo los ojos aquí —le comentó él con voz sexy y ronca—. Y le he puesto Chavienda, que sí, significa molestia, pero en el slang de Puerto Rico. Le va muy bien.

Perla sonrió.

—Bueno, pues hasta ahora se ha portado muy bien.

—Eso es porque no has mirado muy bien la mesita de café. Le encanta afilarse las uñas en ella.

Tomó a la gata con cuidado y la saco del dormitorio. Cerró la puerta y volvió a meterse en la cama.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó a Perla con una sonrisa.

—Bien —admitió ella.

—Me alegro...

Gael se movió un poco, de manera que las sábanas dejaron al descubierto un poco más de su piel. Ante aquella exhibición de piel morena y masculinidad, a Perla le resultó muy difícil concentrarse en lo que él le decía. La boca de Gael siempre había sido su objeto de deseo. Tenía unos labios carnosos, suaves, que a ella le encantaba apretar entre los dientes y chuparlos hasta que él contuviera el aliento. Le miró la boca.

Nunca había dejado de desearlo. Tal vez nunca lo haría. Deseó ser valiente y pedir lo que tanto deseaba, pero no quería que él volviera a apartarla de su lado. Gael contuvo el aliento cuando Perla comenzó a acariciarle el labio con el pulgar. Cuando ella hizo ademán de retirar la mano, le agarró la muñeca con fuerza.

—Te agarré —dijo. Y así era exactamente como Perla se sentía. Atrapada. Atrapada mirando. Deseando algo que no debía pero que ansiaba de todas maneras.

Sentía escalofríos por el cuerpo y el estómago le aleteaba frenéticamente por el contacto con la piel de Gael. Entonces, él la miró fijamente y ella lo vio por fin. El fuego que ardía en sus ojos. El deseo. Tal vez a Gael le resultaba imposible amarla. Tal vez no quisiera un futuro con ella, pero sí la deseaba. El fuego que ardía en sus ojos no se podía interpretar de otra manera. Y si aquello era lo único que él podía darle... lo aceptaría.

Gael tiró del brazo hasta que las bocas de ambos estuvieron a pocos centímetros de distancia. El corazón de Perla parecía a punto de estallarle en el pecho.

—Quiero besarte —le susurró él contra los labios.

Perla se acercó lentamente a él, hasta que las frentes de ambos se tocaron ligeramente.

—Está bien... —replicó con voz temblorosa.

Gael la tomó entre sus brazos y la depositó delicadamente sobre el colchón. No tardó en cubrirla por completo. Era tan grande, tan corpulento... Por fin, las bocas se unieron y Perla sintió un beso extremadamente dulce. Mientras los anteriores habían sido precipitados y apasionados, aquel fue delicado y sensual. Gael le lamió el contorno de los labios, explorándola con la cálida lengua, deslizándola contra la de ella. Mientras tanto, las manos recorrían el cuerpo de Perla. Le acariciaban los muslos, las pantorrillas, el vientre... Era como si Gael quisiera aprender de memoria todas las partes de su cuerpo. Sentía una vibrante sensación de deseo entre las piernas.

—Por favor, Gael —susurró contra los labios de él.

Él gimió y se volvió a mover hasta que colocó a Perla sentada a horcajadas encima de él. Ella sentía perfectamente su erección y sintió un escalofrío de deseo por todo el cuerpo. Quería sentirlo dentro de ella y, sin poder evitarlo, se frotó contra Gael, provocando un ahogado sonido de tortura de entre sus labios. —Ven aquí —le dijo él.

La exigencia que había en su voz prendió fuego en la sangre de Perla. No sabía lo que había ocurrido la noche anterior para que Gael cambiara de opinión, pero no pensaba cuestionarlo.

—¿Puedo tocarte aquí? —le preguntó mientras las yemas de los dedos le rozaban la parte inferior de los senos.

—Por favor... —le suplicó ella mientras se lanzaba a por otro beso. Las lenguas se enredaron lánguidamente mientras Gael jugaba con los senos de Perla. Pellizcó suavemente un pezón y luego otro, haciendo con ese gesto que la entrepierna se volviera líquida.

—¿Te gusta? —le preguntó Gael al escuchar un suave gemido de placer. Ella no pudo hacer otra cosa más que asentir. Se sentía demasiado excitada como para poder pronunciar palabra alguna.

Gael la volvía loca de deseo. Quería pedir más, agarrar la mano de él y apretarla donde tanto vibraba por él. Estaba a punto de hacerlo cuando la puerta de la cabaña se abrió de par en par y los dos tuvieron que vestirse rápidamente.

Capítulo Diez

—¿**T**e encuentras bien? —le preguntó Gael a Perla mientras ella se ponía precipitadamente el pantalón del chándal que él le había ofrecido.

Iba a resultar muy difícil mantener las manos lejos del cuerpo de Perla. Tenía que hablar con ella, decirle que seguía sin poder darle lo que ella deseaba. Le aseguraría que no iba a correr riesgos con su corazón cuando sabía que él no podía ser el hombre que ella se merecía. Desgraciadamente, en aquellos momentos tenía que ocuparse de su hermana, que estaba gritando como una lunática al otro lado de la puerta.

—Jesús —comentó Gael mientras se ponía una camiseta e iba rápidamente hacia la puerta del dormitorio—. Voy a ver qué quiere. Tómate tu tiempo.

—De acuerdo, gracias —respondió ella.

Lo miró y él vio que tenía las mejillas sonrojadas y los labios hinchidos por los besos.

—¡Basta ya, Gabriela! —exclamó al salir del dormitorio—. ¿Qué es lo que pasa? —añadió cerrando la puerta.

—Vaya, ya veo —comentó su hermana mientras lanzaba un silbido de lobo y lo miraba de arriba abajo.

—No ves nada —replicó Gael. Entonces, señaló las tres tazas que su hermana había dejado sobre la mesa—. ¿Es una de esas para mí?

—Sí, la azul es tuya —respondió mientras miraba la puerta del dormitorio—. Entonces, ¿qué estaba ocurriendo exactamente antes de que yo llegara?

Gael ignoró el comentario de su hermana y tomó el trozo de papel que había junto al café. Era una lista de cosas que hacer que su madre le había preparado. —Veo que mamá está de buen humor hoy.

Gabi sonrió y tomó su taza.

—Sí. Quiere que tú hagas el chocoflan y el pastel tres leches. Yo estoy a cargo del perrito y de la lista de canciones. La abuela ha pedido que tu novia se ocupe de poner la mesa —añadió mirando con una amplia sonrisa hacia la puerta del dormitorio.

—Se lo diré cuando salga de la ducha —comentó él frunciendo el ceño. —Entonces, veo que las cosas van bien...

Gael se limitó a asentir y a tomarse el café.

—Qué poca gracia tienes, hermano.

—Y tú eres una chismosa. Estaremos en la casa en veinte minutos y luego me traeré aquí todo lo necesario para hacer los postres. De ese modo, la abuela y mamá pueden tener la cocina grande para ellas solas.

Mientras se tomaban el café, hablaron sobre los planes para la noche. Cuando Perla salió del dormitorio, tenía un aspecto adorable. Llevaba puesto otro enorme jersey, aquel en color verde bosque, con unos vaqueros muy ceñidos. Llevaba el rostro sin maquillar y el cabello bastante despeinado. Gael deseó devorarla. El corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho. No pudo mentirse sobre lo que sentía por aquella mujer.

—Buenos días —dijo tímidamente mientras que Gabi le entregaba la tercera taza de café. —Buenos días —le respondió esta alegremente.

Gael abrazó a Perla y le dio un beso.

—Mi madre ha enviado a Gabi con una lista de las tareas con las que quiere que la ayudemos. También quiere que vayamos a la casa grande a desayunar. ¿Te parece bien? —le preguntó mientras Gabi se sentaba en el sofá a jugar con la gata.

Perla no contestó inmediatamente. Algo había llamado su atención.

—Veo que lo has terminado —comentó, mientras señalaba el árbol de Navidad. —Sí —dijo Gael mientras Perla se acercaba al árbol.

—¡Vaya, Gael! ¿De verdad que has decorado tú eres árbol? —le preguntó su hermana. —Sí. Perla quería que hubiera un árbol.

—Es cierto —afirmó Perla. Se había vuelto para mirarlo. Evidentemente, tenía curiosidad por lo que él le diría a su hermana—. Gracias —añadió con una sonrisa que caldeó hasta el último rincón del cuerpo de Gael.

Recorrió los pocos pasos que lo separaban de Perla y la abrazó. Siempre le había ocurrido lo mismo con ella. Jamás había podido dejar de tocarla.

—Bueno, tortolitos, mamá me reclama. Me acaba de enviar un mensaje —comentó Gabi—. El desayuno estará listo dentro de quince minutos. Gael, vete a asearte —le ordenó a su hermano—. Vete mientras yo pueda estar aquí. Así le haré compañía a Perla.

Gael maldijo a su hermana en silencio mientras se dirigía al dormitorio. Sin embargo, no era capaz de sentir nada negativo en aquellos momentos. Cuando se metió en la ducha, en lo único que pudo pensar era que, por primera vez, iba a disfrutar de la Nochebuena.

Aquella mañana, la situación había cambiado por completo. Gael no solo se había mostrado súper cariñoso, sino que lo había sido también delante de su hermana. En aquellos momentos, estaban saliendo de la cabaña para ir a desayunar en la casa principal.

—¿Sigues haciendo tus famosos postres? —le preguntó Perla. Gabi le había contado las tareas que su madre le había asignado.

—¿Aún te acuerdas?

—Por supuesto que sí. Chocoflan y el pastel tres leches eran tus especialidades. Lo recuerdo muy bien. ¿Y sigues haciendo más de la cuenta? —le preguntó ella.

—Más o menos, aunque ya no como antes —comentó. En ese momento, Gael la miró y vio que algo había cambiado en el rostro de Perla—. ¿Te ocurre algo?

—¿Qué es lo que estamos haciendo, Gael? —le preguntó ella.

Gael frunció los labios mientras pensaba lo que contestar.

—En estos momentos, lo único seguro es que, mientras estés aquí, quiero disfrutar de ti —afirmó él—. Me gustó tenerte en mi cama esta mañana. Y abrazarte cuando mi hermana aún estaba con nosotros. No tengo otra respuesta más que esa.

Perla debería haberle respondido que la estaba tratando como si ella fuera una distracción. Sin embargo, se dio cuenta de que, aunque así fuera, lo deseaba de todas maneras. Cuando llegara la noche, le pediría que le hiciera el amor. A la mañana siguiente, se metería en su coche y, por fin, podría seguir con su vida.

—En ese caso, nos queda el día de hoy —comentó. Entonces, se puso de puntillas para darle un beso en los labios.

Capítulo Once

—¡Gael! —exclamó Gabi a espaldas de su hermano. En cuanto él se dio la vuelta, una bola de nieve le golpeó en el rostro—. ¡Cómetela, hermanito!

Él no tuvo tiempo de responder, porque su hermanita ya se dirigía hacia él con otra bola de nieve en las manos.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó él mientras se inclinaba para formar él su propia bola—. Perla, ponte detrás de mí. Es implacable.

Cuando se dio la vuelta para mirarla, vio que Perla sonreía y que estaba preparando su propia bola.

—Estupendo. Voy a necesitar refuerzos —comentó, mientras imitaba la voz de su personaje en el Escuadrón del Espacio—. ¡Adelante!

Esquivó la segunda bola de nieve de su hermana, pero consiguió darle a ella en el codo. Perla era menuda y rápida y no tardó en empezar a lanzarle bolas a Gabi.

—¡Perla! —gritó Gabi—. ¡No me tires nieve a la cabeza! Ya sabes que no me gusta que me mojen el cabello.

Gael se echó a reír cuando oyó que Perla se disculpaba y luego arrojaba a Gabi una bola al pecho.

—¡Sí! —gritó él mientras agitaba el puño en el aire y trataba de encontrar un lugar en el que refugiarse—. ¡A por ella, nena! ¡Ahora sí que te vas a enterar, Gabriella Montez! —añadió tras recibir una bola en la cabeza por cortesía de su hermana. En ese momento, comenzó a recibir bolas de nieve provenientes de todas direcciones. Dejó de intentar lanzar también las suyas y se cubrió el rostro con las manos—. ¿Tú también, Perla?

—Sí. Te hemos derrotado —replicó ella con una increíble sonrisa.

Parecía tan feliz... Su rostro estaba resplandeciente. Resultaba increíble pensar cómo había podido engañarse durante tanto tiempo sobre los sentimientos que tenía hacia ella. Ella lo convertía en un hombre completo. Verla sonreír le alimentaba el alma. Siempre había habido un vacío que ni siquiera su familia podía llenar. Le reconcomía por dentro constantemente, pero la presencia de Perla lo aliviaba siempre. Desde que terminó con ella hacía seis años, aquel vacío se había hecho más grande. Ni la fama ni el dinero habían podido cerrarlo. Sin embargo, aquel día, viendo a Perla sonreír, se sentía totalmente pleno. Realizado y feliz.

—Mi compañera me ha traicionado —dijo dramáticamente mientras que se quitaba los guantes llenos de nieve y abrazaba a Perla—. Estoy herido —susurró mientras aplicaba los labios a la fría mejilla de ella.

—Te puedo curar con un beso —comentó ella. En aquel momento, el cuerpo de Gael vibró con algo muy parecido a la felicidad.

—Oye, vosotros dos, venga. ¡Mamá nos está esperando!

Gabi se dio la vuelta y se marchó en dirección a la casa, pero Gael y Perla la ignoraron por completo.

—Pobrecito... —susurró Perla mientras le daba delicados besitos en el lugar del cuello en el que le había dado la nieve. La piel de Gael vibraba por la frialdad de la nieve, pero también por el contacto con los labios de Perla. Quería decirle que ya estaba bien. Estuvo a punto de decirle que, después de muchos años, por fin volvía a ver las cosas en color. Que por fin sentía. Sin embargo, guardó silencio. No iba a decirle nada a Perla. No podía hacer promesas que sabía que jamás podría cumplir.

—¿Estás segura de que no quieres venir a hacer los postres con nosotros? —le preguntó Perla a Gabi mientras recogía todos los ingredientes que Verónica les había preparado.

—No, mi hermano es el profesional de los dulces. Yo voy a preparar el listado de canciones y a preparar el salón para poder bailar mientras el pernil está en el horno. Seremos solo nosotros, aunque algunos vecinos podrían venir después de cenar.

Gabi le dedicó a Perla una de esas miradas que ella recordaba de cuando las dos vivían juntas.

—Parece que los dos habéis encontrado la manera de que las cosas funcionen —añadió.

—No lo sé —admitió. Entonces, optó por cambiar de tema—. Gael dice que aún prepara postres para los vecinos—. No me lo puedo creer.

Gabi frunció el ceño como si no estuviera segura de qué estaba hablando Perla. Entonces, comprendió a qué se refería.

—¿Te ha dicho que se los da solo a los vecinos? —le preguntó Gabi, muy sorprendida.

—Le pregunté si aún hacía de más para regalar y me dijo que más o menos, pero que no como antes.

—Vaya con mi hermanito —repuso Gabi sacudiendo la cabeza—. Mami, ven a escuchar esto —gritó, llamando a su madre. Verónica entró en la cocina.

—¿Qué quieres, hija?

—Gael le ha dicho a Perla que, más o menos, les da postres a los vecinos —comentó Gabi riendo.

Perla comprendió que resultaba evidente que Gael le había estado mintiendo.

Verónica chascó la lengua y miró a Perla con una triste sonrisa.

—Mi hijo se esfuerza mucho por ocultar el hombre que realmente es.

—Entonces, ¿no hace flanes para los vecinos?

La abuela, que también había entrado en la cocina, no le dio a Verónica oportunidad de responder.

—Dejó de hacerlos cuando empezó a tener menos tiempo, pero fundó una asociación benéfica que proporciona cenas de Acción de Gracias y de Nochebuena a miles de familias. La empezó en Connecticut, pero el año pasado se amplió y lo hace en también en Puerto Rico. Ese muchacho es demasiado humilde. No nos deja que le digamos a nadie que se trata de él.

—¿Pero por qué no me lo ha querido decir a mí? —preguntó Perla, dolida de que Gael no hubiera confiado en ella lo suficiente como para compartir lo que había hecho.

Verónica sacudió la cabeza y se acercó a Perla.

—Gael lleva encerrándose en sí mismo desde hace mucho tiempo.

—Mami...

Gabi pronunció la palabra a modo de advertencia, como si tratara de impedir lo que su madre iba a decirle a continuación, pero Verónica no quiso hacerle caso.

—Déjame, Gabriela. Solo quiero que Perlita sepa la verdad. Después de que vuestra relación terminara, él no fue el mismo, hija —dijo Verónica mientras tomaba la mano de Perla entre las suyas—. Me alegro de que volváis a estar juntos. Gaelito parece ahora mucho más feliz.

—No sé si soy yo la que está causando esa reacción. Está muy contento de que tú te hayas recuperado.

Verónica sacudió la cabeza y sonrió.

—Está muy contento por eso, sí. Pero no fue mi recuperación lo que le puso una sonrisa en los labios esta mañana durante el desayuno.

Perla quiso esconderse de la esperanza que vio en los ojos de Verónica. No solo estaban mintiéndoles a todas, sino porque también Perla deseaba más que nada que lo estaba ocurriendo entre ellos fuera real. Sabía que terminaría pagando lo que había empezado con Gael, igual que había ocurrido la primera vez. Sin embargo, no iba a parar. Estaba dispuesta a afrontar las consecuencias, fueran estas las que fueran.

Capítulo Doce

—**P**erla, ¿me has oído?

—Ay, lo siento. ¿Qué es lo que necesitas?

Perla había estado distraída desde el momento en el que regresó de la casa principal. La calidez y el ambiente distendido y juguetón de la mañana se había visto reemplazado por la distancia.

—La crema Chantilly para el Tres Leches —le recordó Gael mientras señalaba el bol que contenía la crema. Ella se lo entregó con gesto distraído mientras miraba por la ventana.

—¿Ocurre algo? ¿Has tenido noticias de Carmelina?

Gael no sabía cómo era la relación que Perla tenía en aquellos momentos con su madre, pero siempre había sido algo tensa, en especial durante las fiestas. Ella negó con la cabeza mientras lo miraba con sus enormes ojos grises llenos de tristeza.

—Mi madre prácticamente no me habla. No se tomó nada bien que yo vendiera mis acciones para ayudar a Esmeralda.

—Ya me lo imagino...

Gael se había enterado de aquel asunto. Había salido en todos los periódicos cuando la medio hermana de Perla, Esmeralda, se hizo con el puesto de presidenta de los estudios Sambrano y Rodrigo Almanzar, que había sido el anterior director de contenidos, fue nombrado oficialmente director gerente de los estudios. A todo el mundo le sorprendió mucho que Perla le vendiera sus acciones a él. Carmelina Sambrano, la madre de Perla, se puso furiosa con ella, dado que quería vender los estudios para ayudar a su familia, cuya cadena de restaurantes estaba pasando por dificultades económicas.

—¿Quieres hablar de lo que te pasa? —insistió Gael. No le gustaba verla disgustada por nada.

—¿Por qué no me hablaste de tu asociación benéfica? ¿Por qué no me dijiste que proporcionas cenas en las fiestas a las familias que no se lo pueden permitir?

Gael maldijo en silencio a la bocazas de su hermana.

—No lo sé. No quería que pensaras que estaba tratando de impresionarte con mis buenas acciones.

—¿Impresionarme? Gael, eres una estrella de cine.

—Pero eso no es lo que soy para ti. Para ti, soy solo Gael Montez de Bridgeport.

—Te aseguro que nunca has sido eso solo para mí...

El modo en el que pronunció aquellas palabras, como si fuera lo último que hubiera querido confesar, pero, que, al mismo tiempo, no podía ocultar más, turbó a Gael.

—¿Por qué estás aquí de verdad, Perla? —le preguntó, aunque supiera que el hecho de saber la respuesta solo podría empeorar aún más las cosas.

Ella lo miró mientras preparaba el caramelo para el flan.

—Estoy aquí porque quería que aceptaras el papel. Vine porque recordé que este era el papel que te hubiera entusiasmado cuando empezabas. Eres el mejor para ese personaje —añadió—. Yo podía dejar mis sentimientos a un lado para conseguir al actor que podría convertir el proyecto en un éxito o no hacer nada. Tú no eres el único que pone el trabajo lo primero.

Un sentimiento salvaje, herido, aulló en el interior del pecho de Gael al escuchar aquella respuesta. En lo más profundo de su ser, le habría gustado que ella le dijera que había ido a verlo, que quería saber si aún podría funcionar una relación entre ellos. Sin embargo, no podía culparla por protegerse. De hecho, era lo único inteligente que uno de los dos había hecho desde que ella había llegado.

—Entonces, esto es puramente profesional. ¿No tuvo nada que ver nuestra historia? —ella bajó los ojos.

—No estoy segura de qué es exactamente lo que estás tratando de averiguar, Gael —comentó. Su voz sonaba molesta. Se secó las manos con un paño y se acercó a él—. Sin embargo, te puedo decir esto. Fuera cual fuera mi plan cuando llegué aquí ayer, te aseguro que acostarme contigo no formaba parte de él.

Gael tragó saliva cuando ella se colocó frente a él. La necesidad de tocarla hizo que el corazón se le acelerara en el pecho.

—¿Y sabes qué más? —añadió ella. Entonces, sonrió y, de repente, la expresión de su rostro se hizo muy picante. Levantó una mano y deslizó las uñas suavemente por el cuello de Gael. Las sensaciones que él experimentó apuntaron directamente a su entrepierna—. No voy a dudar ni un minuto más. Te deseo.

Dejó que las palabras flotaran unos instantes en el aire. Entonces, deslizó la mano por la parte delantera de los pantalones de chándal que Gael llevaba puestos y le acarició el miembro erecto. Él se tensó de placer al sentir las caricias y apretó los dientes para no ceder a la tentación de poseerla sobre la encimera.

—Vaya... —susurró ella—. Y creo que tú también me deseas a mí...

Gael dejó escapar un gemido de placer. Estaba demasiado excitado como para poder articular palabra.

—Podemos... ya sabes... solo durante las fiestas... ¿Qué me dices?

Solo durante las fiestas.

Por supuesto, Gael podía negarse, pero no iba a hacerlo. Perla le estaba ofreciendo lo que más deseaba y él se sentía totalmente desesperado por aceptar lo que ella le diera. Deslizó las manos por encima del trasero de Perla y la apretó con fuerza contra su cuerpo.

—Te digo que es mejor que de dejes de tocar así, a menos que quieras que te tumba boca abajo encima de esta encimera.

—Vaya... qué apasionado —respondió ella antes de lamerle los labios. Entonces, se apartó de repente con una pícaro sonrisa—. De acuerdo. Entonces, lo dejamos para más tarde. Esta noche, después de cenar, cuando tengamos tiempo.

—Estás jugando con fuego, Perla Sambrano —le advirtió él antes de besarla apasionadamente.

Se comieron las bocas con avidez durante unos instantes hasta que por fin los dos se apartaron, jadeando. Gael tuvo que reprimir una sonrisa ante la atónita expresión del rostro de Perla.

—Te aseguro que estoy deseando quemarme, Gael —afirmó ella con voz sexy. Gael se moría de ganas por meterse en la cama con Perla y devorarla por completo.

—Ahora, vamos a terminar este flan antes de que un miembro de tu familia entre y nos encuentre medio desnudos —bromeó ella.

—La familia está demasiado valorada —replicó Gael mientras trataba de controlar su respiración y la potente erección que sentía en aquellos momentos.

Perla chascó la lengua y sacudió la cabeza con fingida desaprobación.

—Adoras a tu familia —afirmó con una sonrisa que lo animó a regresar a por otro beso.

«Te adoro a ti, pero eso nos va a destrozar a los dos como ocurrió la última vez».

—Ya casi he terminado —dijo Perla desde el dormitorio mientras terminaba de ponerse sus pendientes de diamantes.

Se miró en el espejo. Llevaba puesta una réplica de un vestido negro de Balenciaga de la colección de invierno de 1965. Había comprado el vestido original en una subasta para donárselo al Instituto de la Moda de Nueva York y la casa Balenciaga se había ofrecido a hacerle aquella réplica cuando se enteraron. Era un diseño sencillo y elegante por la parte de delante, con mangas largas y un nudo en la cintura que hacía destacar la falda de vuelo. La espalda era espectacular y había sido lo que la había cautivado del vestido. Tenía un profundo escote que hacía que el vestido fuera sexy y elegante al mismo tiempo.

A Perla le encantaba la moda vintage y había conseguido reunir una excelente y valiosa colección a lo largo de los años, aunque aquel era su favorito. Su intención había sido ponérselo en Punta Cana para celebrar la Nochebuena, pero parecía más adecuado para cenar junto a una chimenea. Llevaba un ligero maquillaje en los ojos y lápiz de labios rojo.

Comprobó que estaba muy guapa. Mientras miraba su reflejo, deslizó las manos por la falda. La piel le vibraba de anticipación. A pesar de que estaba deseando pasar la velada con la familia de Gael, no podía dejar de pensar en lo que ocurriría después.

Admitió que, seguramente, jamás dejaría de desear a Gael. Por mucho que él le diera, siempre desearía más. Habían acordado que lo suyo solo duraría hasta que ella se marchara y debería alegrarse de que fuera así. Había conseguido su propósito cuando fue allí. Gael había aceptado el

papel. Además, aquella vez sabía lo que ocurriría después. Tendría tiempo de sobra para prepararse.

—Pero eso no hace que sea mejor —suspiró mientras se ponía sus Louboutin. Tendría que quitárselos inmediatamente para ponerse las botas de nieve, pero quería ver el efecto que hacían con el vestido—. Estoy bastante buena —añadió, a pesar de que la sonrisa se le había desvanecido ligeramente.

Oyó que alguien llamaba suavemente a la puerta. Inmediatamente, se abrió un par de centímetros.

—¿Puedo entrar?

Los latidos del corazón de Perla se aceleraron al escuchar la voz de Gael.

—Claro, pasa —le dijo. Gael le había permitido que se cambiara en el dormitorio, con lo que aún no la había visto con aquel imponente vestido. Cerró los ojos un instante y se preparó para verlo vestido de traje.

—Perla... —susurró él mientras ella se volvía lentamente para mirarlo.

La miraba ávidamente de arriba abajo. Ella se habría sonrojado al recibir tanta atención, pero estaba demasiado ocupada mirándolo a él. Gael llevaba una chaqueta de terciopelo en tono burdeos, que ella reconoció como perteneciente a la última colección de Tom Ford, y pantalones de vestir negros. Llevaba la raya del cabello en el centro, con lo que su larga melena enmarcaba perfectamente su hermoso rostro. Efectivamente, Gael era guapísimo, digno de la pantalla grande. Estaba tan guapo que las manos de Perla ansiaban tocarlo y, por suerte para ella, no había nada ni nadie que se lo impidiera.

—Estás guapísima —dijo Gael mientras se acercaba. Sin dudarlo, la tomó entre sus brazos y le dio un beso en la mejilla—. Tan bella... Tengo algo para ti —añadió.

—¿Sí?

Perla vio que él se metía la mano en el bolsillo y le mostraba un par de pendientes de perla.

—¿De dónde los has sacado? —le preguntó Perla. Evidentemente, eran unas joyas antiguas, de estilo art déco. La perla colgaba de una hilera de diamantes de talla baguette y, en la parte superior, un pequeño rubí

estaba rodeado de pequeños diamantes. En el broche, estaba tallado el nombre de Cartier.

—¿Te gustan?

Perla lo miró. Se limitó a asentir con la cabeza. De entre todos los pendientes que Gael pudiera haberle mostrado, esos habrían sido los que ella habría elegido.

—Me encantan —respondió mientras se quitaba los que ella llevaba puestos para poder ponerse los nuevos—. ¿De dónde los has sacado?

Gael sonrió.

—¿Te acuerdas cuando me marché un momento mientras tú estabas poniendo la mesa?

—Sí... —respondió ella. No pudo decir nada más. Gael se había puesto a ayudarla con los pendientes.

—Nuestro vecino tiene una tienda de joyas antiguas en la ciudad y, normalmente, tiene siempre algunas piezas en casa —comentó mientras terminaba de ayudarla a cerrar el broche de los pendientes—. Ya está —añadió. Entonces, le dio un beso en la mejilla y retrocedió para admirarla. Dios santo—. Perfecto...

El modo en el que él pronunció aquella palabra parecía indicar que no se refería solo a los pendientes. Entonces, Gael le puso las manos en los hombros y la empujó suavemente hasta colocarla de nuevo frente al espejo.

—Gael...

Él tenía razón. Eran perfectos. El complemento ideal para el vestido. Gael estaba justo detrás de ella e, incluso con los tacones que Perla llevaba puestos, era mucho más alto que ella. Le deslizó sensualmente las manos por las caderas y la cintura.

—No hago más que pensar en esta noche —le susurró apasionadamente al oído. Perla tuvo que morderse los labios para no gemir de placer—. En cuanto regresemos, te voy a quitar este vestido y te voy a besar justo aquí —añadió, colocándole la mano justo entre las piernas. Entonces, apretó con fuerza.

Perla contuvo la respiración. De repente, los párpados le pesaban. Cerró un momento los ojos, pero volvió a abrirlos enseguida. Resultaba muy excitante mirarse junto a Gael en el espejo mientras él la tocaba de aquella manera.

—Tenemos que ir a cenar... —susurró ella con una voz ronca que apenas reconoció.

—Lo haremos, pero, tan pronto como volvamos, voy a hacer que grites mi nombre, Perla. Voy a lamerte y a besarte hasta que te corras entre mis labios y luego, voy a poseerte lenta, muy lentamente...

Gael marcó cada palabra con un sugerente movimiento de caderas que hizo que Perla sintiera exactamente lo que él le iba a dar. Así eran siempre los dos. Dulces y pecaminosos a la vez. La pareja perfecta. Además, su aspecto era perfecto también. Elegantes, jóvenes y maravillosos. Como si debieran estar siempre juntos. Perla giró la cabeza ligeramente para mirarlo y, durante un segundo, le pareció ver un destello de su propio arrepentimiento en los ojos de Gael.

Entonces, volvió a mirarse en el espejo, donde veía todo lo que deseaba y no podía tener.

—Estoy lista —le dijo sin atreverse a mirarle de nuevo a los ojos.

Gael la observó durante un instante, como si hubiera algo que quería decirle. Sin embargo, después de un segundo, sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Estás segura de que estás preparada para la locura de una Nochebuena con los Montez?

—Más que preparada —le aseguró ella.

Prefirió ignorar el anhelo que sentía. La verdad era que sí estaba deseando que llegara la cena y todo lo que esta conllevaba. Falso o no, aquello era lo más cercano a la verdadera felicidad que había sentido en mucho tiempo. No pensaba desperdiciar ni un segundo. La vida real no tardaría en volver a llamar a su puerta.

Capítulo Trece

—**D**eja que te ayude con eso, Verónica.

Gael sonrió al ver cómo Perla se ofrecía para que Verónica dejara de llevar platos a la cocina. Habían terminado de cenar instantes antes y, a pesar de que había empleados que se iban a encargar de recogerlo todo, Verónica y Juana eran incapaces de relajarse.

—Mami, escucha a Perla —le dijo Gael mientras abrazaba a su madre y le guiñaba el ojo a su falsa novia, aunque no había nada de lo que sentía por Perla que fuera falso.

—¡Ay, Gael! Estoy bien —protestó Verónica mientras Gael la sacaba de la cocina.

—Sé que estás bien, pero llevas cocinando todo el día dado que te has negado a que el cocinero te ayude.

—Me gusta preparar la cena de Nochebuena para mi familia —afirmó ella.

—Y nosotros agradecemos tus esfuerzos. El arroz con gandules estaba delicioso —comentó Perla.

—¿Ves? Por eso me gustas más que mis hijos. Siempre sabes lo que decir —bromeó Verónica mientras acariciaba suavemente la mejilla de Perla—. Estamos muy contentos de tenerte con nosotros aquí este año, Perlita. Espero que sea por muchas Nochebuenas más.

Un fuerte sentimiento de culpa le atravesó el pecho a Gael. Sintió el innegable anhelo que evocaban las palabras de su madre. Por mucho que supiera que lo suyo con Perla no iba a funcionar, la desearía eternamente. Casi no se podía contener al pensar en lo que le esperaba cuando estuvieran por fin solos. Desgraciadamente, él era un Montez y, por mucho que se esforzara, terminaría rompiéndole el corazón.

Cuando llegaron al salón, comenzó a sonar la canción favorita de Verónica. Inmediatamente, ella insistió en bailar con su hijo. Mientras se movían cadenciosamente por el salón, Gael no podía dejar de mirar a Perla.

—Tu tío ha estado llamándote. Me ha dicho que no le has contestado al teléfono —comentó de repente Verónica.

Gael sintió como si su madre le hubiera arrojado un cubo de agua fría por la cabeza.

—Hemos hablado dos veces ya y no tengo nada más que decirle —replicó él. Aquella respuesta tan seca sorprendió a su madre.

—¿Qué es lo que pasa, mijo?

Se suponía que Manolo iba a pasar con ellos la Nochebuena, pero la misma tormenta que había impedido que Perla tomara su avión había impedido a su tío que abandonara la ciudad. Gael no se lo diría nunca a su madre, pero se alegraba de que Manolo no hubiera estado allí para entrometerse con el proyecto de Francisco Ríos.

—El tío no quiere que acepte el proyecto del estudio de Perla. Cree que el hecho de interpretar un personaje latino podría encasillarme.

—¿Y desde cuándo sabe Manolo mejor que tú lo que tienes que hacer con tu carrera? —replicó su madre con un bufido.

—Manolo ha sido un buen mánager. Me tomo muy en serio sus consejos y, en su mayor parte, no me ha aconsejado mal —admitió.

Nadie sabía el consejo que Manolo le había dado sobre Perla hacía seis años. No se lo había dicho a su madre, ni siquiera cuando ella le recriminó que le hubiera roto el corazón «a esa chica tan buena». Su madre no lo habría entendido, pero él sí lo había comprendido. Estaba empezando su carrera y a los medios de comunicación les encantaba un soltero de oro. Después de que se hiciera pública la noticia de que estaba soltero, su carrera había despegado totalmente. En aquellos momentos la decisión tuvo sentido, pero era innegable que el precio que tuvo que pagar fue mucho más alto de lo que Gael había imaginado en un principio.

—Es cierto que Manolo ha sido muy bueno con nosotros —dijo su madre—, pero tú también lo has convertido en un hombre muy rico, hijo. Él representó la figura paterna para vosotros cuando Gabriel se marchó, pero lo hizo porque él quiso. Además, la deuda con Manolo es mía, no tuya.

—Mami, aunque acepte ese papel...

—¿Aunque? —repitió su madre riendo.

—Está bien, mamá. He decidido aceptarlo, pero eso no significa que la relación entre Perla y yo esté bien. Yo no...

—¿Tú no qué?

—Bueno, no sé si puedo ser la clase de personas que Perla necesita —susurró Gael.

—Me gusta cómo la miras. Y me encanta cómo te mira ella. Sé que ve en ti lo mismo que veo yo.

—¿Y qué es lo que ves, mamá?

—Un buen hombre. Un buen hijo. Un buen hermano. Una persona a la que no se puede dejar ir —le dijo su madre muy feliz.

—¿Y cómo miro yo a Perla? —le preguntó. Se sentía ansioso por escuchar lo que su madre veía entre ellos, a pesar de que eso pudiera empeorar la situación más tarde.

—Con fuego en los ojos, querido mío. Siempre ha sido así. Y esa pasión desapareció en el momento en el que los dos terminasteis. Sé que amas tu trabajo y que es una bendición que el mundo vea y valore tu don. Eres maravilloso, hijo mío —dijo. Entonces, la tristeza se apoderó de su rostro por algo que estaba recordando—. Pero sé que no eres feliz. Sé que me dijiste que los dos decidisteis terminar la relación, pero yo sabía que aún tenías sentimientos hacia ella y ahora lo veo con mis propios ojos. La luz ha vuelto a los tuyos.

—Estoy contento porque ya no estás enferma, mamá.

—Lo sé —afirmó ella apretándole la mano que él le había dado mientras bailaban—. Sin embargo, tal vez ahora que estoy mejor, podrías ser un poco más egoísta y centrarte en tu mujer. No me importa lo que diga Manolo. Haz lo que quieras hacer. Si a él no le gusta, que se aguante.

—Mamá... me estás presionando... —le advirtió, a pesar de que había sentido una fuerte sensación de posesión cuando escuchó cómo su madre se refería a Perla como «su mujer».

—Mira, parece que ahora alguien quiere hacerte la competencia —comentó su madre.

Gael giró la cabeza y vio que Perla estaba bailando con el hijo de uno de sus vecinos. Parecía haber atraído la atención del heredero de un

imperio de la moda latina. Miguel Correa era algo mayor que Gael, pero muy guapo y, en aquellos momentos, observaba a Perla como si quisiera tragársela entera. Gael realizó un sonido amenazador. Quería acercarse a ellos y apartarlo de Perla, pero la carcajada de su madre lo sacó de aquellos pensamientos tan celosos.

—Te prohíbo que agredas a ninguno de nuestros invitados.

Gael sonrió, pero si Miguel no dejaba de tocar y de hablar en voz baja con Perla, no le iba a quedar más remedio.

—¿Por qué no vas a rescatarla mientras yo voy a charlar un rato con Gabi y con la abuela? Deberíamos dar por terminada la fiesta muy pronto. Tu vieja no puede irse de juerga como antes —bromeó Verónica para aplacar la ira de su hijo.

Sin embargo, después de darle un beso a su madre y acompañarla al sofá donde estaba sentada la abuela, se volvió a mirar con desaprobación a Perla y a su acompañante.

—Vaya, hermanito, ¿vas a dejar que Miguel te la quite? —bromeó Gabi.

Gael tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mostrar su ira mientras observaba cómo Miguel se deslizaba por la zona que habían preparado como pista de baile con Perla entre sus brazos. Su cerebro no dejaba de repetir una única palabra. «Mía, mía, mía, mía...».

—Volveré en un momento.

Gael recorrió los pocos metros que lo separaban de ellos. Perla bailaba con gracia, meneando las caderas a un cadencioso merengue de la vieja escuela. Miguel lo estaba dando todo, pero Perla parecía distraída. No paraba de mirar a su alrededor, recorriendo todos los rincones de la sala. Cuando por fin sus ojos se cruzaron con los de Gael, su rostro entero se iluminó.

En aquel momento, Gael sintió que estaba en un buen lío. No sabía cómo iba a poder salir de aquella situación. El modo en el que ella lo miró hizo que el corazón se le encogiera en el pecho. Al llegar junto a ella, respiró profundamente y exhaló muy lentamente antes de hablar para tratar de calmar la tormenta que estaba formándose dentro de su cuerpo. ¿Cómo iba a dejarla ir cuando aún la deseaba tanto?

—¿Os puedo interrumpir? —preguntó mientras colocaba una mano sobre el hombro de Miguel. Este lo miró y debió de ver la tormenta que

Gael sentía en su interior reflejada en el rostro, porque soltó inmediatamente a Perla.

—Tu chica baila muy bien, tío. Si no tienes cuidado, puede que intente robártela.

Gael sonrió fríamente y rodeó la cintura de Perla con el brazo. En pocos segundos, la alejó todo lo que pudo de Miguel Correa.

Perla sacudió la cabeza y soltó una carcajada mientras los dos se movían por la pista de baile.

—Vaya, no es una faceta muy amable de tu personalidad —comentó, aunque los ojos le brillaban.

—Pero te encanta —replicó él con un gruñido.

—Bueno, yo no diría que me encanta, pero resulta halagador ver que dejas caer durante un momento tu máscara de estoicismo. Siempre me ha gustado que dejes libres tus pasiones, Gael.

La música cambió en aquel momento. El rápido merengue dio paso a un lento y melódico bolero que narraba la historia de un amor de veinte años que no se podía olvidar. Como su hermana estaba a cargo de la música, parecía que le encantaba poner a Gael en situaciones comprometidas. Sin embargo, estrechó a Perla contra su cuerpo y se dejó disfrutar del momento. Durante mucho tiempo se había negado a pensar en sus sentimientos y, cuando la luz se apagó dentro de él, se dijo que era lo mejor. Que no tenía tiempo para el amor. Habían tenido que pasar seis años para que se permitiera admitir que la ruptura con Perla le había arrancado un trozo de su alma que no había podido volver a recuperar.

—¿No te gusta como bailo o simplemente es que disfrutas frunciendo el ceño? —bromeó Perla. Tenía las mejillas arreboladas de tanto bailar y estaba muy hermosa. Por supuesto que a Gael le gustaba cómo bailaba. Le había colocado una mano sobre la cadera y sentía el modo en el que ella se contoneaba con la música. Sin saber por qué, recordó cuando ella se había colocado a horcajadas encima de él y había empezado a moverse con el mismo ritmo. Se quedó sin aliento y ya no pudo esperar más. Lo único que quería era sacarla del salón y llevársela para terminar lo que habían empezado aquella mañana.

—Ya sabes que tu modo de bailar es fuego para mí...

Se echó a reír cuando Perla hizo el gesto de abanicarse con la mano al escuchar aquel cumplido. Perla lo volvía loco. Siguiendo un impulso, se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios. En aquel momento, se

produjo una explosión de vítores y aplausos que provenían del lugar en el que su familia estaba sentada, pero a Gael no le importó. Quería que todos los presentes vieran lo mucho que deseaba a Perla Sambrano.

La apretó con fuerza contra su cuerpo hasta que todos sus nervios vibraron de electricidad. No rompió el beso. La saboreó lentamente, imaginándose cómo los dos compartían el mismo aliento que le llenaba los pulmones. Cuando profundizó la caricia, se imaginó que los corazones de ambos se aceleraban al unísono. Se estaba preguntando cuánto tiempo tendrían que quedarse en la fiesta antes de que pudieran regresar a la cabaña cuando algo le vibró contra la pierna.

Perla se tensó inmediatamente y dio un paso atrás. La ensoñación había desaparecido de su mirada y se había visto reemplazada por una incómoda expresión de alerta. Entonces, fue cuando Gael escuchó un débil tono de llamada.

—¿Es tu teléfono?—le preguntó él con curiosidad.

Perla se soltó de él y se metió la mano en el bolsillo del vestido.

—Es mi madre —susurró ella con un gesto de contrariedad mientras indicaba el pasillo con una mano—. Llevo evitándola todo el día.

Gael sintió e hizo ademán de seguirla. Sospechaba que la madre de Perla solo la llamaba para arruinarle la velada y no quería que ella tuviera que enfrentarse sola a lo que ella pudiera plantearle. Entonces, se recordó que, en realidad, a pesar de lo que pensara todo el mundo, él no era su pareja. No tenía ningún derecho a salir con ella ni a inmiscuirse en una conversación privada.

Por suerte, Perla parecía mucho más centrada que él. Se apartó de él con el teléfono contra la oreja y se alejó de su lado para salir de la sala sin ni siquiera mirar atrás.

Capítulo Catorce

—¿**T**e encuentras bien? —le preguntó de nuevo Gael mientras entraban en la cabaña.

—Ya sabes cómo es mi madre —replicó ella en voz frágil mientras se esforzaba por quitarse el abrigo y las botas. Su madre siempre hacía lo mismo. Siempre se las arreglaba para anular la alegría que ella pudiera sentir. Cuando Perla respondió la llamada de su madre, estaba radiante y feliz. Dos minutos más tarde, había vuelto a entrar en el salón con el rostro pálido y con aspecto perdido. Las venenosas palabras de Carmelina siempre daban en el blanco. Siempre conseguía abrasar la felicidad de Perla hasta convertirla en cenizas.

—Lo siento —dijo él. Prefirió guardarse su opinión sobre Carmelina. No quería hacerle aún más daño a Perla.

—Prefiero no seguir pensando en ella —repuso Perla.

Gael sabía demasiado bien lo que era tener un progenitor que siempre hacía que sus hijos se sintieran mal. Al menos su padre había tenido la decencia de marcharse de su vida. La madre de Perla, por desgracia, a pesar de comportarse como si no pudiera soportar a sus hijos, parecía incapaz de mantenerse al margen de sus vidas.

No le gustaba ver lo resignada que Perla parecía a la opinión que tenía siempre a ojos de su madre. Sabía que no podía impedir que así fuera, pero decidió que le haría sentirse mejor. Aquella noche, si ella se lo permitía, la adoraría como se merecía. Le mostraría con su cuerpo y sus manos lo valioso que era para él cada centímetro de su cuerpo.

—Trae, déjame ayudarte —dijo. Se quitó rápidamente su propio abrigo y se puso a sujetar el de Perla para que ella se lo pudiera quitar más cómodamente. Ella tembló cuando el aire golpeó su espalda desnuda. Gael no podía apartar los ojos de ella. Podría escribir poesía sobre aquellas

deliciosas curvas y sobre el tacto de su piel. Sobre la pasión que ella despertaba en su cuerpo.

Colgó el abrigo en el perchero y se colocó detrás de ella. Se frotó ligeramente las manos antes de colocarlas sobre los hombros e inclinarse a besarle la nuca.

—Esta noche estás muy hermosa —susurró.

Perla tembló entre sus brazos. Gael decidió que se podría pasar la vida entera haciéndole sentir lo valiosa que era para él. Era una perla. Un tesoro. Su tesoro.

Siguió besándola mientras ella se mecía entre sus brazos. Depositó delicados besos sobre el cuello y los hombros, deteniéndose brevemente para sentir su aroma y saborear ávidamente su aterciopelada piel. Quería devorarla por completo. Había estado saboreándola simplemente cuando lo único que ansiaba era darse un festín. Tomarse su tiempo con cada deliciosa parte de su cuerpo.

—Tus manos son una delicia —dijo ella con voz ronca.

—Te deseo... —susurró él mientras comenzaba a desabrocharle lentamente el vestido.

—Yo también te deseo. Tanto...

Perla comenzó a frotar el trasero contra la potente erección de Gael. Las manos de él temblaban con la necesidad de poseerla. Mientras iba dejando al descubierto la piel, poco a poco, trataba de mantener el control. Como el escote de la espalda era tan profundo, Perla no llevaba sujetador. Pensar en cómo los oscuros pezones se habían estado toda la noche frotando contra la tela del vestido lo excitó aún más.

—Perfecto... —musitó mientras la ayudaba a salir del vestido.

Un primitivo rugido de deseo bramó en su pecho mientras deslizaba las manos por la espalda hasta el borde de encaje de las braguitas. El encaje cubría muy poco y enmarcaba el delicioso trasero de un modo que provocaba que la boca de Gael se hiciera agua.

—¿Qué quieres? —le preguntó, conteniéndose. Quería que ella le diera permiso para tocar porque, una vez que empezara a hacerlo, no podría parar hasta que no hubiera saboreado cada centímetro de su cuerpo.

—A ti...

Sin dudarle ni un instante, Gael la tomó en brazos. Ella se agarró a su cuello y dejó que él la llevara al dormitorio.

Gael seguía completamente vestido, a excepción de los zapatos. Había algo carnal, primitivo, por tenerla a ella casi desnuda entre sus brazos. Incluyó la cabeza buscando su boca y se la lamió mientras la colocaba al borde de la cama. Entonces, se arrodilló ante ella y le separó los muslos. La admiró. La vio abierta, lista para él y se imaginó frente a un cruce de carreteras que podría llevar su vida por un sendero completamente diferente. Un sendero del que no podría regresar, como si a cada paso que diera se fuera quemando lo que dejaba atrás.

Miró los hermosos senos, que subían y bajaban por la acelerada respiración. Perla era la representación de todo lo que deseaba.

—Perla, muéstrame dónde quieres que te toque —le dijo. Sonrió cuando ella se sonrojó.

La dulce Perla. Parecía tan diferente de la muchacha que había conocido... Su cabello, su ropa, su cuerpo... Este era más rotundo, más maduro y, sin embargo, aún retenía la timidez, la pureza de la niña que él había conocido.

—Aquí —susurró ella, tocándose un pecho con una mano. Con la otra, se deslizó las braguitas por los muslos y se las quitó. Gael sintió que se quedaba sin respiración—. Hazme el amor...

—¿Estás segura? —le preguntó él, sintiendo que su miembro se volvía tan duro como el granito dentro de los calzoncillos.

—Te he echado de menos... y te pido que no te comportes como si yo fuera una delicada flor. Tal vez haga un tiempo que no he hecho esto, pero sé perfectamente lo mucho que lo deseo.

—Vas a matarme con tus palabras... —murmuró él mientras le acariciaba el sexo con las yemas de los pulgares.

El hecho de que Perla le hubiera confesado que no había tenido relaciones sexuales con nadie desde que terminaron le hacía sentirse como el peor de los canallas. Sin embargo, al mismo tiempo, su pecho se henchía al saber que seguía siendo el único hombre que había estado dentro de ella. El único que la había llenado por completo y la había hecho vibrar mientras ella se rompía en mil pedazos. Ningún otro hombre había sentido la deliciosa y cálida tensión de su cuerpo. Dejó que las manos recorrieran la sedosa piel de las piernas de Perla y apretó las palmas sobre el interior de los muslos de ella para abrirla por completo. Al ver los húmedos pliegues de su feminidad, contuvo la respiración.

—Preciosa. Me muero de ganas por saborearte...

—En ese caso, consúmeme, Gael —le exigió ella mientras se levantaba ligeramente sobre la cama para mirarlo a los ojos.

Sin apartar la mirada, Gael comenzó a tocarle los pezones, a apretárselos con fuerza.

—Ahh —gimió ella, arqueándose para ofrecerse aún más a él. Gael no pudo contenerse y se inclinó sobre su cuerpo para chuparle los pezones. Perezosamente, rodeó cada aureola con la lengua de cada uno de ellos antes de deslizar la lengua entre los pechos y deslizarse hacia el lugar que más ansiaba.

Le separó por completo las piernas y colocó la boca a escasos milímetros de los húmedos labios.

—Voy a lamerte entera, a rodear esta pequeña perla que tienes aquí con la lengua y a chuparte hasta que te corras...

Perla soltó una sensual carcajada justo antes de que Gael empezara a lamerla. Pronto las risas se vieron sustituidas por profundos gemidos de placer.

—Chúpate los dedos, nena —le ordenó él—. Tócate el clítoris mientras te saboreo. Muéstrame cómo te das placer cuando estás sola...

Gael sintió un profundo calor por todo el cuerpo cuando vio que ella hacía exactamente lo que él le había pedido. Perla levantó una mano y se metió tres dedos en la boca. Los chupó durante algunos segundos y los rodeó varias veces con la lengua.

—Madre mía, me estás volviendo loco... —musitó él sin apartar los labios del sexo de Perla. Justo entonces, hundió la lengua entre ellos. La dulzura de su sabor estuvo a punto de hacerle perder el control. Le lamió los labios varias veces antes de detenerse. Entonces, le agarró la mano que ella se había chupado y se la colocó sobre el sexo.

—Muéstrame lo... —

—Qué exigente... —

Perla esbozó una pícaro sonrisa. Nunca dejaba de sorprender a Gael. Había en ella una indudable pureza, que se transformaba de repente en un fuego que era capaz de convertir a Gael en cenizas.

—Venga, mi amor... —

Perla colocó las yemas de los dedos sobre los labios de su sexo y empezó a tocarse. Primero, lo hizo con dos dedos. Se frotó el clítoris con

ellos antes de añadir el tercero. Comenzó a moverlos en círculo, muy rápidamente, al tiempo que separaba aún más las piernas.

—Estás tan cerca... —gruñó Gael. Su miembro le vibraba dentro de los pantalones.

—Sí...

En el momento en el que ella se metió dos dedos, Gael tuvo que saborearla. Le separó los labios y aplicó la boca para darle placer. Ella gemía profundamente, moviendo las caderas para frotarse contra la boca de Gael. Las piernas comenzaron a temblarle cuando por fin el orgasmo se apoderó de ella.

Gael sintió que se iba a morir si no la penetraba. La lamió y chupó algunas veces más mientras ella se tumbaba de nuevo sobre la cama, totalmente saciada y tan hermosa que casi le dolía mirarla. Se despojó rápidamente de la ropa y, muy pronto, estuvo de nuevo arrodillado frente a ella. Se tomó un instante para admirar la belleza que tenía sobre la cama, la mujer a la que no podía amar. Admitió que había sido una mentira cobarde y vacía. Estaba lleno de amor para Perla, aunque eso significara que tenía que renunciar a ella. Sin embargo, no pensaba desperdiciar lo que ella le estaba ofreciendo.

—Hmm...

Perla se ofreció a sus caricias mientras él deslizaba las manos sobre ella. Primero, las pantorrillas. Luego las piernas y por último el interior de los muslos. Le apretó la mano contra el sexo, haciendo que ella contuviera el aliento. Le agarró las caderas y le acarició el vientre justo antes de besarle el ombligo. Le cubrió los senos y volvió a pellizcarle los pezones, haciendo que ella se arqueara de placer.

—Eres tan hermosa...

Se inclinó para besarla, con su esencia aún en los labios. Sintió que ella le colocaba las manos sobre los hombros, sobre la espalda, y Gael sintió como si su piel cobrara vida. Cada caricia despertaba una parte de él que llevaba dormida mucho tiempo.

Se apartó de Perla un instante y la miró. Cuando ella le dedicó una sonrisa, sintió que el corazón se le resquebrajaba al ver lo dulce que ella era. ¿Cómo iba a poder alejarse de ella?

—¿Cuándo voy a poder ver si aún tienes el toque mágico? —le preguntó Perla sin dejar de acariciarle. Sintió que él temblaba cuando le tocó la punta del pene.

—Muy, muy pronto —le prometió él.

Se deslizó sobre su cuerpo. El primer orgasmo de Perla había sido tan intenso que ella se temía que su cuerpo estaría demasiado sensible. Sin embargo, en cuanto él la tocó, separó instintivamente las piernas. Las manos de Gael eran maravillosas. Suaves y firmes al mismo tiempo. Las yemas de sus dedos eran capaces de replicar sobre su piel los aleteos de las mariposas antes de empujarla bruscamente al clímax. Si el sexo no fuera tan bueno, no le compensaría el sufrimiento posterior. Sabía que este sería doloroso. Perderlo la primera vez había sido casi insoportable y estaba segura de que aquella vez sería mucho peor. Gael no le había hecho promesa alguna, pero deseaba con todo su corazón que él pudiera ser suyo para siempre.

Sintió que los dedos de Gael sobre la vulva. Había visto que él tomaba un tubo de lubricante y se echaba un poco en la mano antes de tocarla. Suavemente, deslizó dos dedos en el interior de su cuerpo y giró la mano para poder masajearle el punto que le hacía temblar.

—Hmm... sí, ahí, Gael...

—Te encanta... —ronroneó él mientras la acariciaba con manos expertas—. Estás tan húmeda y caliente... y me aprietas los dedos con tanta fuerza.... Me muero de ganas por estar dentro de ti...

—¿Podemos hacer que sea pronto? Por favor... —gimió ella después de que él le hiciera algo delicioso con los dedos.

—Dado que me lo has pedido tan educadamente...

Perla abrió los ojos al sentir que apartaba la mano y vio que se estaba poniendo un preservativo. Ella levantó las rodillas para facilitarle el acceso. Ardía por él. Había soñado tantas veces con aquel momento, que casi le parecía que no era real. Aunque Gael no volviera a ser suyo, en aquellos momentos lo único que importaba era tenerlo dentro de ella. Su deseo se hizo pronto realidad. Muy pronto, la punta del miembro de Gael estaba acercándose a la entrada de su cuerpo.

—¿Estás lista para mí, nena?

Tenía una sensual sonrisa en los labios que dejó a Perla sin respiración. Nunca olvidaría el modo en el que le había tocado aquella noche, ni la intensidad de su mirada. Saber que había hecho que aquel fuerte y hermoso hombre, adorado por millones de mujeres como el espécimen de hombre perfecto, temblara de deseo resultaba abrumador.

—Rodéame con las piernas —le dijo él mientras se hundía en ella. Apretó los dientes para controlarse y penetrarla con mucha paciencia, hasta que, por fin, estuvo totalmente dentro de ella. Perla se sentía totalmente plena, dentro y fuera, gracias a él.

—¿Cómo te sientes?

—Como si fuera demasiado. Como si me estuvieras tensando hasta mi límite antes de causarme dolor, pero, en vez de menos, quiero más...

—¡Qué cosas me dices, nena! —exclamó él temblando. Su rostro tenía una mueca que era una mezcla de agonía y éxtasis.

Gael comenzó a moverse lentamente dentro de ella. Con el primer envite, Perla sintió una tensión y luego un momento de verdadero dolor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo sexo.

—¿Quieres que pare? —le preguntó él muy preocupado—. Puedo hacerlo si...

—Ni te atrevas a hacerlo, Gael —le respondió ella sujetándolo con fuerza con las piernas—. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Solo necesito un instante...

Gael comenzó a besarla dulcemente. Se colocó de tal manera que ella se sintió totalmente llena, pero entonces, Gael comenzó a mover las caderas y ella fue respondiendo lentamente, hasta que la tensión se convirtió en una sensación lánguida y deliciosa.

Perla contuvo el aliento cuando, de repente, él se retiró y la colocó sobre el vientre. Volvió a penetrarla de nuevo por detrás. Con las manos le agarró los senos mientras se hundía en ella, haciéndola gritar de incontenible placer. Después, como si pudiera leerle el pensamiento, Gael bajó la mano y comenzó a acariciarle el clítoris mientras la poseía con fuerza. A los pocos instantes, ella comenzó a gritar de placer por el poderoso orgasmo. Gael la siguió instantes después con un gemido de torturado y cálido placer contra la oreja de Perla.

La sujetó en aquella postura durante unos instantes, sin separar sus cuerpos. La besó lentamente y se separó despacio de ella depositando delicados besos sobre la columna vertebral.

—Gracias —susurró, en voz tan baja que Perla pensó que lo había imaginado.

Ella también estuvo a punto de darle las gracias, pero no quería romper el momento con palabras. La mañana y la realidad se acercaban

inexorablemente y quería mantener aquel momento perfecto que habían construido entre ambos durante todo el tiempo que pudiera.

—¿Te arrepientes? —le preguntó Gael. Había tratado de que su voz sonara neutral, pero Perla vio la cautela que se dibujaba en sus maravillosos ojos.

Negó con la cabeza y le dijo la verdad.

—En absoluto. Ha merecido la pena esperar.

«Ha merecido la pena esperarte».

Capítulo Quince

—**F**eliz Navidad, cariño.

Gael le susurró a Perla aquellas palabras al oído, haciendo que el despertar de aquella mañana de Navidad fuera muchísimo mejor de los que ocupaban su memoria más reciente.

—Hmm... Buenos días...

Se estiró lánguidamente entre los brazos de Gael. Era una delicia sentirse totalmente desnuda bajo varias capas de esponjosas mantas y, sobre todo, entre los brazos del hombre que había sido el dueño de su corazón desde que tenía diecinueve años. Quería aferrarse a aquella sensación para siempre.

Gael movió las caderas contra ella, apretando su erección al trasero de Perla. Solo con ese gesto, consiguió que ella ardiera de nuevo por él.

—Veo que alguien tiene un regalo muy especial para mí —bromeó Perla mientras Gael comenzaba a acariciarle por todas partes.

—Así es... —le susurró Gael al oído mientras le acariciaba los senos.

—Ahh... —gimió ella. Mientras la tocaba, Gael había deslizado un muslo entre sus piernas hasta que consiguió que ella quedara totalmente abierta para él—. Gael, por favor...

No tenía ni idea de qué estaba suplicando. Solo sabía que ansiaba sentirlo, necesitaba que él hiciera que los malos pensamientos desaparecieran de su mente.

—Hmm, me gusta mucho cuando te pones así...

La voz de Gael le resonaba en el oído tan lánguida con las manos sobre su cuerpo. Lentamente, deslizó una mano por su torso hasta que llegó al cálido centro de su feminidad. Comenzó a acariciarla e, inmediatamente, le deslizó un dedo en el interior. Perla se tensó instintivamente.

—Me encanta cómo estás... tan húmeda...

La voz de Gael sonaba como si él estuviera borracho de deseo. Esas palabras solo consiguieron encenderla más, hasta que consiguió que hirviera de necesidad. Perla dejó escapar un sonido de desesperación cuando él introdujo un segundo dedo mientras le estimulaba el clítoris con el pulgar y el índice. Se sentía totalmente a merced de Gael. Su enorme cuerpo la envolvía mientras que sus manos le daban placer. El orgasmo fue una fuerza frenética, imparable, que la sacudió de la cabeza a los pies.

Perla gritó su nombre hasta que le falló la voz, pero él siguió tocándola, animándola, provocando en ella más sensaciones hasta que Perla se quedó totalmente inerte entre sus brazos.

—Eres un excelente regalo de Navidad —le dijo Gael mientras le cubría el cuello de beso. Se habían movido de manera que ella estaba sentada contra él. Totalmente perfecto.

—Tú tampoco estás mal, señor Montez —replicó ella mientras se apretaba contra la erección que él tenía. Entonces, lo miró a los ojos—. ¿Nos vamos a ocupar de esto?

—Más tarde. Ahora te tocaba a ti.

—¿Estás tratando de arruinarme? —le preguntó Perla. No bromeaba. Deseó poder decirle que aquellos dos días habían sido tan perfectos que por fin entendía por qué no pasaba de la primera cita con nadie más.

Miró hacia la ventana y vio que el cielo azul prometía un día despejado y soleado. El alma se le cayó a los pies. Tendría que marcharse muy pronto.

—Parece que hoy sí voy a poder conducir —comentó.

—Sí, pero podrías quedarte aquí con nosotros —respondió él.

La tentación de ignorar el mundo exterior y perderse entre los brazos de Gael era irresistible, pero nada de lo que tenía allí le pertenecía. Era una especie de espejismo. Gael se lo había dejado muy claro y, cuanto más tiempo se quedara, más difícil le resultaría después marcharse.

—Mi hermana me está esperando y ya he molestado a tu familia más de lo necesario.

—Perla, mi madre lleva las últimas horas diciendo que tú eres su milagro de Navidad. Quédate —insistió él mientras provocaba deliciosas sensaciones en el cuello de Perla.

Por muy tentadora que fuera la oferta, Perla necesitaba regresar a su vida.

—No puedo —afirmó. En aquel momento, su teléfono anunció la llegada de un mensaje. Tras consultarlo, comprobó que se trataba de la tripulación del avión, que le informaba que tenían ya permiso para volar. El vuelo privado a Punta Cana saldría a la mañana siguiente. Perla necesitó un instante para apartar la desilusión y la desesperación que amenazaban con apoderarse de ella. Decidió enviar un mensaje a su hermana para no pensar.

Perla: Todo bien para mañana. Estaré allí a primera hora de la tarde. Te mandaré todos los detalles cuando esté en el avión.

—Entonces, eso significa que vas a cambiar la nieve por las playas de arena blanca.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó ella.

Gael dejó escapar un gruñido y luego le dio un beso en la sien.

—Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta.

—No estoy segura...

—Claro que lo estás. Estás segura. Como yo lo estoy.

Aquellas palabras parecían haber sonado como una promesa, pero Perla no quiso preguntar. Gael se levantó de la cama y se colocó frente a ella. Perla no podía centrarse en nada con Gael Montez desnudo, en toda su gloria.

—¿Estoy segura? —le preguntó.

—Creo que sí —respondió él. Le colocó una mano bajo la barbilla y le levantó el rostro. Cuando Perla lo miró, él tenía una agradable sonrisa en el rostro—. No estoy dispuesto a cerrar la puerta a lo que está ocurriendo entre nosotros. No estoy seguro de qué parecerá, pero no puedo permitir que te marches así de mi vida.

Estaba hablando totalmente en serio, pero Perla notó las dudas que había en sus ojos. Gael no sabía si lo suyo con Perla podría funcionar, igual que le ocurría a ella. La diferencia era la determinación de Gael. Él parecía totalmente dispuesto a hacerlo funcionar.

—¿Qué significa eso? —le preguntó, a pesar de que la anticipación, la esperanza y el deseo se habían apoderado de ella como si fueran el más embriagador de los cócteles.

—Significa que, por fin comprendo de lo que estaba hablando cuando decía que me faltaba un trozo de mi corazón. Sé que no me merezco una segunda oportunidad, cariño, pero quiero tratar de ganármela. Perla, tú fuiste la primera maravilla que ocurrió en mi vida y sigues siendo la mejor. No puedo renunciar a ti.

Perla se había quedado sin palabras, pero no las necesitó. Gael la tomó entre sus brazos y se inclinó para colocar la frente junto a la de ella.

—Quiero ir a la ciudad contigo y... quiero pasar esta noche contigo. Los dos solos. Quiero hablarte sobre cómo vamos a poder seguir viéndonos. Después, tú te irás a la República Dominicana y yo me iré a mi gira de promoción por Asia. Durante esas dos semanas, tendremos mucho sexo telefónico. A continuación, te secuestraré y te llevaré a Hawái durante una semana. Allí no haremos otra cosa que estar en la cama y comer marisco en la playa.

Gael estaba diciendo todo lo que ella deseaba escuchar. Perla quiso aceptar todo lo que él le ofrecía, sin pregunta, sin dudas, pero no era la clase de mujer que podía confiar ciegamente en el amor que él le tenía. Sabía muy bien cómo la vida podía interponerse entre dos personas por mucho que se amaran la una a la otra.

—No sabes las veces que he soñado escucharte decir esas palabras, pero nada ha cambiado en los dos últimos días, Gael. Tú eres el mismo. Yo soy la misma. Siempre hemos estado de acuerdo que todo es demasiado complicado.

—De eso se trata. Todo parece lo mismo, pero yo me siento diferente. Y ahora te veo a ti, aquí en mi cama, y tú también me pareces distinta. Sé que tú también lo sientes...

Se inclinó para besarla suavemente, como si quisiera confirmar sus palabras con aquel contacto y demostrárselo a ella al mismo tiempo. En aquel momento, Perla supo antes de que lo dijera que se había dejado convencer por todo lo que Gael le estaba ofreciendo, a pesar de que estaba segura de que la vida terminaría deshaciendo sus buenas intenciones.

—Está bien —susurró.

Agarró la mano que él le había colocado en el cuello y tiró de ella, de manera que Gael se colocó entre sus piernas. Tenía el sexo de Gael a pocos centímetros de la boca y esta prácticamente se le hacía agua por la necesidad de saborearlo. Le agarró con fuerza la base de la erección y lo miró. Buscó alguna indicación que le sugiriera que confiar en él era una

estupidez, pero lo único que vio fue el mismo deseo que ardía dentro de su propio cuerpo.

—¿Tienes planes para eso? —le preguntó Gael con voz ronca.

—Tal vez. ¿Se te ocurre algo a ti? Gael gruñó y se empujó hacia ella.

—Déjame entrar, nena...

Perla le dejó. Volvía a tener hambre de él. En muy poco tiempo todas sus dudas quedaron flotando en las profundas y tumultuosas aguas de su amor por Gael.

—Manolo, en estos momentos no puedo —le dijo Gael a su tío. Le costaba hablar en voz baja.

—¿No tienes ni cinco minutos para hablar las condiciones de un proyecto que has aceptado sin consultarme?

Gael apretó los dientes al escuchar el tono de reproche de su tío. Manolo insistía en tratarle como si fuera un niño y ya estaba harto. Su madre tenía razón. Manolo vivía muy bien gracias al trabajo de Gael y él estaba ya cansado de comportarse como si su tío le estuviera haciendo un favor.

Gael se acercó a la ventana del estudio y observó cómo dos de sus empleados limpiaban la nieve del sendero que llevaba hasta la carretera principal.

—Manolo, vamos a aclarar una cosa. Tú eres mi tío y te quiero mucho, pero trabajas para mí —le espetó a su tío, que contuvo la respiración por la sorpresa que le causaron aquellas palabras—. Voy a aceptar el papel de Francisco Ríos porque es lo que quiero. Fin de la discusión.

—¿Y qué se supone que le tengo que decir al otro estudio sobre el papel de superhéroe, Gael? Les di mi palabra.

—Si haces promesas en mi nombre, entonces es tu problema cómo rectificarlo.

—Es esa chica, ¿verdad? Cuando estaba cerca jamás pudiste pensar como era debido. Y eso te pasa ahora también. Te tiene bien agarrado por la...

—Manolo —le interrumpió Gael con un rugido de voz—, te sugiero que te pienses muy bien lo que estabas a punto de decir. Además, es mejor que te acostumbres a ver a Perla por aquí.

—¿Qué significa eso?

—Tengo que dejarte. Estamos a punto de marcharnos a Manhattan —dijo Gael. Entonces, oyó que alguien llamaba ligeramente a la puerta y vio que se asomaba una cabeza con el cabello negro como el azabache.

—¿Qué quieres decir con eso de Manhattan? ¿Con quién te vas? ¡Estoy de camino a Sagaponack para hablar contigo y tú te marchas?

—No estaré aquí cuando llegues —le dijo Gael a su tío. Entonces, le indicó a Perla que pasara—. Conduce con cuidado, Manolo.

Perla lo miró con los ojos abiertos de par en par al oír el nombre de Manolo, pero Gael se encargó de aliviar sus preocupaciones.

—¿Va todo bien?

—No pasa nada —respondió él mientras la estrechaba entre sus brazos—. Solo estábamos hablando. Parece que el contrato del proyecto de Francisco Ríos llegó ayer.

—Ya te dije que los productores estaban desesperados por contratarte —replicó ella con una sonrisa.

—Bueno, pues ya me tienen.

—Pensaba que te tenía yo.

Perla iba a acabar con él. Habían estado haciendo el amor durante una hora en la cabaña y Gael volvía a desearla.

—Ellos tienen mi capacidad de actor. Tú, todo lo demás. Te lo prometo. ¿Qué te parece si esta noche nos alojamos en mi casa? Puedo llevarte al aeropuerto mañana por la mañana antes de regresar aquí.

—Si haces que merezca la pena, señor Montez...

Perla comenzó a acariciarle y a reír pícaramente, pero no pudo seguir hablando porque, en aquel momento, la madre de Gael entró en el estudio.

—¡Por fin os encuentro! —exclamó Verónica—. ¡Venga ya, Gaelito! Quítale las manos de encima a esa pobre muchacha. Si ni siquiera ha desayunado aún...

Perla se echó a reír mientras Gael se escudaba tras ella para ocultar su rampante erección.

—Mami, ¿me puedes dar un minuto?

—Cinco, mijo —replicó ella mientras le hacía un gesto a Perla—. Ven, Perlita. Quiero pasar un poco más de tiempo contigo antes de que nos

dejes. Recupera la compostura, muchacho. No quiero que empieces a manosearla en el coche. El hielo es muy peligroso.

—De acuerdo, mamá...

Verónica se llevó a Perla. Gael había ido a la casa grande mientras Perla recogía sus cosas para comunicarle a su madre que se marchaba con Perla. Para su sorpresa, a Verónica le había parecido estupendamente. Le dijo que todo lo que hiciera que siguiera sonriendo así, le parecía bien. Gael estaba de acuerdo. Se moría de ganas por estar a solas con Perla durante unas horas en algún lugar lejos de sus chismosas parientes. Cuando fuera así, iba a asegurarse de que ella comprendiera que estaba dispuesta a hacer que las cosas funcionaran entre ellos. Después, le dejaría a Manolo muy claro que sus prioridades habían cambiado. Su hermana y su madre tenían razón. Ya iba siendo hora de que fuera un poco egoísta.

Capítulo Dieciséis

Perla miró el teléfono de Gael, que se había iluminado por una nueva llamada de su tío. Sin embargo, Gael mantuvo los ojos en la carretera mientras los dos se dirigían en su SUV a Manhattan.

—Parece que Manolo necesita hablar contigo —le dijo ella tan despreocupadamente como pudo. No quería husmear, pero, por lo que había oído antes, la relación entre ambos era tensa, aunque no por ello parecía que Gael estuviera teniendo dudas sobre su participación en El amor del Libertador.

Perla se giró ligeramente para mirarlo.

—¿Recuerdas el monólogo de Gabriel García Márquez que hiciste cuando aún te estabas preparando?

—Claro que sí. ¿Pero tú te acuerdas también de eso? —replicó él, muy sorprendido.

—Por supuesto. Estuviste excepcional.

Al principio del curso, se pidió a todos los alumnos de su clase que hicieran un monólogo de cinco minutos. Gael escogió una escena de Crónica de una muerte anunciada de García Márquez.

Perla recordó que guardaba un montón de vídeos antiguos. Después de buscar durante unos minutos, los encontró. Conectó su teléfono al Bluetooth del coche y apretó el botón. Unos instantes después, la voz de Gael recitando aquel monólogo resonó en el coche. Él se quedó impactado.

—¿Aún lo tienes?

Perla asintió y le dio un beso en la mejilla. Los dos escucharon el vídeo hasta que este terminó.

—Me alegro de que estés haciendo eso —dijo ella mientras le tomaba la mano.

—Lo estamos haciendo los dos...

Durante un segundo, Gael apartó los ojos de la carretera y la miró. La firmeza de aquella mirada pareció cauterizar todas las dudas que ella pudiera tener sobre sus intenciones. Juntos, lo conseguirían.

—¿Estás seguro de que no tienes que regresar? Solo te quedan unos pocos días para estar con tu madre antes de irte a Asia —le preguntó Perla con gesto distraído mientras Gael le besaba entre los pechos.

Después de parar rápidamente en la casa de Perla para que ella pudiera volver a hacer su maleta, habían ido al apartamento de Gael. Acababan de entrar por la puerta cuando él la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla.

—Mi madre está encantada de que yo haya acompañado a mi novia a la ciudad y lo estará más aún cuando regrese mañana y le diga cuándo va a poder volver a verte.

Perla ya no sabía qué era lo que les estaba pasando. Los sentimientos cambiaban de hora en hora y, aunque estaba segura de que las intenciones de Gael eran sinceras, no estaba tan ciega como para no darse cuenta de que tenían ante ellos un verdadero desafío. Ella vivía en Manhattan y, aunque Gael tenía un apartamento allí, pasaba gran parte de su tiempo en Los Ángeles, por no mencionar los viajes que tenía que hacer por trabajo.

—Espera. No hago más que dejar que me hipnotices con tus besos, pero tenemos que hablar —afirmó ella muy en serio—. No voy a permitir que le prometas a tu madre nada en mi nombre hasta que hayamos hablado de cómo vamos a hacer esto exactamente. Los dos tenemos vidas muy complicadas y no va a ser fácil.

Gael se apartó de ella y se apoyó contra la isla que separaba la cocina del salón y frunció el ceño.

—Quiero que esto funcione.

—Es que no solo depende de nosotros —afirmó ella—. Tu tío no está contento con el proyecto y no es la clase de hombre que...

—De Manolo me ocupo yo —replicó Gael sin dejar que terminara—. No te preocupes por él. Te lo prometo. ¿Qué te parece si bajo a comprar algo para cenar? Después de todo, es el día de Navidad. Tu podrías elegir algo para beber y, cuando te hayas puesto cómoda, yo ya habré regresado con los ingredientes para preparar asopao de camarones.

—Está bien, chantajéame con mi comida favorita —replicó ella, tratando de no parecer totalmente enamorada.

Gael la tomó entre sus brazos. Los dos sabían que él no hacía más que posponer la conversación que debían tener. El mundo real no le daría tregua durante mucho tiempo más. Sin embargo, era el día de Navidad y si Gael quería que cenaran primero y que luego hicieran el amor antes de que ella se marchara, Perla iba a aceptar el regalo que aquel mágico día quisiera darle.

Capítulo Diecisiete

—¿**Y**a estás aquí? —le preguntó Perla. Dejó el libro que había estado leyendo y se levantó del sofá para recibir a Gael. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró cara a cara con Manolo.

—Hola, Manolo —dijo, tratando de fingir una despreocupación que no sentía.

—Hola, Perla —replicó él. Ni siquiera trató de fingir simpatía. Resultaba evidente que no le caía bien a Manolo. De hecho, parecía molestarse su simple presencia.

—Feliz Navidad. Gael ha salido.

—No he venido a ver a mi sobrino —afirmó él con una gélida sonrisa—. Quiero hablar contigo y di por sentado que estarías aquí. Conozco a mi sobrino lo suficiente como para predecir qué es lo que va a hacer con sus amiguitas.

Perla sintió náuseas al escuchar el modo en el que pronunciaba la palabra «amiguitas», pero decidió que no iba a permitir que Manolo le hiciera sentirse mal. Gael y ella llevaban juntos lo suficiente como para que ella conociera a su tío y sabía que siempre era desagradable cuando estaba triste.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó ella. Se cruzó de brazos y levantó la barbilla, dispuesta a no permitir que Manolo la viera acobardada—. Si quieres hablar de los detalles del contrato, tendrás que hacerlo con nuestros abogados. Yo solo consigo que el artista firme. Lo que firmen no está entre mis competencias.

—A él no le importarán las condiciones —replicó Manolo—. Solo ha aceptado el papel para recuperarte. Ese muchacho nunca ha podido pensar como es debido cuando tú andabas por en medio. ¿Sabías que estuvo a punto de renunciar a su carrera por ti?

—¿Cómo has dicho?

—No hacía más que rechazar trabajos porque tenía que ocuparse constantemente de ti y de tus dramas. Estuvo a punto de declinar la oferta que le hizo Shapiro para su serie porque tú le llamaste llorando y le dijiste que tu madre te estaba haciendo vete tú a saber qué tontería en un yate o algo por el estilo —le espetó. La serie dirigida por Arnold Shapiro fue el primer éxito de Gael—. Tuve que suplicarle que aceptara el papel. Cuando se dio cuenta de la oportunidad que había estado a punto de perder por ti, vio que tú podrías terminar una carrera profesional que prácticamente ni siquiera había comenzado.

—Yo jamás le pedí que...

—No entiendes los sacrificios que todos hemos tenido que hacer por Gael para que llegue adonde está ahora —le gritó Manolo, como si ella no hubiera abierto la boca—. Los muchos trabajos que su madre y yo tuvimos que aceptar para que sacarle a él y a Gabi adelante.

—Eso ya lo sé, pero...

—¿Qué vas a saber tú sobre lo que nos costaba llegar a fin de mes? Tú naciste con una cucharilla de plata en la boca y luego cazaste a tu trofeo. Eso era lo único que Gael habría sido para tu familia si él se hubiera quedado a tu lado. Un chico guapo que llevar a las fiestas. ¿Acaso crees que no sé lo que tu madre decía de él? ¿No sabes que me llamó para que controlara a Gael porque él no tenía el pedigrí necesario para salir con una Sambrano?

—¿Que mi madre hizo qué? —preguntó Perla, sorprendida de lo que acababa de escuchar.

—Ya lo has oído. Y pensar que Gael estuvo a punto de renunciar a todo por ti... Nuestra familia no es como la tuya, Perla. No tenemos nada. Gael tiene mucha gente dependiendo de él...

—No sabía que mi madre había hecho eso. Lo siento —murmuró. La cabeza le daba vueltas.

—Tu madre hizo mucho más que eso —rugió Manolo con una sonrisa que parecía estar hecha de puro hielo—. Tu madre hizo que uno de sus abogados me llamara y me ofreciera dinero para alejar a Gael de ti.

—¿Qué?

—Te aseguro que era una buena suma, pero no estoy a la venta y tampoco lo está Gael. En esta familia, trabajamos para conseguir lo que tenemos y, si tenemos que tomar decisiones, las tomamos. Cuando tú estabas tratando de jugar a las familias con Gael, él luchaba por construirse

una carrera para salir adelante y sacar adelante a su familia. Tú lo pusiste todo en peligro. Y ahora, solo llevas unos días junto a él y vuelves a hacer lo mismo. Las facturas médicas de su madre le costaron cientos de miles de dólares y seguramente habrá más. Esa mansión que le compró necesita pagarse con el duro trabajo. Gael no se puede permitir rechazar papeles para ir detrás de ti. Ha aceptado ese papel y ha rechazado otro que es una magnífica oportunidad porque se siente culpable, no porque sea lo que su carrera necesita. Está renunciando a millones de dólares por ti. Eso tiene consecuencias. Mi reputación y la de Gael sufrirán por ello.

—Pero él me dijo que no se había comprometido a nada —susurró Perla, cada vez más hundida. Sin embargo, sabía cómo funcionaba el mundo del espectáculo y comprendía que Manolo tenía razón.

—Siempre has sido su debilidad. Estuvo a punto de hundirse una vez para tenerte a su lado y ahora va a volver a hacerlo. ¿Estás dispuesta a vivir con eso, Perla?

Las palabras de Manolo le habían dolido, y mucho, pero no podía negar la verdad en lo que él estaba diciendo. Debería haber seguido su plan. Debería haber dejado que todo terminara cuando se marcharon de los Hamptons. Una vez más, el deseo que sentía por él le había hecho mentirse a sí misma. Al menos aquella vez, se marcharía con dignidad. Sabía que él se sentiría herido, pero era lo mejor. Gael terminaría comprendiéndolo.

—Está bien...

Perla se dirigió hacia la puerta, junto a la que aún estaba su maleta. Tomó su bolso y su abrigo y abrió la puerta.

—Me voy a mi casa. Llamaré a mi hermana y le diré que tenemos que buscar otro actor.

—Es lo mejor, Perla...

Ella cerró la puerta para no tener que escuchar más a Manolo. Era la única culpable de lo que había ocurrido. Tan solo le quedaba enmendar lo que había estado a punto de suceder.

—¿Ya has abierto una botella? Porque he encontrado el Albariño que tanto te gustó en la cena de Nochebuena.

Gael entró en el apartamento y estuvo a punto de dejar caer las dos bolsas de comida al ver a su tío sentado en el sofá con una copa de whisky en la mano.

—¿Dónde está Perla, tío? —le preguntó mientras dejó las dos bolsas en el suelo y se dirigió hacia el pasillo que conducía a los dormitorios—. ¿Cariño?

—Se ha ido, mijo.

Gael giró la cabeza para mirar a su tío. Estaba completamente seguro de que había entendido mal.

—¿Adónde se ha ido? —quiso saber. Todo le parecía sospechoso. Le parecía que todo tenía que ver con el hecho de que su tío estuviera allí sentado en su apartamento—. ¿Qué es lo que ha pasado, Manolo? Además, pensaba que tú ibas a ir a los Hamptons.

—Tenía que venir aquí primero para arreglar las cosas—. Sabía que tú no serías capaz de hacerlo una segunda vez.

—¿Arreglar qué? ¿De qué diablos estás hablando, Manolo?

Su tío dejó escapar un profundo suspiro antes de explicarse.

—Le dije la verdad. Que El amor del Libertador no era buena elección para tu carrera. Que la enfermedad de tu madre te ha costado y te va a seguir costando una fortuna y que toda tu familia depende de ti. Ya hemos pasado por aquí antes, Gael. Sé que te importa esa chica, pero no son como nosotros. Recuerda lo que intentó hacer su madre. Gael, en lo más profundo de tu ser, sabes que tengo razón, hijo.

—¡No me llames hijo! —le espetó Gael, acercándose a su tío hasta que colocó su rostro a pocos centímetros del de él—. La única persona en este mundo que tiene el derecho para llamarme así es Verónica Montez.

Manolo lo miró asombrado. Entonces, pareció darse cuenta de que no había jugado bien sus cartas.

—¿Cómo no he podido darme cuenta de lo que estabas haciendo? —añadió Gael temblando de la ira—. Tu implicación en mi carrera nunca ha tenido que ver conmigo ni con mi felicidad. Es solo que quieres que la gallina de los huevos de oro ponga todos los que sea posible.

—¿Cómo puedes decir eso? Después de todo lo que he hecho...

—¡Ya está bien! —rugió Gael, impidiendo que Manolo siguiera con sus mentiras.

Gael estaba tratando de recuperar el control para no hacer algo de lo que se podría arrepentir cuando su teléfono empezó a sonar. Estuvo a punto de dejar que saltara el buzón de voz, pero decidió contestar por si era Perla. Al sacarse el teléfono del bolsillo, vio que era su hermana, pero

respondió de todas maneras esperando que la distracción sirviera para evitar que le pegara a su tío un buen puñetazo en la cara.

—¿Está Perla contigo?

—No —respondió él—. Se ha ido gracias a Manolo.

—Escúchame atentamente, Gael. He estado investigando un poco y parece que ese proyecto que el tío quería que hicieras es con Baxter Jones.

Baxter Jones era un magnate de Hollywood al que, en aquellos momentos, estaban investigando por docenas de acusaciones de abusos sexuales. Gael prefería terminar su carrera que trabajar con alguien como él.

—¿De qué estás hablando? Vi el nombre de la productora. No es él.

—De eso se trata precisamente —insistió Gabi tras respirar profundamente—. Aparentemente, ha creado esa empresa de tapadera, para que la gente no la relacione con él, pero es su dinero. Y quien me ha dado el soplo me ha dicho que el tío Manolo recibió una buena cantidad de dinero a cambio de garantizar que tú te unirías al proyecto. Por eso no quería que aceptaras el proyecto de Sambrano. Le estaban sobornando.

—Ahora te llamo.

—¡Espera! Vamos de camino hacia tu casa. A mamá le dio un mal presentimiento cuando el tío le dijo que no podía ir hoy a los Hamptons y ya sabes cómo se pone. No dejó de insistirme hasta que accedí a traerla aquí para que pudiera asegurarse personalmente de que todo está bien. Nos vamos a alojar en mi casa.

—Está bien. Te tengo que dejar. Me tengo que ocupar de este asunto —afirmó. Entonces, tras cortar la llamada, dejó el teléfono con un fuerte golpe sobre la isla de la cocina—. Tú has querido asociar mi nombre con un depredador sexual. Y has hecho que la mujer a la que amo se marche por dinero. Esto nunca tuvo que ver con tu supuesta preocupación por mi carrera, ¿verdad? Solo querías dinero. No te basta con los millones que ganas gracias a mí, sino que ahora aceptas sobornos y me vendes para que trabaje con ese cerdo. ¿Sabes lo que supondría para mi carrera trabajar con alguien como Manolo?

Gael sabía que estaba gritando, pero no le importaba. Había perdido totalmente el control. El pánico de haber perdido a Perla por segunda vez le hacía sentir una ira que no creía haber experimentado antes.

—Lo hice por ti —susurró Manolo. Tenía el miedo reflejado en los ojos—. No ibas a poder quedarte con esa chica. Ya sabes cómo somos. Los Montez no somos buenos para las mujeres...

—¡No empieces con eso! —rugió Gael—. Y no finjas ni por un segundo que esto tiene algo que ver conmigo o con Perla. Lo has hecho por ti, igual que mi padre utilizaba esas excusas tan manidas para justificar su propio egoísmo. Has estado demasiado tiempo sosteniendo la ayuda que le prestaste a mi madre por encima de mi cabeza, como si fuera la espada de Damocles. ¿Y sabes qué? —añadió, acercándose peligrosamente a su tío, hasta el punto de que este se echó a temblar—. Creo que ya te hemos pagado más que de sobra lo que te debíamos. Ahora voy a buscar a Perla. Asegúrate de no estar aquí cuando regrese.

Manolo trató de hacer como si nada hubiera ocurrido.

—Claro. Te dejaré que soluciones tus asuntos y volveremos a hablar dentro de un par de días.

Gael ya estaba casi en la puerta de salida cuando se volvió de nuevo para responder a su tío.

—No. No lo comprendes, Manolo. No puedo tener a alguien en quien no confío dirigiendo mi carrera. Estás despedido.

Con eso, Gael salió de su apartamento. Se metió en el ascensor con el temor de haber perdido a Perla para siempre. Ya lo había sospechado en varias ocasiones antes, pero en aquel momento comprendió que jamás había dejado de amar a Perla. Su corazón había estado congelado durante aquellos seis años. El éxito y la fama no le importaban nada si no podía tener a su lado a la única persona que le daba ganas de vivir por sí mismo. Justo cuando acababa de recuperarla, Perla volvía a escapársele entre los dedos.

Capítulo Dieciocho

—**A**delante —dijo Perla cuando oyó que alguien llamaba suavemente a la puerta de su dormitorio. Más que dormitorio, era más bien una suite de lujo. Su hermana y el prometido de esta habían comprado una mansión en Punta Cana hacía un año y era magnífica.

—Estás levantada —observó Esmeralda al entrar en el dormitorio. No eran ni las siete de la mañana, pero Perla no había podido dormir mucho.

—Ahora mismo. Estaba admirando las vistas. No me puedo creer que las cortinas hayan podido bloquear todo este magnífico sol —comentó Perla mientras admiraba la vista del océano que había más allá de su terraza.

—Son en realidad como pequeñas puertas que se deslizan cuando se aprieta el botón correspondiente —le explicó Esmeralda riendo—. Ya conoces a Rodrigo. Solo quiere lo mejor de lo mejor. Y lo mejor es una casa desde la que se puede ver el mar desde todas las ventanas. Ahora, dime cómo estás.

—No estoy muy segura...

Perla suspiró y cerró los ojos. Las últimas dieciocho horas habían sido terribles, pero al menos se encontraba ya en un lugar en el que todo el mundo la había recibido con los brazos abiertos. Tras marcharse del apartamento de Gael, había ido a buscar su coche y había permanecido sentada dentro de él durante mucho tiempo. Después, se puso a conducir y terminó en el aeropuerto, donde compró un billete en primera clase para el primer vuelo con destino a Punta Cana. Mientras esperaba en el aeropuerto, Gael trató de llamarla y le dejó muchos mensajes suplicándola que hablara con él. También le decía que sentía lo ocurrido con Manolo y le aseguraba que no era en absoluto lo que él sentía. Perla prefirió no responder y apagó el teléfono. Lo había mantenido así hasta que abrió los

ojos instantes antes de que Esmeralda entrara en su dormitorio. Ya no había recibido más llamadas de Gael.

—No sé si Gael va a trabajar en el proyecto de Ríos —confesó—. Lo siento, Esmeralda. Todo es culpa mía.

—En primer lugar, nada de esto es culpa tuya —le aseguró Esmeralda—. En segundo lugar, no hay problema. Jimena, la que se encarga de nuestros asuntos legales, me envió un mensaje anoche y me dijo que el nuevo representante de Gael estaba revisando todos los contratos y que los remitiría en breve.

—¿Su nuevo representante?

—Eso parece. Creo que ahora se ocupa Gabriela, su hermana. Por lo que Jimena me ha dicho, el señor Montez parecer totalmente comprometido con el proyecto y sobre todo lo que te prometió.

Perla miró a su hermana. Había algo en el modo en el que Esmeralda había dicho aquella última parte que le aceleró los latidos del corazón.

—¿Y te han dicho por qué siguen interesados? Por lo que yo sé, este proyecto no es tan rentable como el otro que estaban considerando.

—No lo sé, pero Gael no es tonto y, por lo que me ha dicho Jimena, su hermana tampoco. Pero te aseguro que ni siquiera han sugerido que vayan a echarse atrás.

—Vaya... No creí que fuera a aceptarlo...

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Perla se giró para mirar a su hermana y asintió.

—¿Le darías una segunda oportunidad?

—Gael es muy profesional para saber que no debe recular de un compromiso de trabajo, pero eso no significa que tenga intención de seguir conmigo.

Esmeralda la miró y sacudió tristemente la cabeza.

—¿Sabes cuál fue la lección más importante que aprendí el año pasado cuando Rodrigo y yo estábamos enfrentados por el puesto de director gerente?

—¿Que mi madre y mi hermano son personas horribles?

—No. Aprendí que, cuando la vida te da un camino, tienes dos opciones. Seguir andando con el bagaje que llevas del pasado y que está

hundiendo o dejar todo atrás y empezar de nuevo con una carga mucho más ligera. ¿Y sabes qué es lo mejor de librarte de todo ese peso muerto?

—¿Qué? —preguntó Perla, a pesar de que sospechaba la respuesta.

—Que tienes sitio para un acompañante.

Antes de que pudiera comprender plenamente las palabras de Esme, Perla vio claramente una imagen de Gael y él andando de la mano, como si fuera un recuerdo.

—¿Sabes qué? —le preguntó Esmeralda—. Creo que deberíamos ir a dormir al yate. Las dos solas.

—Me parece estupendo —respondió Perla. El yate había sido el regalo de bodas que Esmeralda y Rodrigo se habían hecho el uno al otro.

—Excelente —comentó Esmeralda, aplaudiendo muy emocionada—. Nos iremos después de cenar. Haré que el cocinero nos prepare algunas cosas.

Mientras observaba a su hermana salir de su dormitorio, Perla deseó poder contagiarse del entusiasmo de su hermana. Desgraciadamente, había fingido la alegría que había mostrado. En aquellos momentos, lo único que le apetecía era meterse en la cama y ponerse a llorar. Perder a Gael por segunda vez le dolía tanto como se había imaginado.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

Gabi estaba apoyada contra el marco de la puerta viendo cómo Gael hacía frenéticamente la maleta.

—Voy a suplicarle para que sepa que cometí el error más grave de toda mi vida cuando dejé que Manolo me convenciera hace seis años de que la abandonara. Entonces, haré lo que haga falta para convencerla de que sería capaz de dejarlo todo por ella, incluso mi carrera. Además, he estado en contacto con Esmeralda. La llamé cuando me fue imposible encontrar a Perla. Hemos estado hablado y ella me dijo que no me diría dónde están hasta que estuviera segura de que Perla quiere verme. Después, me envió un mensaje y me dijo que pensaba que Perla querría hablar conmigo. Por eso voy a tomar ese avión.

En aquel momento, Verónica entró también en el dormitorio.

—¿Y qué le vas a decir, hijo?

Gael se volvió a mirar a su madre.

—Le voy a decir que la amo, mami —afirmó—. Solo espero merecerla.

Verónica se acercó a él y le colocó las manos a ambos lados del rostro.

—Quiero que me escuches atentamente. Tu padre era quien era. No importa lo que tú pienses que eso significa, pero quiero que recuerdes que eres la mitad mío. Yo te crié y eres un buen hombre. El mejor —añadió—. Créeme, mi hijo.

Aquellas palabras fueron exactamente lo que necesitaba escuchar. Durante mucho tiempo, había creído que había algo en él que terminaría rompiéndole el corazón a Perla. Y lo había habido, pero no era la maldición, sino la propia inseguridad de Gael. Era él quien estaba permitiendo que el pasado dictara su presente. Y eso había terminado.

—Te creo, mamá.

—Bien —le dijo su madre antes de darle un beso en la mejilla—. Ahora, ve a por tu chica, mi hijo. Nosotras estaremos aquí esperando a que regreséis los dos juntos.

Capítulo Diecinueve

—**Y**a hemos llegado —dijo Esme mientras aparcaba el coche junto al embarcadero—. Estoy muy emocionada y tú estás muy guapa —añadió. Perla se había puesto un maxivestido negro y unas sandalias plateadas.

—Estoy deseando dejar de pensar en...

No sabía cómo explicarse. Sería imposible no pensar en Gael, dado que él ocupaba siempre su pensamiento. Todo lo que veía, oía u olía le recordaba a él de algún modo o le recordaba que lo había vuelto a perder. Él ya no había vuelto a llamarla ni a tratar de ponerse en contacto con ella en modo alguno. Perla deseó que eso no le doliera como le dolía. Había tratado de convencerse de que lo había superado. Sabía que no era la misma muchacha insegura y solitaria que se había enamorado de Gael seis años atrás.

Era una mujer más fuerte, diferente. Desgraciadamente, aquella nueva versión de Perla también estaba enamorada de él. No podía negarlo. Siempre le había parecido que Gael estaba hecho para ella.

—Perlita, ¿me has oído?

La voz de Esmeralda la sacó de sus pensamientos. Se dio cuenta de que seguía en el coche sentada, mirando el parabrisas.

—Lo siento. No hago más que pensar en lo mismo...

—Pobrecita. Te prometo que todo va a salir bien —afirmó Esmeralda con una sonrisa—. Venga, ¿por qué no te diriges al yate? Yo tengo que hacer una llamada. Iré enseguida.

Perla notó que Esmeralda parecía algo nerviosa. Estaba leyendo un mensaje que acababa de llegarle al teléfono. Perla se preguntó si iba todo bien.

—¿Estás segura? Te puedo esperar.

—Claro que estoy segura. Es Rodrigo, que quiere que le dé algunos detalles sobre la luna de miel. Ya sabes cómo es —comentó Esmeralda mientras le guiñaba un ojo.

—Está bien. Te espero allí.

Perla abrió la puerta del coche y agarró su bolso y su sombrero. Su hermana le indicó la dirección por la que debía marcharse. Entonces, echó a andar por el muelle y no tardó en ver el yate. Era imposible no verlo. Era elegante e imponente, el barco más grande que había en el muelle. Perla notó que había un hombre sobre el puente. Parecía... No.

Perla se detuvo en seco, segura de que estaba imaginado lo que veía en aquellos momentos. No podía ser. Estaba aún a mucha distancia y el sol se estaba poniendo. Seguramente era uno de los miembros de la tripulación que salía a recibirla.

Sin embargo, en el momento en el que el hombre llegó a la pasarela, supo que no se había equivocado.

Se volvió a mirar a Esmeralda y vio que ella sonreía llena de felicidad. Perla tenía miedo de volverse de nuevo a mirar al yate y encontrarse cara a cara con él.

—¡Ve a por tu hombre, Perlita!

Ella lo sintió antes de que Gael dijera una sola palabra. Sintió su calidez por todo el cuerpo.

—¿Te puedes dar la vuelta, cariño?

Perla respiró profundamente y, por fin, se giró para mirarlo. Lo miró de arriba abajo, como si no creyera que él fuera real. Sin embargo, sí que lo era. Vio los sentimientos que se reflejaban en su rostro, el modo en el que la miraba, y quiso abrazarlo.

—Lo siento mucho, mi amor —susurró Gael—. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y borrar todo lo que te he hecho o lo que he permitido que te hagan para hacerte daño.

—No tienes que...

—Por favor —insistió él, tomándola entre sus brazos—. Te ruego que me dejes decir esto. Tengo que decirlo. No ha habido un instante en los últimos seis años que no haya sentido que me faltaba algo esencial para mí. No tenía las herramientas para recuperarte entonces y probablemente tampoco las tengo ahora, pero te juro que, si me lo permites, me pasaré el resto de mi vida tratando de ser el hombre que mereces.

Sin decir palabra, Perla dio un salto y le rodeó la cintura con las piernas. Entonces, apretó la frente contra la de él y aspiró su aroma.

—Yo jamás quise la perfección, Gael. Lo único que quería era a ti.

Gael se emocionó al escuchar aquellas palabras. A sus espaldas, a Perla le pareció escuchar el suspiro de su hermana.

—Estamos montando una escena —musitó ella...

—¿Y de qué me sirve ser actor si no puedo darle a la mujer que amo un final de película? —bromeó Gael.

—Yo no necesito un final de película, Gael...

—¿Y si yo te lo quiero dar de todas maneras?

Gael se dio la vuelta y se dirigió hacia el yate con ella en brazos. Perla pensó que tal vez tendría oportunidad de conseguir todo lo que había deseado dado que, por fin, estaba dispuesta a creer que lo merecía.

Epílogo

—¿**E**stás lista, mi vida? —le preguntó Gael mientras miraba por la ventana de su limusina. Estaban esperando su turno tras una larga fila de coches, en los cuales iban seguramente algunas de las estrellas más famosas de Hollywood, para descender del vehículo y pisar la alfombra roja.

—Más que lista —afirmó Perla.

Le dio un beso en la mejilla antes de mirar al exterior. Más adelante, se podía ver un enjambre de paparazzi esperado a que las parejas, vestidas con sus mejores galas, salieran de sus limusinas y posaran para ellos. Aquella noche, Gael estaba nominado por su interpretación de Francisco Ríos. Además, la serie *El amor del Libertador* contaba con diez nominaciones. El proyecto había sido un éxito de crítica. Por ello, Perla iba a poder caminar por la alfombra roja de la mano del hombre de sus sueños, su futuro esposo.

Perla sonrió al mirar su mano izquierda, en la que relucía un hermoso anillo de compromiso vintage de Van Cleef & Arpels. Gael le había pedido matrimonio el día de Acción de Gracias en su casa de los Hamptons, rodeado por toda su familia y por la hermana de Perla. Era un aro de platino, con una perla negra en el centro rodeada de un halo de diez diamantes. Era delicado y elegante, perfecto para ella. Igual que él. Igual que la vida que tenían en común.

El chófer se detuvo por fin en el lugar indicado. Gael le dio la mano y le guiñó un ojo.

—Ha llegado el momento, cariño.

Perla respiró profundamente y tomó el clutch que llevaba a juego con su vestido. A pesar de que estaban en Los Ángeles, estaban a últimos de enero y hacía algo de fresco. Tendría que aguantar unos minutos en la alfombra roja con los hombros totalmente al descubierto. Llevaba un

vestido trébol vintage de Charles James realizado en seda dorada. En las orejas y en el cuello, portaba joyas con zafiros por valor de cientos de miles de dólares por cortesía de Bulgari. Esta iba a juego con el esmoquin de Tom Ford que Gael llevaba puesto. Estaba guapísimo, como siempre.

Para el papel de Francisco Ríos, se había cortado el cabello y había decidido mantener el estilo. Lo llevaba casi rapado por los lados y más largo en la parte superior. Le sentaba perfectamente, aunque a él todo le sentaba bien.

—Adelante —afirmó Perla.

Gael la ayudó a descender de la limusina. En cuando salió, Perla comenzó a sonreír a las cámaras. Los dos años que habían transcurrido habían provocado en ella un enorme cambio.

Después de que Gael volara a Punta Cana, los dos decidieron darse una oportunidad. Desde aquel momento, el tiempo había pasado volando. Los dos tenían unos trabajos muy exigentes, pero consiguieron darle prioridad a la vida que estaban construyendo juntos. Perla nunca se había sentido más feliz. A pesar de que no era fácil, estaban creando unos cimientos muy sólidos para su relación, unos cimientos que podrían capear cualquier temporal.

—¿Podemos ver el anillo, señorita Sambrano? —le gritaron los periodistas mientras Gael la hacía avanzar por la alfombra roja.

Perla levantó la mano e, inmediatamente, esta recibió el impacto de miles de flashes. A continuación, siguieron andando hasta que se acercó a ellos una de las presentadoras de la gala, que estaba en la alfombra roja para realizar entrevistas.

—¡Gael Montez! —exclamó la mujer, una latina con un vestido sirena color rojo.

—Hola, Sandra —le dijo Gael—. Esta es mi prometida.

—Por supuesto. Señorita Sambrano, enhorabuena por el compromiso. Ya había oído que hoy llevaría un vintage de Charles James —exclamó Sandra mientras observaba el vestido con admiración—. Exquisito —añadió—. Bueno, Gael, ¿qué presentimiento tienes para esta noche? Podría ser una velada muy importante para ambos.

Gael sonrió y se tomó su tiempo para contestar. Miró a Perla y se inclinó para darle un beso en la mejilla antes de centrar de nuevo su atención en la reportera.

—Me siento muy honrado por la nominación y muy orgulloso de formar parte de esta producción. Me convertí en actor con la esperanza de que, algún día, podría tener un papel como este. Para los boricuas, Francisco Ríos es más que una leyenda. Representa la valentía y la dignidad de nuestra isla. Siempre estaré agradecido al amor de mi vida por convencerme de que aceptara el papel. Sin embargo, tengo que decir que ya me siento ganador sabiendo que voy a pasar el resto de mi vida junto a esta mujer.

Perla parpadeó con fuerza para contener las lágrimas tras escuchar las hermosas palabras de Gael.

—¡Pues ahí lo tienen, queridos espectadores! —exclamó Sandra con una reverencia, mientras los dos se disponían a seguir avanzando—. El amor verdadero en los premios de esta noche. Deseamos a la feliz pareja la mejor de las suertes esta noche y en su vida juntos.

Gael y Perla recorrieron los últimos metros de la alfombra roja y entraron por fin en el teatro. Tras pasar los controles de seguridad, Gael se la llevó a un rincón tranquilo en el que Perla pudiera recuperar el aliento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí, pero has estado a punto de hacerme llorar.

—Solo estaba diciendo la verdad —susurró Gael tomándola entre sus brazos—. La nominación es un honor, pero, pase lo que pase esta noche, yo me iré a casa con el mayor tesoro que podría desear.

—Pero si ya sabes que me voy a casar contigo...

Gael le colocó una mano debajo de la barbilla y la obligó a levantar el rostro.

—Gracias.

—¿Por qué dices eso?

Gael sonrió y sacudió la cabeza como si ella le hubiera preguntado la más necia de las cuestiones. Se inclinó para besarla. Lo hizo delicadamente, pero ella sintió la profundidad y la fuerza de su amor a pesar del mínimo contacto.

—Gracias por darme la oportunidad de hacerte feliz.

—Te amo —susurró ella, totalmente segura de su amor en común y la vida de felicidad que tenían ante ellos.